

DE CEPA CRIOLLA

DEL MISMO AUTOR

Reduerdos de la Tierra, 1 volúmen.

Calandria. Costumbres campestres, 1 volúmen.

Montaraz. Romance histórico del año xx, 1 volúmen.

Filiación natural. Su prueba, 1 volúmen.

Impuesto á la producción, 1 volúmen.

Las guías de campaña. Constitucionalidad del impuesto, 1 volúmen.

Los bonos de edificación y la prescripción extintiva, 1 volúmen.

Constitucionalidad del impuesto de guías y á la producción, 1 volúmen.

Alma Nativa, 1 volúmen.

EN IMPRESIÓN

Cielitos y diálogos patrióticos de Bartolomé Hidalgo, edición ilustrada, 1 volúmen.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN

DE CEPA CRIOLLA



LA PLATA

ESTABLECIMIENTO GRÁFICO DE JOAQUIN SESÉ, EDITOR

47 esquina á 9

1908

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO VEINTICINCO EJEMPLARES
EN PAPEL VERGÉ



Á

ROBERTO J. PAYRÓ

FRATERNALMENTE

ADVERTENCIA

Ha impreso unidad á las diversas páginas agrupadas en este libro, un sentimiento sincero y entusiasta que ojalá me sea disculpado en gracia del fervor que le da vida en mi sér.

Acertado ó erróneo—no me incumbe apreciarlo—creo, sin embargo, que tiende á una noble y alta finalidad al nutrirse en un firme amor hacia las cosas de la tierra materna, libre de prejuicios cavilosos por el entrevero consmopolita de la hora presente.

Y si á pesar de las deficiencias de algunos trabajos que conservan el impulso del arranque ocasional, me determino á sacarlos hoy á luz, no he de acojerme á la socorrida escusa de que su publicación me fué solicitada.

Si los recojo es por aquella conocida razón de que no existe escritor que estoicamente se con-

dene al eterno olvido; por el inefable encanto que esas páginas nos renuevan con el recuerdo de las horas de afanosa labor en medio de los libros predilectos que nos sirvieron de guía; y, además porque alentamos la modesta esperanza de que, en el acopio de observaciones en ellas acumuladas quizá encuentre el benévolo lector tal cual noticia aprovechable á semejanza de la pepita aurífera entre el montón del inútil cascajo...

En la averiguación de estas cuestiones conexas con la historia moral del gaucho,—que es parte integrante de nuestra historia política porque en su hora fué encarnación original de las fuerzas intrínsecas del pueblo argentino, como dice don Vicente Fidel López en sus admirables cuadros de La Revolución,*—existen temas de estudio útil para la reconstrucción del medio ambiente y el perfil auténtico de los rudos protagonistas ya casi esfumados en la vaga leyenda.*

No todo es áspero, instintivo y brutal en las pasiones que agitaron el alma tempestuosa del hombre agreste; ni fué su tosco rancho aduar de barbarie donde vivió «la edad del cuero crudo», como se ha dicho recientemente con lijereza—sin asomos de duda—y con un total desconocimiento de las tradiciones del país.

No lo pensaron así Sarmiento, López, Juan Carlos Gómez, Ricardo Gutiérrez, Pedro Goyena, Joaquín V. González ó Paul Groussac al escudriñar con amoroso interés los sentimientos y las costumbres características de ese original tipo étnico, en páginas rebosantes de sabor americano.

Guiado mi espíritu en esa orientación, con las indelebles simpatías que avivan las memorias de la infancia, en que me fué dado admirar de cerca al hombre en su selva, grano á grano he ido acumulando en la mayor parte de estos escritos un aporte de notas é impresiones criollas que, al revisarlas hoy no las creo desdeñables para el estudio de los orígenes nacionales.

Y espero que no se verá transparentada en las siguientes páginas una apología tendenciosa del criollismo, sino la contribución en la medida modesta de mis fuerzas al estudio de un tipo tan genuinamente nuestro—cuya desaparición no lamento—pero que reclama con justicia un homenaje severo y de consciente información de las letras argentinas.

Por lo demás, aunque esta obra se ocupa preferentemente del gaucho, la palabra criolla que lo rotula comprende en su amplia acepción todo cuanto es propio del país; quedan pues, á los

investigadores del pasado argentino, las costumbres y la vida del hombre urbano que ofrece al escritor y al artista en cada ciudad, en cada aldea ó villorío lejano su antigua y peculiar característica henchida de sabor y colorido local.

En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño,—dice un antiguo refrán para advertir que no se deje pasar la ocasión por la dificultad de hallarla después. En la vertiginosa transformación á que asistimos todo lo más característico de nuestro pasado se va borrando bajo el aluvión extrangero, y esto parece indicar la conveniencia de apresurarnos á salvar los rasgos originarios de esos «nidos de antaño»...

M. L.

Buenos Aires, octubre 31 de 1908.

Este libro fue cautivo.
fue encontrado en la
estación Frontera. lo
en contro: Gonzalez

Hidalgo



HIDALGO

> Los diálogos de Hidalgo y los de sus imitadores, fueron el germen de esa peculiar poesía gauchesca que, libre luego de la intención del momento, ha producido las obras más originales de la literatura sudamericana.
>
> MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO, *Antología de los poetas hispano-americanos*. tomo IV, CXCVI. Madrid, 1895.

I

La trémula vislumbre del fogón debió alumbrar el modesto escenario, cuando la encintada vihuela del payador anónimo rimó las primeras palpitaciones de la musa popular bajo la forma de un *cielito* patriótico, para enardecer la fibra nativa con el relato de las hazañas de nuestras armas en su lucha por la independencia.

La danza, la música y la palabra aunadas en las reuniones populares, desde los tiempos más

remotos tienen entre nosotros el nombre simpático de *cielo*, ha dicho don Juan María Gutiérrez al estudiar la literatura de Mayo (1).

Como música ó tonada — agrega — es sencillo, armonioso, lleno de candor y alegría juvenil; como danza reune á la gracia libre y airosa de los movimientos, el decoro y la urbanidad.

Este género de poesía tan argentino salió de su obscura esfera desde los primeros días de la revolución.

Raro es el acontecimiento de aquel período que no se halle consignado en un *cielo*, y existen algunas de esas composiciones que son una exposición completa de las razones que tuvo el país para declararse independiente.

El *cielo* se identificó especialmente con la suerte de nuestras armas, y en cada triunfo patrio se oyeron sus populares armonías á la par de los himnos y las odas de los grandes poetas.

En aquellos días inciertos, bajo un cielo poblado de zozobras y bélicos rumores, la guerra imponía el acento marcial: *arma virumque.*

López, Luca, Rojas, fray Cayetano Rodríguez habían señalado el rumbo épico; pero faltaba aún el poeta que llevara hasta el alma tenebrosa y turbulenta de las muchedumbres el nuevo verbo: faltaba el poeta popular.

Bartolomé Hidalgo — un modesto oficial de

(1) «La literatura de Mayo». En la *Revista del Río de la Plata*, T. II, 559.

barbería, según una difundida tradición, que había producido ya *La marcha nacional oriental* en el año 1816; *La libertad civil*, pieza alegórica escrita el mismo año y *El triunfo* en celebración de las jornadas de Chacabuco y Maipú, — surge al fin, y cambiando la lira de cuerdas de bronce que le diera cierta notoriedad entre los escritores de la época, adopta la guitarra — el *tiple*, según sus propias palabras — para cantar á la patria bajo la forma del tosco romance popular, dando así nacimiento á un género nuevo: la poesía gauchesca (1).

Justificaba, pues, sin sospecharlo tal vez, el nombre con que le saludaban sus contemporáneos, como Estevan de Luca, puesto que poeta también significa creador...

Finalizaba el año 1819. Ante las inquietudes que debían conturbar el corazón de los patriotas con el anuncio del próximo arribo de una poderosa expedición española lista ya para zarpar de Cádiz con 20.000 soldados aguerridos mandada por el general O'Donnell, cuando de nuestros ejércitos casi no existían sino restos dispersos

(1) Es curioso que sus compatriotas, como ARREGUINE en la *Colección de poesías uruguayas* y RAUL MONTERO BUSTAMANTE en el *Parnaso oriental* no sepan ni el año y lugar del nacimiento de este autor, pues, el primero sólo dice «que nació en el Departamento de Mercedes», y el segundo que «fué en el de Soriano»... Tampoco lo menciona FRANCISCO BAUZÁ á pesar del estudio que le consagra en sus *Estudios literarios* Sin embargo, la prueba auténtica existe en el archivo de la curia de Montevideo en el libro V de bautismos, al folio 206 y de la cual resulta que su nacimiento tuvo lugar en aquella ciudad el día 24 de Agosto de 1788. M. S. en nuestro archivo.

y las montoneras ensoberbecidas hacían trotar sus briosos redomones de pelea á las puertas de Buenos Aires, aparece de improviso el rústico payador para proclamar virilmente la libertad de su tierra con un *Cielito* que, en breve se tornó popular:

El que en la acción de Maipú
Supo el *cielito* cantar
Ahora que viene la armada
El tiple vuelve á tomar.

El comienzo del refrán sugiere desde luego la idea de que Hidalgo había escrito otra composición análoga el año anterior para celebrar la victoria de Maipú, y la cual desgraciadamente hasta el momento parece perdida; pues, ni *La Lira Argentina* publicada en París en 1824 por don Ramón Díaz, ni *La Epopeya Americana* de aquel período coordinada por don Angel Justiniano Carranza, que quedó sin terminar, ni el *Cancionero Popular* reimpreso después por el doctor Estanislao S. Zeballos, hacen mención de esta poesía (1).

Sin embargo, su existencia está abonada por don Antonio Zinny en la *Efemeridrografía argirometropolitana* bajo el siguiente título: *Cielito patriótico que compuso un gaucho para cantar*

(1) Conf. *La Epopeya Americana* 1810-1825 coordinada y anotada por A. J. C., Buenos Aires, MDCCCXCV. Solo se publicaron 320 páginas de gran formato.

Cancionero Popular, compilado y reimpreso por Estanislao S. Zeballos, Buenos Aires, 1905.

la acción de Maipú. Buenos Aires, Imp. de los Expósitos (sin fecha) 2 págs. fol.

El dato lo confirma además don Juan María Gutiérrez, en el estudio sobre la literatura de Mayo de que hicimos mención, citando esta estrofa del « Cielito de Maipú ».

El *cielo* de las victorias,
Vamos al *cielo*, paisanos,
Porque cantando el *cielito*
Somos más americanos.

Nuestras prolijas investigaciones para encontrar dicha pieza han resultado infructuosas. Tal es la razón de haber adoptado por su orden cronológico, el *Cielito* á la venida de la armada Española en 1819, como la primer obra del autor en el nuevo género poético del cual es indiscutidamente su propagador y ha quedado maestro.

II

El rasgo soberano de este poeta de la tierra es un férvido amor á la patria que, á manera de estrella polar orienta el derrotero de su breve existencia y le da el indeleble perfil de cantor de las muchedumbres campesinas.

La idea de la patria — confusa é inextinguible en esos espíritus tormentosos — es la pasión

dominadora y absorvente de todas las palpitaciones del alma gaucha, porque en ella se confunden los porfiados amores del natal terruño, del pago, el rancho y la prenda que ellos concretan con una sola voz en su rudo é intenso decir: la querencia!

Pero dentro de ese concepto primitivo del sentimiento de la nacionalidad, á poco que se ahonde se descubre como en esos árboles centenarios de nuestras selvas el fuerte y extendido raigambre que los aferra al suelo nutricio. Y asi se sentían orgullosos de ser argentinos, porque argentina era la tierra donde abrieron los ojos á la primera luz y en la cual irían á ser polvo sus despojos...

Hidalgo era de condición muy humilde—según su propia confesión en un breve autógrafo familiar mencionado por Carranza (1). Y aunque oriundo de Montevideo, es bien posible que pasara los primeros años de su juventud vagabundeando por las boscosas campiñas del litoral uruguayo de cuyo ambiente se saturó, como lo demuestra su profundo conocimiento de las ideas y sentimientos del hirsuto y bravío habitante de aquella región, en que palpitaban los rasgos étnicos del indómito charrúa y del empecinado matrero.

(1) Angel Justiniano Carranza. «La resurrección de Hidalgo». en *El Plata literario*, Buenos Aires, 1876. Este trabajo quedó trunco; pues, sólo se publicaron tres breves artículos que nada adelantan sobre la vida del biografiado.

Y magüer su inspiración amoldándose al gusto de la época, se enardesca para cantar *El triunfo* de San Martin — tal vez sugestionado por la incitación de Luca que acababa de lanzar las estrofas del *Canto lírico á la libertad de Lima,*—el modesto cantor vuelve á la forma que mejor se amoldaba con su manera de sentir, al lenguaje colorido y sencillo de la rústica trova que brota espontánea en torno de los fogones bajo la serena vislumbre del constelado cielo...

El poeta gauchesco había nacido rompiendo para siempre las ligaduras de la forma ampulosa y ditirámbica de las odas heróicas de los clásicos españoles, y no para convertirse en el improvisador dicharachero que entretiene al auditorio con las agachadas pintorescas del decir gauchesco, sino para ser el cantor más representativo de su casta, encarnando aquel empecinado espíritu de rebelión contra el extraño yugo iniciado por Ramírez y sus gauchos del litoral entrerriano frente á los realistas de Elio, que culminó Güemes y sus admirables montoneros después en esa resistencia tenaz á los ejércitos españoles entre las abruptas serranías de Salta.

Cada una de las rudas cuartetas del *Cielito* á la venida de la armada es un reto valiente y mordaz contra el invasor y un vaticinio de lo que sería aquella guerra á muerte, con la soberbia exaltación del coraje de las patrias caballerías que hace el poeta al recordarles como se entraba á los combates golpeándose la boca para

conquistar á sable, á bola y á lazo la libertad de la tierra:

Cielito, digo que si,
Coraje y latón en mano,
Y entreverarnos al grito
Hasta sacarles el guano.

Ellos dirán: Viva el Rey,
Nosotros: La Independencia:
Quienes son más.... corajudos
Ya lo dirá la esperencia...

Era el preludio del cantor de las altiveces criollas, cuyo *leit-motiv* veremos reaparecer en todos sus cantos sin amenguar la arrogante y eficaz vibración.

Breve tiempo después manos incógnitas distribuían en las calles de Buenos Aires una proclama-manifiesto de Fernando VII dirigida á los habitantes de ultramar, con la pretensión de que se le reconociera por medio de su enviado especial ante la Corte de Rio Janeiro, el conde de Casa-Flores.

La ocasión era propicia, y *Un gaucho de la Guardia del Monte* contesta al manifiesto zahiriendo al inepto monarca que ni había sabido conservar su corona y que, á pesar de las derrotas infligidas á sus orgullosos veteranos todavía pretendía se le rindiera vasallaje.

Al recorrer hoy los irónicos conceptos de este nuevo *Cielito*, la fácil imaginación adivina el efecto que debían producir cuando se escuchaba su recitado en la rueda de los fogones del campamento, en las reuniones de las pulperías y en

las animadas tertulias del café y los hogares de la ciudad, porque á través de su brusca urdimbre se siente palpitar la protesta inquebrantable como un juramento supremo de ser libres ó morir, condensado en su estribillo imperfecto pero, sin duda, de mayor eficacia para la causa que muchas ampulosas proclamas de las gacetas oficiales:

Allá va *cielo* y más *cielo*,
Libertad y muera el tirano;
O reconocernos libres,
O adiosito y sable en mano!

Otro *Cielito* del mismo año, en honor del ejército libertador del Perú acentúa la nota patriótica.

Hidalgo había encontrado su cuerda, la vibrante y bronca bordona de la guitarra nacional para tocar á rebato por la libertad bajo la forma lírica rudimentaria de los antiguos romances, tan propicia al asunto guerrero como á la endecha de amor.

Su intención de romper con los moldes agenos y ser enteramente personal está visible en las composiciones posteriores, por más que la métrica empleada sea la cláusula añeja del romancero español; pero es en el estilo donde debe buscarse su rasgo propio, en la manera de sentir y expresar el sentimiento y las aspiraciones colectivas de un grupo étnico, matizando su forma verbal con las pintorescas y agudas hablas de las masas campesinas, algunas de vigor y gracia

profunda como lo han reconocido cuantos han profundizado con amor la investigación de esta interesante cuestión del lenguaje gauchesco.

A la gracia andaluza del conquístador, estrepitosa y burbujeante se había aunado la malicia taimada y chúcara del indio aborígen para producir con su fusión ese tipo inconfundible de nuestro gaucho, cuya faceta espiritual es cabalmente su manera de expresión tan característica.

Si bien se ha observado alguna vez — exagerando un poco el concepto — que el lenguaje de Hidalgo no es nuevo ni original por derivar del antiguo romance castellano; pero no puede negarse que el asunto regional ya le da una fisonomía distinta y que la adopción de modismos del país — en que el guaraní, el quichua y el araucano contribuyeron con gran aporte de voces nuevas — ha concluído por marcar diferencias substanciales entre el lenguaje popular en la madre patria y el del criollo ríoplatense.

Aún dentro de las fronteras de nuestro territorio pueden señalarse hoy diferencias esenciales de lenguaje, de costumbres y de creencias; asi un paisano correntino ni piensa, ni siente, ni se expresa de idéntica manera que un hijo de la selva santiagueña ó que un llanero ó montañés de la Rioja. El hijo de la inmensa llanura abrasada por el sol, no es idéntico al que vió la luz de su horizonte limitada por la maraña y las techumbres impenetrables de los montes, ni al que nació en el valle estrecho circuido de cum-

bres, porque cada una de estas regiones imprime en el alma del nativo su sello propio.

Si ni el escenario, ni el ambiente, ni los personajes eran semejantes, como eran diametralmente diversas las tendencias del criollo y del peninsular, no podía, pues, ser idéntico su lenguaje. Por el contrario se hacía gala, — para diferenciarse — de no hablar como los godos, y es eso lo que hacía Hidalgo al adoptar la jerga campesina para interpretar los ideales nuevos y bien definidos del sentimiento argentino.

Y es digno de notarse que, este poeta que no nació gaucho, que vivió en la ciudad alternando con hombres de letras como Esteban de Luca, que asistía á las memorables tertulias de una de las porteñas más bellas y elegantes, Margarita Sanchez Velazco, cuya rara habilidad para tocar la vihuela celebró en una Oda entusiasta que empezaba así: «¿Qué mano angelical en mis oídos—derrama generosa su dulzura?» —mantuvo, sin embargo, inalterable su amor á la nueva forma de la musa campesina (1).

III

Aparece en 1821 el célebre *Dialogo patriótico* entre Jacinto Chano y Ramón Contreras que conquistó al pronto gran popularidad.

(1) Publicada en el núm. 140 de *El Censor* del 23 de Mayo de 1818.

El tema es siempre la patria cuyo porvenir incierto pone inquietudes y sombras de amargura en el espíritu del viejo Chano. El recuerdo de las gloriosas hazañas y las esperanzas de mejores días ante los desgarramientos de la anarquía que fomentaba el centralismo absorvente y miope de los hombres del directorio infatuados aun con los resabios coloniales; el menosprecio injusto para los abnegados servidores, para el pobre soldado de primera fila en las jornadas memorables; el despilfarro, el atraso y la desigualdad irritante con que suele aplicarse la ley según la condición social, forman, la tela en donde tejió ese espontáneo é imperecedero diálogo.

Merece citarse, por lo ingeniosa y punzante, la manera como explica las «dificultades en cuanto á la ejecución» del traqueado principio de la igualdad ante la ley. Y de ahí la popularidad de ese fragmento que á menudo se trae á la memoria para aplicarlo á un caso *sub-judice*, porque es siempre fresco é intenso como si lo animara un hálito de palpitante actualidad:

...Roba un gaucho unas espuelas,
O quitó algun mancarrón,
O del peso de unos medios
A algún paisano alivió:
Lo prienden, me lo enchalecan
Y en cuanto se descuidó
Le limpiaron la caracha
Y de malo y saltiador,
Me lo tratan y á un presidio
Lo mandan con calzador:
Aquí la ley cumplió, es cierto
Y de esto me alegro yo,

Quien tal hizo que la pague.—
Vamos, pues, á un Señoron.
Tiene una casualidad...
Ya se vé... se *remedio*...
Un descuido que á cualquiera
Le sucede, si señor.
Al principio mucha bulla,
Embargo, causa, prisión,
Van y vienen, van y vienen,
Secretos, almiración;
¿Qué declara?—Que es mentira.
Que él es un hombre de honor!
¿Y la mosca?... No se sabe,
El Estado la perdió,
El preso sale á la calle
Y se acaba la junsión.
¿Y á esto se llama igualdá?
La perra que me parió...

Ha transcurrido casi un siglo desde que aparecieron estos versos y al leerlos hoy despiertan la duda de si no habrán sido escritos en la hora presente. Es que pocas veces la crítica intensa de un concepto jurídico en boca del vulgo, se ajustó más intimamente á una verdad dolorosa. Por eso la sonrisa rústica y amarga del viejo Chano seguirá resonando á través de los tiempos y de los códigos como la protesta reivindicatoria de una casta desheredada!

Y á pesar de su forma de sencillez casi primitiva — para amoldarse al modo verbal de los rudos protagonistas — un pensamiento noble y altruista embebe la crítica social del *Diálogo;* la visión serena de la patria redimida y próspera por la paz y la unión, sin fronteras banderizas para que no se escuchara más que una sola frase fraternal — hijos de esta tierra — exalta y enardece

la inspiración del cantor, y de sus sencillas trovas se esparce un ambiente sano de verdad tan genuinamente nuestro, que ha hecho de esa composición un cuadro henchido de vida argentina con más lúz y colorido que muchas páginas históricas de prosa fatigosa y tropezona que pretendieron evocarla...

Tanto el *Nuevo diálogo* como el *Cielito* en alabanza de la libertad de Lima y el Callao de 1821, no son más que variantes de las poesías ya citadas porque el tema matriz es siempre idéntico: la aspiración á la independencia. Y es digno de señalarse como una de las facetas más simpáticas del amplio espíritu de este autor que, á pesar de no ser nativo de la metrópoli porteña donde vino á levantar su hogar cuando el localismo agitaba al libre viento de las cuchillas la bandera separatista con su formidable caudillo Artigas, tuvo, sin embargo, la generosa quimera en aquellos tormentosos días de la anarquía— de pensar en una sola patria, de cantar la unión y la grandeza futura de la «nueva y gloriosa nación»...

Vino después el canto postrero para cerrar con hermoso broche de bronce el ciclo de su breve pero fecunda existencia; el canto del cisne montaraz—el más armonioso y duradero de sus cantos — antes de desaparecer envuelto en los cendales de la leyenda gloriosa que tegió sobre su nombre la tradición nacional.

IV

La *Relación de las fiestas mayas* celebradas en Buenos Aires el año 1822, es en efecto la última producción de Hidalgo que conocemos y tal vez la más celebrada. A partir de esta fecha el cantor criollo enmudece para perderse en la sombra de un misterio impenetrable, legándonos ese romance descriptivo henchido de espontaneidad y de prestigiosos aromas de la tierra materna.

Verdadera piedra sillar de un nuevo género poético, de cuyo gérmen han brotado las obras más originales de la literatura sudamericana, — como ha dicho el crítico Marcelino Menéndez y Pelayo al incoporarla en su antología de poetas hispano-americanos, — jamás ha sido igualada por cuantos quisieron imitarla. Tal ocurre con el espiritual Hilario Ascasubi que pretendió superarla cantando el mismo asunto, con idéntico estilo y hasta con el propio nombre de los antiguos protagonistas (1).

Rivera Yndarte, Juan María Gutiérrez, Angel Justiniano Carranza, Ernesto Quesada y Esta-

(1) Conf. PAULINO LUCERO, *Relación de las fiestas cívicas celebradas en el aniversario de la jura de la Constitución Oriental,* en 1833. — ANICETO EL GALLO, *Recuerdos que de las glorias patrias hicieron los gauchos Chano y Contreras en las trincheras de Montevideo el 25 de Mayo de 1844.* Paris, Imp. de Paul Dupont, 1872.

nislao S. Zeballos — este último particularmente en su *Cancionero Popular* — que investigaron con vivo anhelo los antecedentes de la personalidad de Hidalgo, casi nada lograron esclarecer sobre su juventud y la vida que llevó en Buenos Aires, ni la fecha cierta de su muerte, ni el sitio donde fueron á reposar sus cenizas sin un nombre que las señale á la consideración de la posteridad.

Sólo sabemos que era oriundo de Montevideo, de modestísimo orígen y que sirvió en los primeros ejércitos patricios como secretario del comandante Carranza en la expedición al litoral uruguayo contra los portugueses en 1811, siendo declarado por el Triunvirato benemérito en grado heróico junto con sus compañeros de campaña; que en 1812 fué nombrado comisario de guerra; que pasó á Buenos Aires donde se casó, entrando á servir á la tesorería de la Aduana en 1814 donde al parecer alternaba las tareas de oficinista con los ensayos poéticos, los cuales le conquistaron mucha estimación entre la gente de letras, muriendo jóven aun de una afección pulmonar, y que queda su obra trunca y dispersa en publicaciones raras, aguardando la edición definitiva á que tiene tan legítimo derecho el progenitor de la poesía gauchesca en ambas márgenes del Plata.

En su época no se coleccionaron las poesías de Hidalgo porque eran tan populares que todos las sabían de memoria — escribía hace veinte años un escritor argentino y añadía refiriéndose

á las producciones poéticas del tiempo de Rivadavia:—la literatura popular tuvo su representante en Hidalgo, antiguo oficial barbero, que creó el género gauchesco; y que debe ser recordado con el más alto encomio, como el pueblo recuerda sus versos llenos de verdad y de colorido (1).

No obstante estas incitaciones, la obra completa de tan meritísimo escritor permanece aun sin ser compilada en volúmen, y hasta no han faltado quienes hayan pretendido despojarlo de la prioridad de su feliz iniciativa para atribuírsela al poeta mendocino Juan Gualberto Godoy que escribió en 1824 un mediocre diálogo semi-gauchesco bajo este título:—«*Confesión histórica en diálogo que hace el Quijote de Cuyo, Francisco Corro, á un anciano que tenía ya noticias de sus aventuras, sentados á la orilla del fuego la noche que corrió hasta el pajonal, lo que escribió á un amigo*».

No conocemos esta curiosa pieza cuyo inconmensurable y risueño título no es seguramente promesa, de un sabroso fruto de pura cepa criolla. Por otra parte ella no aparece incluída en la reciente compilación de las poesías de Godoy lo que desde luego descarta tan nímia cuestión; además una sola composición sin trascendencia, aún suponiéndola de fecha anterior al *Cielito*

(1) A. Lamarque. «La literatura argentina en la época de Rivadavia» en *Rivadavia*. Libro del primer centenario. Buenos Aires, 1882.

patriótico de Hidalgo cuando se anunció la venida de la expedición española en 1819, no podía formar escuela (1).

Con igual fundamento podria atribuírse á fray Cayetano Rodríguez la invención del nuevo género, por haber publicado en 1812 un *Cuento al caso* describiendo á un *huaso* tucumano, pero con el lenguaje literario corriente sin mezcla de modismos del habla gauchesca que, es precisamente la característica del celebrado autor de los *Cielitos y Diálogos.*

No es aventurado suponer también, que los *Cielitos* contra los godos de Vigodet en 1813, el que festejaba la rendición de Montevideo por Alvear en 1814, el *Cielito oriental* de 1816 en lenguaje mixto de castellano y portugués y el *Cielito de la independencia*, recopilados por Carranza como de autor anónimo en *La Epopeya Americana*, pertenecen á Hidalgo. Los tres primeros por el asunto, pues, no puede ser su autor sinó un patriota oriental, é Hidalgo lo fué sin vacilaciones en todos los instantes según se infiere de sus composiciones en las que el sentimiento patriótico asoma, pasa y vuelve á reaparecer como un ritornelo.

(1) Juan Gualberto Godoy. Poesías. Buenos Aires 1889. En el prólogo se registra un ensayo del malogrado Domingo F. Sarmiento (hijo) en el cual se dice que: Godoy fué el primero en emplear el metro de los *payadores* teniendo presente la época en que apareció el *Diálogo* entre Chano y Contreras. De ahí la especie propagada por Zinny, en su *Efemeridografia argiroparquiotia*, pág. 530 y repetida por R. Hernandez en *Pehuajó*, pág. 45. sin estudiar la cuestión.

La Lira Argentina del año 1824 reproduce á continuación en las páginas 98, 111 y 114 tres poesías sin nombre de autor: *La libertad civil*, la *Marcha nacional oriental* y el *Cielito oriental*. Las dos primeras se sabe que pertenecen á Hidalgo, y en cuanto á la última podemos atribuirle la paternidad porque se consignan en ella conceptos que encontramos después en el *Cielito* á la venida de la armada en 1819.

Tal por ejemplo, la pintura del soldado portugués con «bigoteras retorcidas», y la del español de «bigote retorcido», como si en ese rasgo hubiera querido acentuar el aire fanfarrón y petulante de los enemigos...

Y no se trata de una mera coincidencia, porque es habitual en este escritor la repetición de la misma frase en diversas composiciones, como se nota en *La libertad civil* y *El triunfo* (1).

Fallando anticipadamente en esta cuestión de probanzas sobre la prioridad, dijo el general Mitre con su respetable autoridad en la materia, en una carta al autor del *Martín Fierro* que se registra en el Prólogo de dicha obra: «Hidalgo será siempre su Homero, porque fué el primero».

Y ese juicio del erudito historiógrafo no resulta exagerado porque cuantos marcharon tras sus huellas, Ascasubi especialmente y del Campo que señala una forma intermediaria por el asunto — han imitado al modelo inspirándose en su téc-

(1) Conf. *La Lira Argentina*, p. 98 y 204.

nica, por más que enriquecieran la pintura del ambiente descriptivo con las galas de nuevos temas y hasta ahondado el perfil moral de los protagonistas — como ocurre con Hernández, tal vez quien menos le imitó — pero sin que ninguno lograra imprimir forma original al primitivo troquel que sirvió para dar cuño imperecedero á las garbosas figuras del viejo Chano y del payador Contreras.

V

Señalé ya la imitación un tanto servil de Ascasubi que no necesitaba de semejantes recursos, porque á través de su abundosa producción fluye el raudal de esa sabrosa trova americana rebosante de la gracia retozona del retruécano agudo y del colorido local de sus imágenes pintorescas.

En cuanto al autor del *Fausto* (1) la influencia del primitivo trovero tiene que ser naturalmente menos visible por la absoluta disparidad de asuntos: el uno hizo hablar al gaucho con las aspiraciones vehementes del patriotismo; el otro empleó la jerga campesina para hacer reir con el relato espiritual de una imaginaria interpretación del obscuro drama de Goethe, que el

(1) Estanislao del Campo. *Fausto.* Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta opera.—Buenos Aires, 1874.

paisano Laguna oyó cantar una noche en italiano en el teatro de Colon...

Sin embargo, en aquella deliciosa página descriptiva—la más rutilante del capítulo III que se instala para siempre en la memoria una vez leída— se ve asomar la lejana reminiscencia del modelo.

—¿Sabe que es linda la mar?
—La viera de mañanita,
Cuando agatas la puntita
Del sol comienza á asomar.

Y bien: en la sabrosa y colorida *Relación de las fiestas mayas* de Buenos Aires el año 1822, encontramos usada la mismísima imágen para describir el amanecer, si bien en forma más gráfica y genuinamente gaucha según su modo de ver y pintar las cosas de la naturaleza que rodea y satura aquellas almas primitivas como una emanación misteriosa del medio ambiente. Dice así el payador Contreras:

Al dir el sol coloriando
Y asomando la puntita...

Hidalgo es siempre justo y verista en la pintura local y sencillamente admirable en la verba de sus rústicos protagonistas. El viejo patriota Chano y su camarada el payador Contreras son fuertes creaciones que vivirán, porque llevan el soplo artístico de la realidad. Por eso se le escucha siempre con agrado sin que el espíritu

crítico más descontentadizo encuentre una rendija en su áspera coraza para hincarle el diente.

Asi haciendo hablar á « un paisano del Bragao » — vale decir de plena pampa — no hubiera empleado la palabra « mar » que el gaucho no conoce ni figura en su reducido léxico, ni podia emplear por tanto para nombrar al Rio de la Plata designado desde los tiempos de la conquista con tal nombre; ni le haría montar á « un parejero overo rosao », porque la experiencia campera le enseñó que jamás existieron parejeros de tal laya. Por el contrario con su clásica propiedad de estilo, si de carreras se trata mencionará al « zaino de Contreras que va á correr con el cebruno de Hilario », ambos de pelaje obscuro — *tapaos* — los únicos reconocidos en todo tiempo como animales de lijereza y aguante.

Tal vez el detalle paresca nímio, pero no lo será para quienes saben de cosas de campo donde el color de los animales marca una condición peculiar.

Es la Ley de la Selva, como diría Rudyard Kipling el admirable observador de las costumbres del habitante de las tierras vírgenes.

Así el parejero « Záfiro » del paisano Laguna, —por su extraño nombre y por el color—es una nota falsa, pequeña sin duda, pero que quita colorido local á la peregrina creación de del Campo;—como es también falso el «malacara-azulejo, el parejero ganador» en que presenta Magariños Cervantes en el cuadro de la yerra á su

romántico gaucho Celiar (1), — imitando á Hidalgo que hace cabalgar á Chano en un « redomón azulejo, arisco y espantador », como son cabalménte los animales de esa clase, cuando desde las islas del Tordillo se viene á la Guardia del Monte para sostener con su amigo Contreras esa jugosa charla del primer *Diálogo patriótico.*

Estos detalles menudos de la vida rural, que acusan, falta de conocimiento del medio descripto, no se encuentran en los relatos de Ascasubi que eligió para su Chano un «picazo volador», ni menos en Hernández que hace vagar por las soledades temerosas del desierto á su Martin Fierro en aquel «moro de número, sobresaliente el matucho! » que pintó diestramente en dos versos de trazo seguro y evocador (2).

La impropiedad en la pintura de los tipos, escenas y usos regionales son lunares en toda obra de ambiente local. En Hernández — es necesario reconocerlo como una de sus cualidades más excelentes — no se encuentran esas impropiedades; domina la materia, se ha compenetrado con ella íntimamente, sin preocuparse sólo del idioma, que es lo accesorio, ha visto las cosas, las ha sentido y las ha expresado como un paisano. Su obra es obra de verdad porque ha descendido con un sondazo genial hasta más recónditas intimidades del ser moral para contarnos sus creen-

(1) Alejandro Magariños Cervantes. *Celiar.* Leyenda americana.— Paris, 1852.

(2) José Hernández. *El gaucho Martin Fierro.* Buenos Aires, 1872.

cias y sufrimientos, en esa epopeya bárbara y punzante que tiene por protagonista al hombre rudo de los campos y por escenario el pajonal misterioso de la pampa, bajo la llamarada ardiente del sol ó la trémula luz de los luceros.

Y es así también como á través de los tiempos y de la diversidad de temas, que la obra del maestro y del discípulo ofrecen ese aire íntimo y familiar de cosa nuestra con su prestigioso aroma de lo lejano, porque en ambos brilla la luz interior, con que iluminaron el alma tormentosa del gaucho, para hacer brotar como de las entrañas de un peñasco nativo el fresco manantial de una poesia virgen, de sabor original y duradero.

Costumbres populares



COSTUMBRES POPULARES

I

ORIGEN DE LA BOTA DE POTRO

Comentamos entre varios aficionados al cultivo de las tradiciones de la tierra, la aparición de un libro con caracterizado sabor criollo y, como sucede á menudo la conversación se hizo al pronto retrospectiva y evocadora de los hombres y cosas de antaño.

El tema principal, como podrá suponerse, era el gaucho, la prestigiosa figura que se va tras los postreros revuelos del amplio poncho, dejando en el ambiente aquel estrepitoso rumor de:

La brillante cabalgata
Que hace sonar de luz llenas,
Las espuelas nazarenas
Y las virolas de plata . . .

Primero fué el nombre con que se ha designado tan interesante tipo étnico, nombre que

continúa preocupando aún á los aficionados á la etimología, no habiéndose acertado quizá con el origen de la arcaica palabra que lo engendrara. Tal vez la voz quichua *huachu*, huérfano, desamparado — sea la más comprensiva y la que obtiene mayores sufragios, sobre otras sin duda antojadizas, como el chilenismo *huaso*, hombre de campo; el *gatchu*, compañero en araucano; el *chaouch*, tropero en árabe; el *guanche*, de las Islas Canarias, ó el *gauderio* que fué el nombre con que los escritores españoles del siglo XVIII designaron al vagabundo nómade de los campos del Río de la Plata, habiendo sido Azara el primero que empleara la palabra gaucho como sinónimo de gauderio (1).

Pero á pesar de estos tanteos de filología simplemente congetural, el nombre del gaucho continúa interesándonos con esa curiosidad que despierta siempre el misterio sin revelación.

Después del nombre del bizarro grupo histórico, vino su indumentaria característica: el poncho, el chiripá, la vincha, el quillapí, el facón, las boleadoras y la bota de potro, voces casi todas de procedencia indígena ó adoptadas de la lengua de los pueblos vecinos, pero incorporadas de tal modo á nuestro vocabulario popular que han concluído por tomar carta de ciudadanía para dar aire de familia y ahondar los rasgos del antiguo morador de nuestros campos.

(1) Félix de Azara, *Historia del Paraguay y del Rio de la Plata*, T. I, p. 331, y *Apuntamientos para la historia natural*, T. II, p. 207.

Tras la indumentaria siguieron las voces proverbiales, algunas de sabor tan sugerente que acusan al punto la perspicacia nativa de ese ser rústico pero inteligente; su espíritu superticioso y la malicia retozona y algo chúcara en su expresión intensa que chispea en las negras pupilas y vaga siempre en los labios del campesino, como una manifestación de su idiosincracia mental, de las tendencias instintivas de su alma hidalga y varonil, henchida de luces y penumbras.

Y fué cabalmente con motivo de esta locución proverbial—no es para todos la bota de potro—aplicada por alguno ó ciertos escritores que se imaginan hacer obra criolla con solo imitar la jerga gauchesca, sin preocuparse de ponerle substancia adentro, que se planteó la siguiente cuestión que estas páginas tienden á solucionar.

¿Es la bota de potro de origen ríoplatense?

Desde luego, es un hecho comprobado que el cuero de las vacas y yeguarizos importadas por los conquistadores, fué la materia prima empleada por los pobladores del Río de la Plata en los usos más diversos, desde la rústica tienda hasta esas múltiples aplicaciones de la industria casera, que Sarmiento denominó la civilización del cuero; y fueron también las expediciones á los campos desiertos para cuerear el ganado cimarrón que había procreado libremente, las que formaron los primeros núcleos de población á lo largo de los grandes ríos litorales.

De ahí nacieron dos voces nuevas en la lite-

ratura colonial, ir de vaquería y changadores de ganados que se refieren á la industria de la cuereada de las haciendas cimarronas, á lazo y boleadoras en pleno desierto, donde aparece el gaucho intrépido como actor en esa ruda brega con el bruto, el indio y la fiera que sirvió para templarle el alma y el músculo y le dió á la vez el carácter levantisco y la bravura temeraria que la veremos desarrollar más tarde, en los romancescos entreveros de las guerras del tiempo viejo.

La vida á la intemperie en la pampa inconmensurable ó en las temerosas penumbras de los bosques ribereños, con todas las privaciones de la vida errante en la libre correría, sin poder proveerse muchas veces ni siquiera de los *vicios* —como llamaban á la yerba mate y al tabaco— porque las escasas poblaciones quedaban lejos, los hizo ingeniarse entre otras prendas de la bota de potro para sustituir al calzado, y la cual bien pudo ser una imitación perfeccionada y hasta más elegante de la rústica *uxuta* introducida por los quíchuas en las provincias arribeñas.

En vez de la ojota de cuero de llama ó guanaco que solo defiende una parte del pié, privando los movimientos para estribar al jinete, no es aventurado suponer que fabricara la bota de potro que cubre el pié y la pierna dejándole una abertura en la punta á fin de calzar el estribo.

Pero sea ó no imitación, es lo cierto que fueron los habitantes del campo—el gaucho ó gauderio como denominan Azara y Doblas á los

vagabundos agrestes—quienes la emplearon sustituyendo así el calzado de becerro español, que por su costo no podía estar al alcance de aquellos descamisados. Por lo demás el ganado vacuno y caballar vagaba en grandes manadas por los campos desiertos y costaba bien poco trabajo el bolear un animal de cuero hermosamente pintado para fabricarse un par de botas muy cómodas y sobre todo muy baratas . . .

Y aquí cabe hacer notar que, la bota de potro no fué en su orden de prioridad el primer calzado del gaucho ríoplatense, sinó la bota hecha con cuero de vaca, por más que el nombre de la primera sea el que ha persistido á través de los tiempos.

Comprueba esta afirmación una acta del Cabildo de Montevideo de Agosto 25 de 1785, y en la cual el regidor Don Josef Cardoso expresó: Que la larga experiencia de los abusos que se cometen en la campaña, conocida desde muchos años y que más destruye los ganados, es el uso de la bota de ternera ó vaca, únicamente con el fin de sacarle la piel necesaria para las botas, pudiendo decirse que con tal costumbre se destruyen más de 6,000 cabezas de ganado al año; por lo cual propuso la prohibición de esa clase de botas, sustituyéndolas por el uso de la yegua, con lo cual se irán destruyendo las yeguadas alzadas que tanto perjudican á los estancieros.

El Cabildo adoptó la sustitución propuesta por el regidor, y para cortar el abuso de raíz mandó

ejecutarla con imposición de severas penas ordenando que se recogieran incontinenti por las autoridades de partido todas las botas de ternera y vaca, y que se quemarán públicamente en los extramuros de Montevideo (1).

De aquel auto de fé nació la bota de potro en la Banda Oriental.

No he encontrado análoga disposición en las actas del Cabildo de Buenos Aires en los tomos publicados que sólo alcanzan al año 1672, registrándose únicamente permisos para ir de vaquería con el fin de hacer grasa y sebo y cuerear ganado cimarrón en las tierras realengas. Pero no creo aventurado conjeturar que, entre nosotros debió ocurrir algo semejante, porque los usos y costumbres del gaucho en ambas márgenes del Plata son idénticas y es uno mismo el linaje que formó su tipo étnico, siendo frecuentes las inmigraciones de una á otra orilla cuando los Prebostes de la Hermandad, vale decir la policía de aquellos tiempos, pretendía echarle la garra para entregarlo al servicio del rey.

El gaucho debió nacer, pues, desde que con permiso ó sin él empezaron las volteadas de haciendas cimarrona, y debió ser entonces también que la necesidad les obligó á fabricar un calzado para defenderse de los rigores del desierto.

Los escritores de la época no adelantan mayores datos sobre esta prenda tan característica

1) Isidoro De María. *Revista del Archivo General Administrativo*, lib. IV, p. 398, Montevideo, 1885.

de la indumentaria gauchesca. Solamente Azara en la *Historia del Paraguay y Río de la Plata,* describiendo los usos de la gente de los campos, á que denomina gauchos ó gauderios, trae esta exacta pintura: « Llevan también botas de medio pié, sacadas de una pieza de la piel de la pierna de potros ó terneras, sirviéndoles la corva para talón » (1).

Y es sabido que Azara ha venido al país el año 1781, y por tanto sus observaciones *in situ* son de las postrimerías del siglo cuando ya el gaucho había surgido tal vez desde principios del mismo siglo, de manera que la referencia de este autor es sobre una entidad social bien caracterizada en sus usos y costumbres, que poco debían variar con el correr de los tiempos por que el apego á la tradición existió tan arraigada en su alma que siempre consideró deshonor el no morir en su ley.

El *Lazarillo de ciegos caminantes* publicado en 1773 por Concolorcovo, registra una animada y un tanto fantástica pintura del vagabundo holgazán que vagaba por los pagos vecinos á Montevideo, al que llama gauderio y si bien cita algunas prendas de su uso, como el poncho, el cuchillo y el lazo que dice llaman *rosario,* — tal vez queriendo aludir á las boleadoras que los criollos denominaban las Tres Marías,—no menciona sin embargo, la bota de potro, como tampoco

1 Félix de Azara. obr. cit., T. I. p. 307.

lo hace en la parte referente á los gauderios que encontró en la jurisdicción de Córboba y Tucumán, en su viaje hasta Lima (1).

De esa omisión del interesante relato del escritor peruano no debe concluirse que tal vez no estaba en uso la bota en cuestión, porque otros escritores que residieron largos años en nuestra campaña afirman por el contrario que su uso se había generalizado hasta entre los indios de la pampa.

En efecto, el padre misionero Thomás Falkner en su *Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes de Sud-América* aparecida en 1774, consigna al final del capítulo V ocupándose de los tehuelches este dato comprobatorio: «Tanto los hombres como las mujeres usan una especie de botas ó medias hechas con los muslos de la piel de yegua y de potrillo: empiezan por quitar al cuero la gordura y las membranas interiores; una vez seco lo ablandan con grasa, lo hacen luego flexible retorciéndolo y se lo calzan sin darle forma ni costura» (2).

Como se ve el procedimiento tehuelche es el mismo empleado por el paisano para la fabricación. Y si el uso se había generalizado entre los indios, debieron ser los criollos cautivos — como cierto hijo del capitán Mansilla de Buenos

(1) Concolorcovo, *El lazarillo de ciegos caminantes*, edición de la Junta de Historia y Numismática Americana, MCMVIII, cap. I y VIII.

(2) Thomás Falkner, *Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes de Sud América*, p. 120.

Aires que residió seis años entre ellos, según refiere el P. Falkner, —los que lo introdujeron en las costumbres del indio.

Todas estas informaciones de procedencia insospechable comprueban, pues, acabadamente que la bota de potro fué una prenda original de la vestimenta del gaucho ríoplatense.

Con ella surge á la vida como entidad étnica de perfil inconfundible, allá en las soledades campestres de la época colonial; con ella lucha por la independencia del suelo nativo en los primeros movimientos insurreccionales contra el yugo español; con ella impera prepotente y soberbio en la montonera y bajo la tiranía; con ella vadea los más grandes ríos de la República para derrocar al tirano y afirmar el imperio de la constitución federal; con ella se bate y muere altivo y heróico en los esteros paraguayos, y fiel al culto de su tradición con ella se va, barrido por la ola cosmopolita que está borrando los caracteres más genuinos del pasado argentino.

II

LA TABA

¿Es la taba un juego americano?

Es bien posible que á muchos se les antoje ociosa la interrogación, y contesten sin trepidar:

Pues ¿quién lo duda? si es más criolla que la mazamorra y el mate amargo esa diversión campera de tirar el hueso procurando echar suerte, para lo cual nadie aventaja á nuestros gauchos.

Yo también lo creía así hasta hace poco días en que, suponiéndome versado en costumbres de la tierra se me hizo la consulta del caso, lo cual me obligó á rastrear el origen de esta diversión tan característica del paisano, para llegar al conocimiento de lo que no sabía; y es que se trata de un juego importado por los conquistadores al Río de la Plata.

Desde luego, el vocablo taba no es guaraní, quíchua ó araucano, es decir, no pertenece á la lengua de las tres grandes tríbus que más aporte de palabras incorporaron al castellano. Es por el contrario, rectamente castiza, con etimología arábica, pues taba viene de *kaba* según Monlau, Roque García y el diccionario de la academia. En árabe, *lab el káb* es el juego de la taba; de donde podría inferirse que tal vez la costumbre fué importada por los moros á la península ibérica. Sin embargo, su origen es más remoto aún y proviene, sin duda, de la conquista romana.

La taba como es sabido es un hueso que tienen ciertos animales en el garrón, á que también se llama astrágalo, y al cual los latinos denominaban *talus astrágalus*. Según refiere el poeta Ovidio llamábase *talus* á un dado para jugar hecho con un hueso del pie, y de ahí las prohibiciones de la *lex tallária* contra los que jugaban

á los dados cuando el uso se generalizó hasta degenarar en vicio.

Ahora bien: ¿el talus romano era la taba? Seguramente, y á pesar de la creencia generalizada de que ha sido en todo tiempo juego de gente vulgar, puede afirmarse lo contrario. Así se refiere que Sócrates, el célebre filósofo, se entretenía en jugar á la taba por las calles de Atenas. Y el poeta Luciano dice en *Los Amores* que tirando sobre una mesa cuatro pequeñas tabas de gacela, de su disposición al caer dependía la buena ó siniestra fortuna para el amor (1). En las escavaciones de las tumbas greco-romanas los arqueólogos han descubierto pequeñas tabas de carnero y de cabra ó imitaciones del mismo hueso hechas en marfil, bronce, vidrio ó ágata, lo que comprueba que el utensilio perteneció á gente pudiente.

Como se ve, la afición á tentar fortuna con el consabido huesito no es una invención de nuestros criollos, no es fruto de la holgazanería gaucha como se ha repetido tantas veces; sino herencia legada por el conquistador y conservada por la tradición secular y hasta perfeccionada como vamos verlo, y este dato me parece interesante para el estudio de las costumbres populares en el Río de la Plata.

Pero lo que es indudablemente más curioso aún, es que las mujeres de la antigüedad y hasta

(1) Obras de Luciano, versión española de Baraibar y Zumárraga, t. III, *Los Amores*, nº 16, p. 57.

los niños eran grandes aficionados á parar la taba. Se conoce un grupo antiguo en bronce llamado de los Astragalizontes, que representa á dos hermosos niños desnudos jugando á la taba...

Entre las curiosidades del British museum se conservan unas preciosas figurinas de terra cotta procedentes de Tanagra, pequeñas de diez ó doce centímetros pero de una perfección y delicadeza esquisita. Miguel Cané es quien nos ha contado el descubrimiento con su prosa fácil y elegante: «Unas encogídas, otras en marcha, y aquellas jugando á la taba! Sí, encorvada una deliciosa estatueta sigue con avidez los giros del pequeño hueso, mientras su partner espera paciente el turno. Miramos con atención y pudimos constatar que la taba había *echado*... lo contrario de suerte» (1).

El origen de este juego tan popular entre nuestros campesinos tiene, pues, rancio y hasta noble abolengo, y es de notar que los descubrimientos greco-romanos, si bien prueban acabadamente su antigüedad, se refieren siempre á un hueso pequeño de carnero y de cabra ó á su imitación en bronce, piedra ó cristal, pero nunca se han encontrado, que yo sepa, tabas auténticas de vaca ó de buey ni imitaciones de éstas, que es cabalmente la única usada por los criollos rioplatenses.

Y lo que se dice respecto de este juego entre los griegos y romanos puede decirse también

(1) Miguel Cané, *En viaje*, p. 63.

de España. En efecto, el novísimo diccionario de la academia escribe para definirla: «Juego en que se tira al aire una taba de *carnero*, y se gana, si al caer, queda hacia arriba el lado llamado carne; se pierde si es el c..., y no hay juego si son la chueca ó la taba».

De lo cual puede concluirse que, el empleo de la taba de animales vacunos es una invención criolla que modificó con ventaja el juego primitivo, pues, por su mayor peso es más adecuada, y de ahí esa admirable destreza que lograron algunos paisanos para clavar tiro á tiro el hueso, como se dice en la jerga popular.

Y no solamente han perfeccionado el juego, sino hasta inventado un expresivo vocablo para designarlo, concretando la forma verbal castiza á una sola voz: *tabear.*

Por de contado que la real academia tan reacia á estas voces nuevas que le llegan de Sud América, con olor á insurgentes—por más que las usen en la conversación algunos millones de habitantes—no le ha dado cabida aún en su discutido léxico oficial que sigue escribiendo con su forma arcaica: «jugar á la taba».

Así como en el lenguaje figurado y familiar se dice en castellano «tomar la taba», por empezar á hablar con prisa después que otro lo deja; mientras aquí con el gracioso y colorido decir campesino, para designar las charlas de mero pasatiempo nuestros criollos dicen sencillamente y hasta me parece que con más elegancia: tabear.

Y cúan grata suena al oído esa palabreja para todos los que sabemos de cosas criollas—y quién no las sabe entre nosotros — puesto que evoca dulces recuerdos y reminiscencias de las horas ya idas para siempre. ¿Cuál de los hijos de esta tierra no se encorvó alguna vez poniendo el mayor empeño para clavar el hueso sobre una cancha polvorienta?...

Porque si bien esa diversión pasa por uno de los pocos entretenimientos del pobre paisano, en sus horas de tregua después de las rudas fatigas, es lo cierto que tuvo siempre muchos adictos en la clase pudiente y entre los encumbrados del poder. Cuenta la tradición que Rosas y Quiroga fueron dos diestros apasionados y formidables que dejaron larga fama. Y hasta se agrega que, en cierto momento de grave penuria para el tesoro de una provincia andina, hubo un Ministro de Hacienda que extrajo de las arcas fiscales los dos únicos cuatros bolivianos que quedaban y se fué á una pulpería donde el paisanaje se desplumaba jugando á la taba. Su excelencia era ducho y en pocas horas logró acaparar una buena cantidad de onzas de oro para salvar las aflicciones del erario...

El juego de la taba como diversión popular ha pasado; ya no da la nota colorida y regocijada de aquellas estrepitosas reuniones del criollaje en las pulperías de antaño. Pronto serán objeto de curiosidad, á semejanza de cualquier cacharro índigena, esos blancos huesos gastados

con el uso, que concentraron en su giros por el aire antes de caer al piso de la cancha tantas miradas anhelantes.

Y si esos viejos huesos hablaran como la roca de Loreley en la balada alemana, contarían á la posteridad las horas de alegría retozona con los decires intencionados, espirituales y bruscos del hombre de chiripá y la lacia melena, que jugaba y perdía en aquellas contiendas toda su fortuna, con desgaires caballerescos de un mosquetero ó de un Don Juan.

Tierra de matreros



TIERRA DE MATREROS

Me arrellané en el rincón más solitario del wagón, abrí el volúmen que conservaba ese olor húmedo y atrayente de los libros recién impresos disponiéndome á saborearlo, cuando vino á ocupar un asiento frontero al mío uno de esos individuos de color indefinido, con ojos verdosos, pequeños y frios que no cambian nunca de expresión como los ojos de las víboras.

Le conocía á penas, pero sabía que gozaba de fama abrumadora por la monotonía de sus charlas insípidas; y si es cierto que cada hombre tiene la fisonomía interna reflejada en el rostro, mi vecino llevaba en el suyo un estigma realmente repulsivo.

—Mal augurio — exclamé en un soliloquio y poniendo ceño adusto respondi secamente al saludo y proseguí la lectura con las páginas muy cerca de la cara para defenderme de sus miradas intranquilizadoras.

El tren se puso en movimiento. Se oyó la crepitación de un fósforo al encenderse, luego una voz melosa brindándome un cigarro:

—No fuma?

—Gracias—y el silencio cortó el diálogo.

Breves instantes después insinuaba de nuevo el ataque con su vocesita atiplada que ya empezaba á serme odiosamente molesta.

—Muy interesante la lectura, no?...

—Sí, interesantísima.

—Montepín ó Richebourg—dijo arrastrando la erre.

No. Fray Mocho, autor criollo de los de buena cepa—respondí sin apartar la mirada del libro y continué la lectura.

Habíamos atravesado el puente del Riachuelo y entramos á las tierras bajas del sucio caserio de las curtidurías de Barracas. Mi vecino se revolvía inquieto en su asiento, y al contemplar por la ventanilla la extensa napa de campiña anegada no pudo refrenar por más tiempo su impaciencia locuaz, y se me vino á fondo con una parrafada que no logró cuajar porque la corté en el introito.

—Pero ha visto cuanta agua estancada; un canal de desague hace gran falta; esta agua es...

—Aquí hay mucha, muchísima más—repliqué vivamente. Y dispuesto ya á no dejarlo meter baza, añadí:

—Vea Vd. qué paisajes tan hermosos los que describe este libro; qué cuadros más curiosos y

originales de la vida de una población semisalvaje que anida como las fieras entre los inmensos pajonales y las tupidas arboledas de los montes costeños de las islas del Paraná; en ese país de los matreros como denomina el autor á los hirsutos moradores de esa misteriosa región, donde los viejos seibos se coronan de flores sangrientas al borde de riachos tan anchos como ríos, que culebrean entre marcos de sarandises y juncales espesos arrastrando en su corriente los verdosos embalsados del camalotal.

Es la tierra de los matreros, de la gente maleante y sin ley en que no impera otra autoridad que la sustentada por la fuerza bruta, la destreza, la astucia, la garra pujante y la entraña bravía. Un país donde hubiera podido encontrar asuntos para sus admirables relatos de las selvas vírgenes el poeta Rudyard Kipling...

Y sin darle tiempo para reponerse de la encomiástica embestida, añadí: Escuche que esto es nuestro, genuinamente nuestro y para Vd. como para cuantos lo lean será, sin duda, una verdadera revelación. Son cuadritos copiados del natural en el pleno aire del paisaje selvático, con pinceladas rápidas y seguras, rebosantes de colorido y espiritualidad.

Cinematógrafo criollo lo ha titulado el autor, y es así en realidad. Los tipos exóticos por sus costumbres y la indumentaria que gastan, las escenas de aquella vida libérrima, más curiosa aún, y los paisajes variados de las islas y riachos

de la región van desfilando ante la mirada del lector en graciosas y vívidas evocaciones, á tal punto que cuando á vuelta de una página se esfuma la figura que titiló un instante para ver aparecer otra más allá, queda grabada en la memoria la imágen por mucho tiempo.

Aquellos son tipos campesinos, criollos auténticos por su vestimenta y modalidades propias; por su lenguaje tan rudo y extraño que parece dialectal; por el aire huraño y y siempre alerta para el desconocido que llega á su miserable ranchada y á quien se mira como á un posible enemigo del que es necesario precaverse; por sus credulidades absurdas, sus tradiciones henchidas de superstición, su manera de vivir en plena libertad, sus estrepitosas alegrías y sus sufrimientos silenciosos, porque no es de varón el quejarse de la adversa suerte; por sus heroicidades y sus crímenes, sus pasiones violentas y sus instintos de fiera, como que entre fieras viven y mueren en lucha abierta con el emboscado destino, todo eso y mucho más se va retratando en páginas sencillas y hasta desaliñadas por la premura con que fueron trazadas, pero de las que fluyen á cada instante hálitos de vida libre y salvaje.

—Pero noto que Vd. me está hablando como si ya hubiera leído la obra, como si conociéra mucho esas cosas...

—Así es, en efecto. El autor me pasó los originales antes de enviarlos á la imprenta. Además

ese ambiente comarcano, ese ácre perfume de las yerbas y plantas acuáticas que crecen entre los carrizales de los bañados, al borde de los arroyos, en la ladera de los médanos ó á la sombra de las isletas boscosas, son de mi tierra, tengo el alma saturada de ellos, aire de aquellos campos parece que me resuella adentro y me dilata el pecho. Es una característica de los hijos de aquella región que nos exalta con sólo recordarla; como los rústícos provenzales que dieron vida á *Mireya y Calendal*, nosotros llevamos adherida á las fibras más íntimas esos porfiados y resistentes cariños de la tierruca.

Todavía no ha surgido al Mistral que la cante, pero ya vendrá porque existen alli temas líricos tan originales é interesantes como los de su tierra solar del Crau y la Camarga. En breve el silbato de la locomotora turbará la apacibilidad de aquellas selvas que el hacha empieza á desmontar, y los wagones se llevarán á prisa las riquezas de la tierra; pero ya lo dijo un poeta: al sol no lo transportan, ni transportan las estrellas. . .

Por eso puedo afirmarle que con todas sus imperfecciones de estilo, estas descripciones dejan en el espíritu del lector una visión nítida y real. La imaginación y la fantasía no informan ni dan carácter á los episodios y escenas descriptas, con un afán tan sincero de verdad que la pluma no ha hecho más que ir esbozando recuerdos é impresiones, en cróquis lijeros, sin

preocuparse mayormente del retoque artístico que les hubiera impreso toda la originalidad de su belleza selvática...

Hay en este autor algo de la manera de tratar los asuntos regionales á lo Rueda y Pereda, con verismo crudo pero sin grosería. Se me antoja que los autores de *La Reja* y del *Sabor de la Tierruca*, deben ser santos de la devoción de Fray Mocho. Tiene de ellos la observación aguda para hacer resaltar la nota pintoresca dentro del tosco escenario, y la gracia vivaz para pintarla, pero carece aún de la técnica del arte que da vida perenne á las craciones.

Mi hombre estaba vencido, y hasta me atrevería á decir que empezaba á interesarle más la lectura que mi fogosa charla. Solo de tarde en tarde me interrumpía exclamando entusiasmado:

—Oh! Pero si eso es muy lindo! Siga, siga usted.

Así fuimos recorriendo los cuadritos sabrosos y coloridos de «La carneada», «Macachines», «Peludeando», «Bajo el alero», «Cortando campo», «Al caer la tarde» y «La domada». Y las siluetas originales de Ño Ciriaco, Juan Yacaré, El Aguará y La Chingola cruzaron garbosas y cerríles, con sus extrañas fisonomías de bestia montaraz, en aquel escenario magestuoso.

Luego aquellos rostros cobrizos de los viejos dicharacheros que se esbozan á la mortecina luz de los candiles, con sus ojos astutos de ave de rapiña atisbando por entre el matorral de las

cejas enmarañadas; y las robustas chinas que encelan los corazones de los galanes pendencieros; y el paisaje del matorral ribereño, con los riachos que se entrecruzan culebreando por las espesas maciegas donde lanza el caráhu su grito lamentoso; y los viejos seibos empurpurados de racimos de sangre junto á las extrañas flores de pasión del mburucuyá; y los espinillos que se atavían con el amarillo y fragante tipoy, y los embalsados del camalotal cubiertos de corolas moradas que exhalan perfumes embriagadores; y el sol que cabrillea en el agua plateada de los remansos ó sobre los blancos arenales; y la luz de la luna mansa y quieta en la altura que parece polvorear blanquecina vislumbre sobre el campo en reposo...

Los cuadros de las tierras altas, del campo abierto de las cuchillas tienen también su carácteristica peculiar en este libro.

La hidalguía campesina, la hospitalidad sencilla de las pobres gentes con que agasajan al viajero que se detiene á la puerta de sus toscas viviendas; la nobleza del gaucho para el que solicita su ayuda sin saber quien es y por el sólo sentimiento de confraternidad con el infortunio ageno.

Impregnadas de esa noble y fuerte altruismo, que como un legado tradicional todavía se conserva entre los últimos representantes de la estirpe gaucha, están las páginas de «Macachines» y «Bajo el alero», para mí las notas más reales y sentidas del libro.

En el primero se retrata con pinceladas maestras la hidalguía del viejo criollo que da su mejor caballo y su cuchillo al fugitivo que llega una noche á su rancho huyendo de la policía. El segundo presenta un cuadrito delicioso de un interior de hogar campestre en un día de lluvia, lleno de observaciones encantadoras. Vuelta la última página aún se siente el lento son del agua que chorrea afuera sobre la pajiza techumbre, mientras adentro se escucha el bordoneo de una guitarra que gime aires de la comarca mezclándose al chirrido alegre de la sarten, donde la grasa para freir las tortas se derrite con notas de risa...

Un silbido estridente y el ijadeo bronco de la locomotora que se detiene de pronto como cansada de la loca carrera al penetrar á la estación, cortó bruscamente la charla. Mi compañero se levantó, y tendiéndome la mano me dijo:

—Hubiera deseado que nuestro ameno *Viaje al país de los matreros* durara más tiempo: me iba interesando de veras.

—Ojalá se escribieran muchos libros como este—le respondí. — Es tan rica nuestra tierra en asuntos artísticos. Y pensar que desdeñamos los panoramas vírgenes para ir á copiar los extraños!...

La selva de Montiel



LA SELVA DE MONTIEL

I

No sé si el propósito que ha inspirado el presente trabajo obedece al espíritu de curiosa investigación preconizado por Saint-Beuve, al decir:—Cuando entro á un paraje célebre me place ante todo, averiguar cuál es su historia.

O si sólo será fruto de esa plácida manía que el erudito don Juan María Gutiérrez tan incisivamente caracterizó así:—A más del cigarro y del mate, hemos de tener otros vicios, para completar el triángulo de nuestra perdición; y ese tercer lado flaco, es la manía de embarrar papel que nadie lee...

Salvando el talento y el buen gusto de ambos maestros, espero que me será permitido poner bajo su égida mi caso que, en síntesis, es el siguiente:

¿De donde proviene el nombre Montiel de la gran selva entrerriana?...

Inoficioso me parece buscarle una filiación indígena entre las pocas palabras que se conocen de las lenguas habladas por las tribus minuanes y charrúas que habitaban la región de Entre Ríos en la época de la conquista, ni en la misma lengua guaraní, porque la voz es indubitablemente castellana. Y, sin embargo, ni el vocablo español monte, ni sus derivados montícola, montero, montuno, montaraz, ni el histórico argentinismo montonero—ya incorporado al léxico por la real academia á pesar de su orígen insurgente—pueden darnos la clave para resolver el caso.

En efecto, Montiel es nombre propio de patrono de fundo con antiquísimo abolengo, como puede verse en el capítulo II del *Quijote*, en que trata de la primera salida que del terruño hizo el héroe manchego en busca de aventuras:—« Dejando las ociosas plumas, dice, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel ». Y añade la nota en la edición americana de Appleton: «Distrito de la Mancha que comprende muchos pueblos. Su capital Montiel está sobre el río Jabalón, que va á morir al Guadiana. Allí sucedió la muerte del rey don Pedro de Castilla á manos de su hermano don Enrique, en 1369» (1). De lo cual deduzco esta

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Nuev Yorck. II, p. 3.

premisa que conviene fijar: que era costumbre entre los españoles el designar con el nombre del patrono, ó dueño del fundo, á toda la tierra sobre la cual se extendía su dominio.

Ahora bien: ¿Cuándo aparece el nombre de Montiel en el territorio entrerriano? Según mis investigaciones, en el año 1694, con motivo de una cesión de derechos al ganado vacuno cimarrón, hecha por don Melchor Gómez Recio al P. Toledo, rector del Colegio de los jesuitas de Corrientes, en la que, relacionando antecedentes, dice que su derecho le fué reconocido en juicio contradictorio por el lugarteniente don Alonso Fernández Montiel (1).

Y, pocos años después, en el informe del P. Policarpo Dufo al narrar la expedición que en 1715 trajeron los jesuitas de las Misiones para castigar á los indios infieles de Entre Ríos, se consigna este dato sugerente: «De esta suerte llegamos al río *Moqueretá* (Mocoretá), donde hallamos á los vaqueros de la tropa del alcalde provincial de Santa Fé, Antonio Marques Montiel» (2).

Luego, en 1730, lo vemos aparecer nuevamente en el cura fundador de la primer capilla de la virgen del Rosario en la Bajada del Paraná, que lo fué el maestro don Francisco Arias

(1) Manuel R. Trelles, *Registro Estadístico de Buenos Aires*, 1860, II, p. 39, 55 y 66; y Benigno T. Martínez, *Archivo histórico de Entre Ríos*, I, p. 54.

(2) Manuel R. Trelles, *Revista del Archivo*, II, p. 246.

de Montiel, según lo consigna el dean monseñor Juan José Alvarez, en su monografía sobre la fundación de las iglesias del Paraná (1).

He aquí, pues, dos apellidos de orígen español que á mi entender resuelven la cuestión. Si el nombre de la selva no es guaraní como lo son Uruguay, Gualeguay, Gualeguaychú, Mandisoby, Ayuy, Yuquery, Ibicuy, Yeruá, Chajary, Ñancay, Pospós, Guayquiraró, Mocoretá, etc., que designan ríos y parajes del territorio, y cuya procedencia guaranítica es indubitable á pesar de las adulteraciones que el tiempo y la costumbre les han impreso, es preciso buscarlo entonces entre los nombres de los conquistadores de aquella región.

Y bien. Me inclino desde luego á creer que es el alcalde provincial de Santa Fe, don Antonio Marques Montiel, quien ya en 1715 extendía sus vaquerías por las soledades de la inmensa selva hasta el río Mocoretá, es decir, al extremo frontero con el territorio de Corrientes —*animo domini*—y, sin duda alguna, con todas las prebendas de un poderoso señor alcalde de alta vara y espada y arcabuces para sustentar los fueros de su autoridad,—el que ha dejado impreso su apellido que la tradición ha perpetuado sobre la región que dominó exterminando por el hierro y el fuego á los primitivos moradores.

(1) Juan José Alvarez, *Antecedentes históricos*, 1887, p. 3; y Benigno T. Martinez, *Archivo histórico de Entre Rios*, p. 113.

Valga esta inducción—á falta de otra más autorizada—que en 1896 enunciamos (1) y que no creemos antojadiza, puesto que en tan corto espacio de tiempo vemos aparecer el mismo apellido sobre aquel escenario selvático, usado por dos personalidades—un alcalde y un cura—vale decir, por la espada y la cruz, esos dos símbolos de la conquista en América.

La perpetuidad de los nombres de los primeros ocupantes del suelo, es un hecho abundantemente comprobado; y, basta recorrer el mapa del territorio de esa provincia para seguir los pasos del conquistador y del misionero á lo largo de las corrientes rumorosas de sus ríos y arroyos, de sus montes y cuchillas, donde han quedado sus nombres evocadores, como si hubieran sido grabados con caracteres indelebles para perpetuar el recuerdo de sus cruentas hazañas.

Ahí están los nombres de Hernandarias, Carballo, Alarcón, Alcaráz, Sandoval, Almirón, Vergara, Monsalvo, Montoya, de fray Diego, fray Feliciano, San Alejo, San Cristóbal y el cerro de la Matanza que señala una de las etapas más sangrientas de la extinción de dos pueblos indómitos: los charrúas y minuanes...

(1) Recuerdos de la tierra, 1896, índice alfabético, verb. *Montiel*, p. 280.

II

Otro documento de la época de la conquista nos proporciona el dato decisivo para afirmar que el nombre de la selva proviene directamente del patrono ó señor del feudo—cuyo orígen señala el informe del P. Dufo, en 1715—y es la memoria elevada al virrey Vertiz en 1782 por el comisionado don Tomás de Rocamora, en la cual al hacer una prolija descripción de las condiciones topográficas, población, etc., dice lo siguiente:—«. . . . el terreno se dilata por el norte con los cerrados montes de Montiel, dirección de Corrientes, poco seguido en el día, por desierto y expuesto» (1).

Resulta, como se ve, que ya en 1782 se denominaban «*Montes de Montiel*», á los bosques intrincados de la célebre selva que el visitador Rocamora, siempre minucioso y veraz en sus informaciones, califica de lugar peligroso, como lo era en verdad, porque sus dilatadas y misteriosas penumbras fueron el refugio de aquellos famosos «changadores de ganados» que tanto trabajo dieron con sus audaces correrías á las autoridades coloniales; ó empleando un pintoresco argentinismo, los gauchos matreros en que había de encarnarse más tarde el espíritu em-

(1) Benigno T. Martínez, *Apuntes históricos sobre la provincia de Entre Rios*, t. I, p. 161.

pecinado y bravío de resistencia contra los invasores de su terruño, el día en que su caudillo Ramírez agitó al viento de las verdes cuchillas la bandera de fajas blancas y azules, como un pedazo de cielo y su rojo color de batalla (1).

En el Atlas de la Confederación Argentina publicado por el doctor Martín de Moussy, encontramos otro dato importante respecto del nombre que nos ocupa y el cual viene á comprobar la persistencia con que la tradición lo ha perpetuado sobre el suelo de aquella región. Vése, en efecto, que el autor denomina «Vuelta de Montiel» á la desembocadura del Paraná-Pavón frente á San Nicolás (2).

Y este otro nombre indígena-español ¿no recordará acaso al teniente alguacil mayor don Juan Pavón, el inseparable compañero de aventuras de Ruiz Galán, en 1539? (3)

El dato consignado por de Moussy, sugiere además la idea de que tal vez la primitiva posesión de vaquerías del alcalde Marques Montiel, se extendía desde la costa del Paraná-Pavón, siguiendo la parte alta y boscosa de la selva por ambas márgenes del río Gualeguay hasta confinar en Corrientes con el Mocoretá, donde los soldados de la expedición del maestre de campo García de Piedrabuena encontraron á los vaque-

(1) Montaraz, 1 vol. in. 8°, 1900, cap. IV y passim.

(2) Martin de Moussy, Atles, plancha VIII.

(3) Manuel Dominguez, «El asalto del fuerte de Corpus Cristi», en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, t. 16, p. 97.

ros de la tropa del alcalde santafecino en 1715, como lo consigna el P. Dufo cronista de la expedición jesuitica (1).

Desde luego tenemos dos puntos terminales indicados por el mismo nombre: al sur la «Vuelta de Montiel», al norte sobre las puntas del rio Mocoretá los vaqueros de la tropa del alcalde Marques Montiel, entre cuyos extremos se dilata la inmensa selva que lleva cabalmente ese mismo nombre...

¿De qué otra persona podia provenir entonces? Existió acaso otro Montiel de más encumbrada posición que el alcalde provincial santafecino con jurisdicción territorial en esa época sobre toda la región entrerriana?... No he podido encontrarlo, bastándome señalar un hecho bien conocido de los versados en crónicas coloniales; la ponderada jerarquía encarnada en esos personajes que llevaban la vara de la justicia en nombre de la Sacra y Cesárea y Católica Majestad, como rezaba el formulismo de la época.

El punto quedaría plenamente comprobado examinando el título de la merced de vaquerías sobre ganado cimarrón que el rey debió acordar al alcalde de Santa Fe, y en cuyas reales provisiones existirán los límites de la merced. No conozco dicho documento, pero debe existir, porque habiéndose declarado bienes del estado las haciendas salvajes que se habían multiplicado

(1) Manuel R. Trelles, loc. cit.

extraordinariamente en ambas bandas del Río de la Plata, las autoridades reales concedían permisos para ir *de vaquería* ó sea á cuerear por negocio (1), y tal vez han de encontrarse copias de la merced en poder de alguno de sus descendientes que, por cierto, son bien numerosos como en seguida se verá.

III

Recorriendo, en efecto, los anales de la conquista, el apellido Montiel aparece con frecuencia á partir del año 1580, en que uno de los compañeros de don Juan de Garay, don Alonso Fernández Montiel, auténtica la firma del símpático conquistador en el acto de discernir el cargo de escribano de la ciudad de Santa Fe, y toma después parte activa en el primer movimiento insurreccional de los criollos por ejercer el gobierno de lo propio, el cual fué ahogado en sangre (2).

Y es, sin duda, de ese tronco vigoroso de la raza conquistadora de donde arranca el histórico apellido que ha llegado hasta nuestros días ex-

(1) MARIANO A. PELLIZA, *El pais de las Pampas*, p. 202.

(2) RAMÓN J. LASSAGA, *Tradiciones y recuerdos históricos*, p. 135; EDUARDO MADERO, *Historia del puerto de Buenos Aires*, t. I., p. 225, y MANUEL R. TRELLES, *Revista patriotica del pasado argentino*, t. III, p. 316.

hibiendo vástagos tan prolíficos que bien pudo servir alguno de ellos como modelo á Zola para el protagonista de *Fecundidad*.

Así el Alonso Fernández Montiel, escribano de Garay, reaparece cinco años después, en 1585, en otro escribano don Juan Romano de Montiel, que suscribe el acta de fundación de la villa de la Concepción del Bermejo, y figura entre varios capitanes en los bandos y revistas de armas de Santa Fe para combatir á los indios en 1659, aunque mezclado ya con los Marques, Arias, Ortiz y Alzugaray; en 1725 entre los fundadores del Rosario, y, en 1728, en los expedicionarios al valle Calchaquí, vuelve á reaparecer llevado por el sargento mayor don José Marques Montiel de la misma familia—dado el año y la procedencia—que el alcalde don Antonio Marques Montiel que ha dado su nombre á la selva entrerriana (1).

A partir de esta época es frecuente encontrar representantes del apellido que se expande por todo el litoral argentino, se entronca á las familias del interior, salva las fronteras y llega hasta el Paraguay para surgir allí con una aureola trágica de heroísmo y martirio.

En efecto, entre los conjurados de la revolución de 1821, contra el tirano Francia que fo-

(1) Manuel R. Trelles, *Revista de la Biblioteca*, t. II, p. 134 y 241; *Revista del Archivo;* t. I, p. 354; Eudoro y Gabriel Carrasco, *Anales de la ciudad del Rosario de Santa Fe*, p. 51 á 59: y Ramon J. Lassaga obr. cit. cap. IX.

mentaba desde Corrientes el caudillo Francisco Ramírez, una vez terminada la guerra con Artigas, figuran varios oficiales Montiel que fueron fusilados con sus setenta y tantos compañeros después de ser azotados por indios guaycurúes, en aquella mazmorra que el bárbaro autócrata denominó, como una ironía, *la Cámara de la brutal Verdad!*...

Una de las primeras víctimas de aquella matanza fué el capitán Montiel, que no habiendo sido herido de muerte en la primera descarga, se irguió altanero y gritando ¡viva la patria! mandó como Murat que le hicieran la segunda (1).

Como se ve, el apellido que aparece en Santa Fe por primera vez entre los compañeros de don Juan de Garay, se había generalizado particularmente entre los hombres de espada de aquella raza batalladora y tumultuaria.

En lo que se refiere á la provincia de Entre Ríos, puedo asegurar que existen varias familias que de antiguo lo llevan, y el hecho se encuentra comprobado en las *Cuentas del dinero invertido* por el general Urquiza durante las campañas que realizó en 1842 á 1849, figurando en las listas de revista muchos individuos de ese apellido (2).

(1) Rengger y Longchamp, *Ensayo histórico*, cap. IX y apéndice de Loizaga, *Las víctimas del tirano*, p. 228; el doctor Manuel Domínguez, en su notable estudio crítico sobre *La Atlántida*, confirma el hecho con nuevos datos. Asunción. 1901. I vol. in 8°, p. 24.

(2) *Cuentas del dinero invertido*, etc. Imp. del Uruguay, 1850, I vol. in 8. p. 69 y passim.

Finalmente en la batalla de Cepeda, en 1859, según el parte del jefe de estado mayor general don Benjamin Virasoro, fué muerto durante la acción uno de los edecanes del general Urquiza, el teniente coronel don Juan P. Montiel.

IV

Se ve, pues, que en el transcurso de tres siglos, los representantes del apellido que motiva esta investigación se habían generalizado profusamente, ofreciendo la particularidad de que, como en la remota fuente, los hombres más representativos que lo llevan pertenecen á la milicia de la espada ó de la cruz.

Y bien: es posible que á más de uno se le antoje frívolo el asunto, pero me excusaré del pecado de haberlo ensayado repitiendo las palabras de un eminente americano que no lo hubiera desdeñado; me refiero á don Andrés Bello, quien dice en sus *Opúsculos literarios:* «No es sólo útil la historia por las grandes y comprensivas lecciones de sus resultados sintéticos; las especialidades, las épocas, los lugares, los individuos tienen atractivos peculiares y encierran también provechosas lecciones».

Por lo demás, pienso que una selva que tiene próximamente 25.000 ks. cds., que ocupa la ter-

cera parte del territorio de la provincia, que ha sido escenario de luchas y resistencias heróicas por ese amor acendrado del terruño, del que había de nacer la idea de la patria purificada con aquella pródiga inmolación de héroes desconocidos, que hicieron triunfar el principio de la federación con el hierro de sus pesadas lanzas, bien merecía una investigación sobre el orígen de su nombre popular.

¿No se ha dado acaso en la manía de andar á caza de abolengos y títulos nobiliarios para halagar hueras vanidades criollas, á pesar de la abolición de títulos de nobleza decretada por la asamblea del año XIII que ninguna ley ha derogado?...

Pues bien, espero que no se me juzgará de mala manera, si en vez de ponerme á rastrear problemáticas alcurnias con ese afán pueril del escudo heráldico, de la condecoración y del trozo de cinta, tan en boga en la hora presente, he ensayado esta modestísima contribución al estudio de la geografía histórica argentina, procurando descubrir el abolengo de un pedazo de mi tierra natal.

¿Tendria el alcalde provincial don Antonio Marques Montiel su escudo de armas registrado en el blasón?... posiblemente, pues entre los Montiel que he mencionado hay dos que emplean la preposición *de* antecediendo el apellido, lo que denota posesión de título nobiliario — el escribano don Juan Romano de Montiel y el cura don

Francisco Arias de Montiel—siendo, por otra parte, un hecho averiguado que la más alta nobleza de España figura entre los conquistadores del Río de la Plata, como lo afirma en sus ramplonas rimas el arcediano Barco Centenera, en el canto IV de *La Argentina:*

> ... La gente que embarcó era extremada,
> De gran valor, y suerte muy subida,
> Mayorazgos é hijos de Señores
> De Santiago y San Juan comendadores.

Y si no lo tuviese, que no ha menester, puesto que tiene algo que vale muchísimo más, la ejecutoria del apellido histórico grabada por la tradición secular sobre un pergamino que ninguna polilla destruirá; en cambio cualquier aficionado á disquisiciones heráldicas puede trazarlo, plantando un ñandubay sobre un campo de verdes trebolares, apoyada en su tronco nudoso la espada del conquistador y la lanza del gaucho montonero, y al fondo el gran sol que trasmonta la curva verdegueante de una cuchilla para fecundar con sus rayos los fértiles rastrojos ...

Charla literaria



CHARLA LITERARIA

Gentilmente invitado á tomar la palabra por la ilustrada redacción de este diario (1) que más de una vez tuvo un aplauso generoso para las modestas producciones mías, no he podido menos de acceder á tan honroso pedido, lamentando únicamente que todo el esfuerzo de mi voluntad no alcanzara á saldar una deuda de gratitud; pero confío en que vuestra deferente benevolencia atenuará las deficiencias del desempeño.

Y ante todo debo deciros que esta no es una conferencia sobre literatura nacional, como amablemente se ha anunciado. No: será apenas una charla íntima á propósito de cosas de nuestra tierra, que viene á haceros uno de sus hijos, que ama y cultiva las tradiciones del terruño, creyendo firmemente que no hay en ello nada frívolo ni vulgar, sino por el contrario, una meritísima

(1) *El Día* de La Plata.

empresa, digna de ser tratada por más esclarecidos ingenios.

Hecha esta salvedad, procuraré expresar ahora lo que pienso de la producción literaria actual y cuál debe ser verdadera orientación.

Y bien: mi entusiasmo por todo lo que es genuinamente argentino no me arrastra hasta la obcecación de proclamar que tenemos ya un caudal literario tan netamente caracterizado que pueda reflejar todas las modalidades de nuestra naturaleza.

Poseemos apenas ensayos más ó menos felices en que la originalidad, la fusión de las razas, el medio ambiente, el colorído, el paisaje y los rasgos enérgicos de un pueblo viril, palpitan y se condensan en algunas páginas admirables que cónviene señalar á las nuevas generaciones como un ejemplo y un derrotero, en estas horas de momentánea desviación del ideal artístico, en que, persiguiendo un exotismo irreflexivo ó un decadentismo estéril, se están malogrando tantas jóvenes inteligencias.

Será, pues, oportuno advertirles que, en vez de cantar asuntos polares en florilegios extraños, tañendo la mandolina ó la flauta de cristal, escuchen las palpitaciones del alma nacional y canten si quieren hacer obra fecunda y duradera á los héroes de la raza; que se inspiren en los temas vírgenes de nuestra tierra.

Que miren á las alturas y pulsen el arpa, muda hoy, donde resonaron las armonías del cantor de

Atlántida y *del Nido de Cóndores;* que hagan vibrar esa otra gran lira enlutada que gimió desoladas tristezas con *Lázaro* y la *Fibra salvaje*; y, si quieren acordes más sentidos y nuestros, que no desdeñen esa que suspira *tristes* y *cielos* con el tono auténtico de la pasión nativa: «la guitarra melodiosa de los cantos argentinos».

Que en vez de extasiarse en la contemplación de auroras lileales, ó de celajes descoloridos de abanicos nípones, admiren el ascua rojiza que dora la cumbre de nuestras montañas y la faz, anchurosa como el mar, de nuestras pampas y chacos. Que ese es el sol flamigero de las leyendas fabulosas del Ynca y el sol de la bandera que alumbró tantas horas de honor...

Que antes ir á buscar inspiración en la desolada estepa rusa á través de los libros de Tolstoi ó de Máximo Gorki, oigan esa gran voz que flota y solloza armonías desconocidas en los lentos crepúsculos pampeanos;—esa voz que, desde los octosílabos de *La Cautiva* hasta las toscas trovas del *Martín Fierro*, nos está relatando tan hondas y hermosas leyendas de heroismo y abnegaciones desconocidas.

Que demanden asuntos para la estrofa, el lienzo, el bronce ó la página musical, al *Facundo*, ese gran cuadro rudo, vigoroso y potente, donde el desborde magnífico y bravío de las cóleras y odios de Sarmiento esculpió todo un sangriento período de nuestra historia.

Que lean con amor á ese otro hijo de la región montañosa que ha bajado á la llanura, trayendonos como ofrenda de hermandad en el arte, tres obras genuinamente argentinas: *La tradición nacional*, *Mis montañas y Cuentos*.

Con placer me detengo á señalar esta producción intelectual, porque creo que es González el primer escritor que, sintiendo hondo y amando sin sonrojos el suelo natal, ha sabido encontrar inspiración para sus obras en las fuentes inexhaustas y virginales de una tierra, tan rica en asuntos artísticos.

Y es por eso que su amor al rinconcito andino que sustentara su cuna, se expande por toda la obra, hasta fundirse en el más ferviente culto á la patria; y esta nota personal es quizá—aparte de sus relevantes dotes de estilista,—el secreto del éxito alcanzado por sus producciones.

Sus cuentos, sus tradiciones, sus retratos, sus paisajes y descripciones regionales tienen el sabor agreste y robusto del valle; palpita en ellas la savia lozana de las cumbres; la musa lugareña las anima y colora con su gracia ingenua y natural.

Y luego ¡qué dulce melancolía suavemente nostálgica;—qué sentimiento profundo de ternura y piedad mana perennemente de esas páginas abundosas en notas y colores, como una floración de selva tropical! ¡qué tristeza elegiaca, pero viril, flota en torno de sus cuadros de la montaña, cuando narra las heroicidades y los sufrimientos

de la raza primitiva! ¡qué descripciones tan animadas y coloridas esas que bosquejan las costumbres y las supersticiones del tosco campesino montañés cuyo tipo ha burilado con relieve perdurable antes que la civilización termine de borrar sus perfiles.

Penetrado, como ninguno entre nosotros, de la importancia histórica y sociológica que entraña el estudio sincero de los usos, costumbres y creencias populares, ha abordado con éxisto envidiable tan meritoria empresa, y quedan ya, como jalones de la jornada, esas tres obras que tan alto puesto le señalan en la intelectualidad sud americana.

Es que el asunto no es frívolo, como se ha dicho, y no puede sernos indiferente. En la América española, algunos pueblos ya se han preocupado con interés de estas cuestiones que se refieren á su *folklore*; pero entre nosotros, el terreno permanece casi inexplorado á pesar de su capital importancia, esperando á los investigadores estudiosos que se decidan cuanto antes á abrir la *picada* en la selva virgen.

Los trabajos de Joaquin V. González, Ricardo Rojas, Juan Ambrosetti y Adam Quiroga no han tenido imitadores; y, sin embargo, ¡qué tesoro de poesía nacional se formará el día en que se dé cima á esa obra que nos falta!

¡Qué veneros de belleza ignorada están ocultos por esos montes y cuchillas, entre las derruídas taperas, á lo largo de los ríos y arroyos, bajo las

pajizas techumbres de los viejos ranchos, en las cuerdas de la guitarra que gimío los incomparables *tristes* del gaucho que se va! ...

Búscanse colorido, tipos, escenas y paisajes nuevos; allí se les encontrará derramados hasta con derroche por la mano del creador. Que la piqueta remueva los escombros, que se sople en la brasa no extinguida de los fogones campesinos, que se sondee hondo el alma sencilla de esos hombres buenos y fuertes, antes que se pierda su silueta original; y la obra soñada que tanto anhelamos surgirá potente con su sello tipico y duradero.

Dentro del alma embrionaria de toscos marineros y de rudos montañeses ha sabido encontrar asuntos el talento de Pereda para crear á *Sotileza* y *Peñas arriba*, esas dos joyas admirables de la novela española. Bret-Harte con sus *Bocetos californianos*, Auerbach con sus *Narraciones de la Selva Negra*, Tolstoi y Gorki con sus cuentos de campesinos ó vagabundos rusos, y Verga con sus novelas rústicas de la Calabria, ¿en qué escenario fueron á buscar asuntos para sus obras, sino en la montaña, las landas, las selvas, la estepa y las charcas donde fermenta la malaria? ...

Es siempre el romance de las vidas humildes, la resignación, el sufrimiento, las penas y las alegrías del habitante de los campos, con todo el drama sombrío de sus pasiones mal domeñadas, lo que el artista ha ido á sorprender en plena

luz, al aire abierto de las praderas, los bosques ó los picachos de la montaña.

Es que no hay arte fuera de la naturaleza y de la verdad; toda la gracia, la impoderable belleza, mana de allí como de un raudal inextinguible. Y si nuestro país encierra dentro de sus dilatadas fronteras tan diversos matices y paisajes, con moradores propios de cada región, sus modalidades características y hasta con sus tradiciones,—¿por qué no hemos de aspirar entonces á crear una literatura que, empezando por ser regional, se fundirá al fin en una obra genuinamente nacional, cuando refleje la vida, el colorido, la luz y los horizontes de la tierra argentina, á la manera de los pueblos cultos que consideran obras de tan positivo valer aquellás que se nutren con el puro sentimiento de la evocación de las cosas y tiempos que pasaron?

En cuanto á mi, no sólo considero útil esta empresa, sino hasta patriótica, y por eso he consagrado á ella tan ardorosas horas de labor, afanado por labrar una humildísima piedra siquiera para el monumento que alguna vez constituirá el arte nacional. Será posiblemente mi tarea la del pobre indígena que transportó el bloque anónimo que, unido á muchos miles de otros oscuros obreros levantaron la fábrica del palacio ó el templo monumental.

Y ojalá que muchos de mis compatriotas, dándose cuenta exacta de la importancia que el asunto entraña, miraran con más interés estas cuestio-

nes, que no pueden dejar indiferente á todo el que se sienta argentino, y se pusieran con ardor á la tarea, antes que la rápida evolución de nuestro país concluyera de borrar las huellas originarias de tantas cosas de la tierruca que deben sernos caras.

Tal es, en mi sentir la primordial tarea del hombre de letras del presente, tarea modesta al parecer pero de positivo mérito. Así lo han entendido otros países sudamericanos, el Brasil, por ejemplo, que tiene exponentes tan hermosos de esta literatura regional nutrida con zumos de la tierra, como *Inocencia* de Taunay y *El Mulato* de Azevedo.

¿No tenemos acaso temas igualmente hermosos y vírgenes aún, al alcance de la mano que están tentando al obrero animoso?

Tentanda vía...

El General Urquiza



EL GENERAL URQUIZA

LUGAR Y FECHA DE SU NACIMIENTO

> ... Y la otra ciudad entrerriana, la del Uruguay, se halla consagrada por el nacimiento y por las cenizas del héroe cuyo recuerdo llena hoy el corazón de todos los argentinos.
>
> J. V. GONZÁLEZ, *Ideales y Caracteres*. p. 187.

I

Después de la reproducción facsimilar de la partida bautismal extraida de los libros parroquiales de Concepción del Uruguay en 1821, que publicamos en el *Libro del centenario del general Urquiza* para rebatir la aseveración hecha por el doctor Vicente Fidel López, en su *Manual de la Historia Argentina*, de que aquel « era nacido en Buenos Aires y se hacía pasar por entrerriano»,—

creiamos sinceramente que la comprobación histórica sobre el punto estaba agotada.

Debíamos suponerlo asi, cuando el mismo escritor refutado guardó silencio ante la prueba literal que le exhibiamos. Y si bien nos hizo saber que iba á objetar la probanza, el caso nunca se produjo; pero hoy, después de muerto el ilustre historiador, sus herederos acaban de reeditar en Paris el interesante *Manual,* en cuya lección LXIV puede verse *ne varietur* la singular afirmación que motivó mi critica en 1901.

Además, dos hechos recientes han venido á demostrarme cuanto cuesta destruír un prejuicio arraigado en el vulgo...

En efecto, en un colegio de esta capital se discutía hace poco sobre la participación del vencedor de Caseros en la organización nacional, cuando al pronto salió á relucir la difundida conseja del orígen porteño y la simulación de hacerse pasar por entrerriano. Un alumno mencionó la reproducción fotográfica de la partida donde consta que nació y fué bautizado en la iglesia del Uruguay; á lo que un joven profesor replicó entonces que no le constaba la autenticidad de tal documento y que existían pruebas en favor de lo afirmado por el historiador López.

Ante semejante dogmatismo, el discípulo novel no se atrevió á replicar, y una vez más el « magister dixit » de los escolásticos quedó triunfante. Sin embargo, podía haberle observado que de antiguo, todas las leyes otorgan fe plena á

las atestaciones de los libros parroquiales, y que si un sacerdote — como el venerable doctor don Juan José Castañer, en el caso de la partida de Urquiza—certifica bajo su firma que en los libros á su cargo se registra al folio tal el asiento original, nadie tiene derecho de poner en duda su autenticidad sin intentar probarlo.

Pudo igualmente haberle recordado, que mucho antes que el doctor López estampara su antojadiza aseveración Martín de Moussy había escrito: El capitán general don Justo José de Urquiza era nativo del Uruguay, donde su padre, don José de Urquiza, español, casado con una dama de Buenos Aires, figura entre los principales propietarios de la provincia en 1805, como comandante de todos los departamentos al Este del río Gualeguay (1).

Y pudo añadir aún que, el erudito y verídico Zinny — según el propio calificativo del doctor López — había publicado prolijos pormenores respecto del orígen de la familia de Urquiza y el lugar de su nacimiento en el Uruguay, en la *Historia de los gobernadores,* tomo I, pag. 440; los que fueron corroborados por Rivas en las *Efemérides americanas* y Benigno T. Martínez, uno de los escritores bien informados sobre los orígenes de la provincia, en sus *Anales de la provincia de Entre Ríos,* y *El Investigador,* año I, núm. 3.

Ante aquella falta de consideración hacia un

(1) M. de Moussy, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine;* París, 1880, t. III, pág. 119.

documento serio presentado por nosotros como un aporte de investigación histórica, me apresuré á pedir al joven profesor que tuviera la deferencia de comunicarme cuales eran las pruebas con que podía apoyar la aseveración del doctor López. Hubo una vaga promesa, no cumplida hasta el presente, y sospecho que jamás se cumplirá...

El otro hecho me lo sugiere una efeméride publicada en *La Nación* el día 18 de Octubre, la cual dice textualmente. «1801—Nacimiento de Urquiza—En la Concepción del Uruguay (Provincia de Entre Ríos) según la partida copiada más abajo, nace el general don Justo José de Urquiza, pues no falta quien la haya impugnado con documentos oficiales y auténticos».

Como la partida transcripta es la publicada por mí en el *Libro del centenario*, y es, sin duda, un documento insospechable; puesto que hasta está escrita sobre el papel sellado del año 1821, ostentando en su cabecera aquel curioso sello de la república de Entre Ríos con una pluma de ñandú, —tuve interés especial en averiguar en qué consistían esos documentos oficiales, con fuerza bastante para impugnarla.

Fué con ese motivo que oí mencionar el antecedente dubitativo de que: Urquiza no debió nacer el 18 de Octubre sino el 9 de Agosto, pues siendo Presidente de la Confederación Argentina, alguna vez perdonó la vida á reos condenados á sufrir la última pena en virtud de ser aquel el día de su santo.

Como se ve, ya la tan anunciada impugnación documental ha descartado la conseja del lugar del nacimiento—que era el punto capital—para quedar concretada á la averiguación de cuál es la verdadera fecha del nacimiento.

Desde luego, conviene tener presente para metodizar la controversía que día del santo y dia del natalicio son dos cosas muy distintas. Y, efectivamente, el general Urquiza—como ocurre á muchas personas—no llevaba el nombre del santo de su natalicio, es decir, Lucas, que corresponde al 18 de Octubre, sino el de Justo José, que corresponde al 9 de Agosto, día de San Justo y Pastor, habiéndosele agregado José, por ser éste el nombre de su padre.

Eran tradicionales en Entre Ríos las fiestas del santo del general Urquiza, celebradas con gran pompa en su residencia del palacio de San José el 9 de Agosto, siendo además feriado para las escuelas públicas y el colegio del Uruguay habiéndose realizado en este último establecimiento en celebración del santo de su ilustre fundador, dos grandes certámenes literarios el 9 de Agosto de 1856-1857, en que el gobierno nacional otorgó medallas de oro y plata como premio á los vencedores (1).

(1) Conf. *Registro Nacional*, núms. 3881 y 4275.

II

Vengamos ahora al documento oficial vagamente citado de memoria, porque no conozco ningún otro que tenga atingencia con el punto debatido.

Es un decreto de Agosto 10 de 1854 firmado por el vicepresidente de la Confederación, doctor Salvador M. del Carril, y el ministro de guerra, general D. Rudesindo Alvarado, en el cual se manda sobreseer en la causa seguida por faltas graves contra la disciplina militar al capitán D. Pedro Espíndola, invocándose en el primer considerando como motivo de la gracia: «que es hoy el feliz natalicio del Excmo. señor Presidente de la República» (1).

Me parece que no ha menester gran perspicacia el lector para darse cuenta de los garrafales dislates contenidos en ese decreto,—obra de algun tinterillo ministerial,—por el cual se hace nacer á Urquiza cincuenta y tres años después da haber venido al mundo, y en un día que ni es siquiera el de su onomástico, pues lleva fecha del 10 de Agosto... No tiene tampoco la firma del presidente Urquiza sino la del vice del Carril, y como no emana del propio interesado, carece en absoluto de importancia para contra-

(1) Couf. *Registro Nacional,* núm. 3230.

decir la única fecha cierta y auténtica, la consignada en el asiento bautismal cuya fuerza probatoria queda incólume á través de la maraña de fantásticas consejas.

Y anticipándome á esclarecer otra duda que alguna vez oí formular, de que quizá no existan los libros parroquiales de donde se copió la partida del año 1821, afirmo que existen en perfecto estado de conservación, y ofrezco aquí una nueva prueba á los incrédulos. Es la siguiente que conservamos en nuestro archivo:

«Hay un sello de la provincia de Entre Ríos del año 1901, valor de un peso, núm. 68346—El infrascripto cura y vicario de la Concepción del Uruguay, á solicitud del intendente municipal señor Wenceslao Gadea, certifica. Que en el libro I de bautismos del año 1781 á 1803, al folio 331 se registra la partida del tenor siguiente: —El diez y ocho de Octubre del año mil ochocientos uno nació José Justo, hijo legítimo de don José de Urquiza, natural de la villa de Castro Urdiales, en Asturias, y doña Cándida García, natural de Buenos Aires; fué bautizado solemnemente con la imposición del óleo y crisma el día veinte y uno del mismo mes y año por el padre jubilado Juan Claramonte; fué madrina por poder, y á nombre del doctor Pueyrredón, doña Matilde Micaela de Urquiza, de que doy fe. —José Basilio López—Concuerda con el original á que me refiero de que doy fe en esta ciudad del Uruguay, á los dos días del mes de Noviem-

bre del año mil novecientos uno.—Angel Solessi, cura vicario» (1).

La precedente copia, además del sello de la parroquia del Uruguay, está autenticada y rubricada por el intendente municipal don Wenceslao Gadea y el secretario don Gregorio Izaurralde, en presencia de cuyos funcionarios fué extraída del libro parroquial.

En el valioso archivo documental del historiador don Adolfo Saldías existe una carta fecha 25 de Noviembre de 1861, subscripta por un eminente ciudadano, el doctor don José María Roxas y Patrón cuya esposa doña Manuela Vivar era parienta cercana del general Urquiza.— En dicha carta se consignan varios antecedentes ilustrativos, no sólo de la partida de nacimiento, sino de lo dicho por Martin de Moussy y Zinny respecto del origen de la familia Urquiza y su radicación en Entre Ríos.

Dice así: «D. José de Urquiza, el padre del general, era hijo de una hermana de D. Mateo Ramón de Alzaga, quien tenía por el sobrino un gran cariño. El joven Urquiza se casó sin consentimiento de su tío, con una joven pobre del barrio del alto llamada Cándida. Fué tal lo que se irritó el orgullo de D. Mateo, que puso en la calle á su sobrino. Urquiza, dotado de un ca-

(1) La partida contiene un error geográfico al ubicar la villa de Castro Urdiales en la provincia de Asturias, en vez de Santander, puesto que Castro Urdiales perteneció á Vizcaya hasta 1763 y desde entonces á Santander.

rácter fuerte, tomó á su pobre pero virtuosa mujer y se fué á buscar fortuna al Entre Ríos, entonces casi desierto. Allí, con su trabajo y el de su esposa, fundó la familia de que es hijo el actual gobernador de esa misma provincia, y el señor Urquiza merece un alto elogio por haber hecho llevar con pompa los restos de su madre y puesto á su establecimiento Santa Cándida, título que conviene á las virtudes de la que le dió el ser».

Tal es orígen del avecindamiento del animoso santanderino don José de Urquiza — hijosdalgo de sangre notoria con casa y solar conocido como dice el cronista de armas don Félix de Rújula en la ejecutoria del escudo de la familia de Urquiza—en las casi desiertas campiñas entrerrianas á fines del siglo XVIII (1), en las que, rico ganadero ya, se le ve actuar al servicio del rey como comandante de los partidos al este del río Gualeguay hasta el mes de Septiembre de 1810, en que hace renuncia del empleo por enfermedad.

Su estancia estaba situada á tres leguas al norte de la villa del Uruguay, sobre la márgen derecha del arroyo del Cordobés—que lleva hoy su nombre,—á inmediaciones del paso del camino á Colón, donde aún se descubren los cimientos de piedra de una vasta población y corrales.

(1) Comprueba esta afirmación la circunstancia de que el nacimiento del primer hijo,—Cipriano José—tuvo lugar en Gualeguaychú el 25 de Setiembre de 1789 y en cuya Iglesia fué bautizado el dia 30 del mismo mes y año. M. S. en mi archivo.

Fué allí, según cuenta la tradición provinciana, que el libertador de la tiranía y fundador de la unidad nacional abrió sus ojos á la luz, siendo bautizado tres días después en la próxima iglesia del Uruguay como lo consigna su partida natal.

Traído muy niño á Buenos Aires para educarlo, ingresó al colegio de San Carlos en el que cursó las asignaturas del programa de estudios. Vuelto á Entre Ríos, su padre quiso dedicarlo al comercio y hasta se dice que le abrió una tienda, pero como aquellas ocupaciones no se avenían con su temperamento de luchador, abandonó en breve los negocios, entregándose al ejercicio de la procuración en 1821 hasta que arrastrado por el turbión de la guerra encausó al fin todas las energías de su espíritu en la carrera de las armas, para destacarse rápidamente con esos fascinantes prestigios de las gallardías del arrojo temerario, de la fortuna, de la gloria y de una visión grande y serena de la patria redimida y organizada...

El pueblo del Uruguay—la modesta villa colonial perdida allá entre las arboledas costeñas del arroyo de la China,—que fué cuna de caudillos famosos, como Francisco Ramírez, y de generales como los dos López Jordán, Manuel Urdinarrain, Apolinario Almada y Miguel Jerónimo Galarza, tiene pues, indiscutible título para haber grabado en sus preclaros anales este nombre y esta fecha: Justo José de Urquiza—18 de Octubre de 1801.

Fray Mocho



FRAY MOCHO

Los amigos de *Caras y Caretas* me imponen la dolorosa tarea de dar la más triste de las despedidas, la que enturbia de lágrimas las pupilas y pone sollozos en la palabra que tiembla al modularla, y no encuentra respuesta... Cumplo el piadaso deber con el alma destrozada por esta absurda ley de la vida, que nos arrebata de improviso—como si se gozara en hacer la desgarradura muy honda,—á los seres más caros, cuando tras dura brega han pisado la meta de los vencedores y la mirada columbra despejados rumbos.

Ah! qué cruel es el emboscado destino que trunca así las esperanzas, las visiones del éxito cercano que ya auguraba el concenso popular, y la aureola del renombre indiscutido; para venir á colgar funerarios cendales sobre tantas alegrías engañadoras!..

José S. Alvarez—el Mocho—como le decíamos familiarmente todos los que le amábamos, abreviando el seudónimo del festivo psicólogo popular, se lo debía todo á su propio esfuerzo. Había peleado bravamente la vida, había sufrido ocultando las lacerantes heridas con aquella risa juguetona que sólo la muerte pudo arrancar de sus labios, y había vencido destacando su personalidad de escritor nacional, con perfiles netos, inconfundibles. Sólo, luchando para vivir y atesorando al mismo tiempo esa experiencia que, como un misterioso sedimento van dejando los años en los cerebros que piensan, desde aquel día ya lejano en que semejante al *Poquita cosa*, de Daudet, abandonó la aldea natal en busca de nuevos horizontes, y pisó las calles de Buenos Aires, pobre y desconocido, y donde llegó á ser lo que era, á valer lo que valía: ¡cuántas amarguras, cuántas «perrerías», como solía repetir, no habían hecho sangrar ese corazón abierto siempre á las más nobles expansiones, al culto inalterable de los afectos!

Y todo la sufrió con una rara altivez, con ese pudor viril de las almas bien templadas que jamás dejan escapar los murmullos dolorosos de las penas hondas, respondiendo á los embates de la mala suerte con alguno de sus sabrosos cuentos criollos en que derrochaba la sal de su fina é intensa ironía.

—Yo soy duro, Martín, como los ñandubayses de nuestra tierra; no me entra el hacha, así no

más!—me dijo alguna vez en sus horas de tristeza fugaz. Y en seguida borrada la nube que entenebreció por un momento aquella frente amplia donde había tanto talento, le veía ponerse animoso á la tarea y las cuartillas de letra menuda, casi sin enmendaturas, iban llenándose sin apuro ni desaliento hasta terminar el cuento, la tradición ó el libro empezado.

Así nació ese sabroso viaje al *País de los Matreros*, cuyo génesis fué una inmensa pena, la herida abierta por una negra ingratitud; y así brotaron en seguida los croquis coloridos del *Mar Austral*, con que respondió á los críticos que sólo habían encontrado un escritor colorista en el primero, negándole imaginación.

Pues bien, el viaje y las aventuras relatadas en *Mar Austral*, son obra de pura imaginación, porque el travieso autor nunca vió un lobero, ni esas roquerías abruptas, ni sintió en el rostro las caricias de la brisa salobre de los mares australes que jamás visitó; pero el libro fué saludado por la crítica, que le concedió de buen grado lo que antes le negara, y hasta sé de un viajero que daba fé en mi presencia de haberlo visto por aquellas soledades...

¡Cómo se reía socarronamente Fray Mocho de todas estas cosas que le daban tema para bordar alguno de esos admirables cuentos verbales en que era una especialidad!

Causeaur de buena cepa, con un arsenal inacabable de anecdótica criolla, sabía pintar con un

rasgo, con una frase feliz, un carácter, una época, una acción generosa ó una ruindad; manteniendo suspenso al auditorio de su palabra pintoresca, irisada de chispas de talento, de gracia fluente, expansiva, saturada de esa velada malicia retozona que le inundaba el pecho y hacía brillar sus ojos pardos y traviesos que la muerte ha helado para siempre . . .

Y aquel ser que parecía tan feliz, tan alegre como las burlonas calandrias del amado terruño al que volvíamos siempre con el pensamiento en nuestras animadas charlas, sufría; había dolores físicos que labraban su organismo enfermizo, que lo hacían palidecer de repente interrumpiendo el relato con un golpe de tos, pero enseguida renacía la alegría para terminar la picante historia con una de esas intensas observaciones en que volcaba su ingenio á manos llenas.

Saturadas de ese espíritu observador y sagaz que sabía deslizar la aguda ironía poniendo su frase en la llaga, satirizando hueras vanidades y ridiculeces de la tierra, aplastando alguna mentida reputación con un chiste que clavaba como una flecha en medio del blanco, está su obra dispersa en seis años de ruda labor en las páginas de *Caras y Caretas*, á la que había consagrado todas las energías de su inteligencia poderosa, la sal de su ingenio peregrino que burbujeaba en los puntos de la pluma, hasta imponer la revista al público que la buscaba como una necesidad imprescindible, por más que el lenguaje empleado

no satisfaciera á ciertos paladares exquisitos, enfrascados de elegancia, que no veían la finísima intención del escritor popular, pero que olvidados del estiramiento convencional, caian á la huella para solazarse con los graciosos idiotismos del lenguaje callejero que Fray Mocho explotó con tanto éxito en sus sabrosos cuadritos de costumbres bonaerenses.

Dentro de ese ambiente popular del conventillo y del suburbio, hay muchas observaciones de mordiente psicología que saltan del estrecho marco en que él aparentemente las ubicó y se expanden en generalización, que á todos nos alcanza... El día en que se reunan en libro las más selectas páginas del talentoso escritor, se admirará el inmenso caudal de ingeniosa observación, el derroche de gracia intencionada y picaresca, que contienen esas notas de crítica social, en las pinturas admirables de sus bocetos llenos de viviente colorido.

Y todo esto ha muerto! Todo eso se ha ido sin exteriorizarse en la obra que todos presentíamos, cuando ya libre de afanes, con los caminos y los horizontes abiertos, iba á entregarse á la tarea rebosante de esperanzas y ensueños; y he aquí que la muerte nos lo arrebata apagando la vida de sus ojos risueños, cegando la sana alegría que tenía en el fondo de su gran corazón.

Ha muerto y aún nos parece sentir su risa, aún nos parece oir el timbre de su voz cariñosa, aún nos parece ver el brillo de su mirada picaresca, relampagueante de inteligencia, y apartamos la vista de la blanca cuartilla para mirarlo sentado en el sillón que ocupó tantas veces.... para reanudar las charlas de nuestros recuerdos, comenzadas allá en el aula del colegio del Uruguay y mantenidas con el afecto que no empañó una sola nube en treinta años de inalterable amistad.

Ha muerto, pero su recuerdo no morirá en los corazones de los que le amaron y le admiraron, en los que le llevamos con el alma angustiada hasta la muda tumba y regresamos tristes y silenciosos para volver á la vida de la gran ciudad que él tanto amó, cuyos tipos populares pintó en páginas coloridas que no morirán, con su lenguaje sabroso y pintoresco en que puso su sello de escritor costumbrista y original.

Su huella literaria es breve pero ha de ser imperecedera. Fray Mocho tiene ya imitadores que procuran copiar sus diálogos jugosos y picantes, aunque la gran mayoría sólo logra enrevesar más la endiablada y bizarra ortografía inventada por el travieso autor, sin preocuparse de matizarlos con esa observación intensa que es precisamente la característica del festivo escritor....

Esos tipos callejeros, del mayoral, el vigilante, la planchadora, el carrero, el cuarteador, el compadrito, el habitante suburbano y el viejo criollo

que Fray Mocho dibujó con tanto amor, quedarán como un documento característico de una época, como esos grabados á que los pintores y escritores del futuro recurrirán para saturarse en esa obra de verdad, buscando el perfil de los tipos que se pierden, el rasgo característico de las costumbres que se extinguen ó pervierten, pero que resucitarán en las páginas del escritor caído en plena juventud.

Sobre su ataúd, que cubrió de flores y de lágrimas la amistad, puede repetirse el pensamiento de Taine hablando de Alfredo de Musset: «Ha sufrido, pero ha inventado; ha desfallecido, pero ha producido . . . »

Agosto 24 de 1903.

Por los colores de la bandera



POR LOS COLORES DE LA BANDERA

I

SOBRE LAS RUINAS...

Los amantes de la producción artística nutrida con savia de la tierra, de esa que busca inspiración en los asuntos genuinamente nuestros—criollos para decirlo de una vez—estamos de enhorabuena.

Con poco tiempo de diferencia, dos obras literarias, de relieve descollante, acaban de surgir conquistando el aplauso público, franco y entusiasta. Y, con este motivo la debatida cuestión del arte nacional á base de asuntos y costumbres argentinas, traída de improviso al tapete de la discusión, ha quedado planteada como un inquietante interrogatorio, para esos espíritus melindrosos que afanados por desvincular la producción naciente de lo que denominan desdeñosamente el sedimento gauchesco, han fracasado en

la estéril tentativa de crear teatro nacional, copiando asuntos y sentimientos de países exóticos que no se avienen, ni con nuestro modo de ser, ni de sentir, ni con el ambiente original, ni con los usos y costumbres que aquí imperan, ni con los artistas encargados de interpretarlos.

Es el caso de repetir la sentencia de Zola: la verdad está en marcha, y nada la detendrá!...

Constituye el primer acontecimiento, el triunfo indiscutido de *Sobre las ruinas*... el hermoso drama de Roberto J. Payró que acaba de subir á la escena, después de una larga espera en las antesalas teatrales, para triunfar al fin en toda la línea, como triunfan siempre las fuertes creaciones imponiéndose por la belleza de la verdad sugerente y avasalladora de que están impregnadas.

Sobre las ruinas... es un rincón de la pampa, admirablemente transportado al teatro, con todo el aroma y el colorido, con todo el sentimiento melancólico y altivo del alma argentina de antaño, rebosante de verdad, de nobleza y de altos ideales. Es la lucha de las ideas inveteradas por la ignorancia y la rutina, es el sedimento retrógrado de la tradición aferrada en el obscuro cerebro del pobre campesino—que desprecia el progreso porque viene de los gringos—contra la idea nueva de la civilización que avanza arrollando como una ola invasora á cuanto se opone á su paso.

Don Pedro, un viejo estanciero enchapado á la antigua, encarna el espíritu terco y rutinario, contra el cual es estrellan las solicitaciones cariñosas

de su hija Leonor y su sobrino Martín, dos de los suyos atados aún por la sangre al común linaje gaucho, pero que ya han evolucionado abriendo sus ojos á la luz del progreso. En vano le predican que hay que hacer desagües porque el nivel de las aguas ha cambiado y que una inundación puede arrasarlo todo. Es inútil; el viejo no quiere salir de su condición, no quiere contramarcarse, ansía vivir y morir en su ley ¡ á lo que te criaste !

Con estas palabras sencillas y tan hermosamente reales que, el espectador al oirlas, al ver el gesto de huraño desdén con que se pronuncian, vuelve con el recuerdo los ojos al pasado creyendo estar frente á uno de esos rústicos hogares campestres de los que ya no quedaron ni los horcones, —el autor sintetiza con sobria y segura pincelada de maestro el alma impermeable del viejo criollo:

« En este campito y en este rancho, que entonces se consideraba una gran casa, nací yo. Aquí ha nacido Juan y Lionor. Aquí murió mi pobre mujer . . . Esta casa no se ha'etocar mientras Dios m'emprieste la vida. Basta que no se caig'apedasos y no se haga una tapera . . . : Aquí está toda la historia de un buen paisano, y no quiero cosas que no me hablen al alma ! . . . »

La inundación llega, más formidable que nunca, arrastrando en su turbia correntada las haciendas, y el viejo, inquebrantable, sucumbe por ir á apuntalar las paredes del rancho en que nació, fiel al culto de sus amores, á esos cariños hon-

dos que no saben expresar en su tosco lenguaje, pero que saben sentir, heróicos y altivos hasta en los más grandes infortunios.

Tras el cuadro rudo y desolante de la inundación, que impregna el alma de inmensa tristeza, con su magnífica belleza dramática, surge como una dulce compensación, un idilio campero, la fusión de dos almas afines por el sentimiento —Leonor y Martín—que se unen para alzar sobre las ruinas el nuevo rancho, con costumbres antiguas, con corazones gauchos, pero con ideas nuevas. Y tras esta apacible escena de tan tocante realismo que humedece involuntariamente las pupilas con porfiadas reminiscencias del terruño, el telón desciende lentamente entre irradiaciones de sol y de amor sobre las ruinas...

El asunto, como se ve, no tiene grandes complicaciones; y, sin embargo, mantiene el interés en sus cuatro actos, triunfando serenamente por el sabor de las cosas nuestras, por su colorido regional, por la pintura con colores duraderos de los caracteres y por la luz de la verdad expresada sin ambajes ni prejuicios á que llega naturalmente el autor en pos del ideal concebido, dentro de un vigoroso y dramático argumento, ejecutado con arte admirable; el cual si no resulta en ciertos pasajes más verista, no es por culpa del escritor, sino de la deficiente decoración escénica que no lo revistió del ambiente apropiado, de todo el perfume del paisaje campesino,

como ocurre en el espléndido cuadro del primer acto, que quedará como algo de lo más hermoso de la producción teatral argentina.

Yo de mi sé decir, que pocas veces he experimentado una evocación más sentida y deliciosa que haya despertado en mi corazón las melancólicas añoranzas de un pasado que embellece la luz de los recuerdos...

Payró ha señalado con esta obra de mérito indiscutible, el derrotero. Se puede hacer obra de arte con asuntos criollos; se puede poner en pugna el espíritu retardatario del gaucho con las ideas nuevas del progreso, sin que del contraste surja ningún sentimiento de amargo reproche por la ignorancia de que ellos no son culpables, ni ese desdén petulante de los que desdeñan al pobre paisano por lo que es hoy, sin reparar en lo que fué ayer; sin respetar la gloriosa tradición que encarnan sus sacrificios; sin recordar que ellos ayudaron á forjar esta patria con el empuje de su brazo, y con la pródiga inmolación de su sangre generosa.

El autor lo dice con sincera verdad. Ni el hombre de ciencia, ni el trabajador estudioso, ni el hombre primitivo, vale más uno que otro. Cada cual desempeña honradamente el papel que le ha tocado. «La vida tiene crueldades, pero no la de que las ruinas sean eternas, ni tampoco la de que todo lo viejo desaparezca arrastrado por el turbión como un guiñapo, sin merecer una mirada, ni una lágrima...»

II

EL GAUCHO

Insensiblemente ha corrido la pluma, trotando con la rienda suelta—como aconsejaba madamme Stäel para que la idea encuentre sola su paso y su camino—sin apercibirme de que al empezar prometí ocuparme de otro acontecimiento literario que, si bien no ha alcanzado la resonancia ni el éxito franco del drama de Payró, es digno de señalarse por las circunstancias en que se ha producido, y por tratarse de un legítimo triunfo de la causa criolla.

En la brillante fiesta de los juegos florales realizados por la asociación patriótica española en el teatro de la Opera, causó gratísima impresión el premio discernido por la hermosa reina del torneo—una morocha de ojos garzos, todo un prestigio de nuestra tierra—á un joven hasta entonces desconocido que surgía desde la penumbra provinciana para recibir ante aquel selecto concurso la simbólica consagración.

Horacio B. Oyhanarte, laureado con la medalla de oro del gobierno de Chile, por su canto *El Gaucho,* es un adolescente, casi un niño. Nacido en la campaña de Buenos Aires, ha entrevisto en las brillazones pampeanas la sombra melancólica del errante jinete que se pierde entre las lejanías

misteriosas del crespúsculo con la guitarra á la espalda, según el bello símil de Obligado; ha recogido en el eco gimiente de los *tristes* la historia de sus grandes dolores y sacrificios, y ha venido con la encintada vihuela de los payadores á cantar en trovas fluentes y sentidas, ante los esplendores féricos del más aristocrático teatro de Buenos Aires la evocación prestigiosa del gaucho de antaño.

He aquí dos de las décimas más felices por la exactitud de la evocación histórica y el perfil moral del paisano:

Yo fuí la savia volcada
En la guerra fraticida,
La que corrió por la herida
De la patria desangrada;
Fuí la primera avanzada
Contra el despotismo extraño,
He sido el primer peldaño
Del progreso en el cimiento,
El que no se dobló al viento
Ni al peso del desengaño.

Soy el que en noche sombría
Cruza los campos cantando
Canciones que van dejando
No se qué melancolía;
Soy el que lleva por guía
Como una estrella fulgente,
La miradita sonriente
De la criolla que le adora,
Cuya luz es una aurora
Que va estampada en mi frente. . .

No entra en mi propósito señalar los méritos de esta composición, ni sus lunares ó deficiencias —que bien pudieran excusarse por la corta edad del autor—ni discutir la escasa originalidad con

que ha tratado un tema traqueado, sin lograr imprimir á la airosa figura del legendario centauro, ese vigoroso y artístico relieve que surge de las décimas del *Lázaro* de Gutiérrez, el *Santos Vega* de Obligado, el *Rumbo* y el *Entenao* de Regules, para no citar otros.

Sin embargo, estas salvedades no amenguan el legítimo triunfo del simpático poeta que, así de golpe con merecida fama, se incorpora á la falange de los cultores del criollismo. Sea bienvenido.

Oyhanarte será un dechado de talento sino se deja marear por la aduladora é inconsciente vocinglería; y, escuchándose así propio siente las palpitaciones del alma nacional y se pone á la tarea con amor de artista verdadero, para darnos la obra sentida y hermosa que hay derecho á exigir de su fresca y lozana inteligencia.

Entretanto vaya el ardoroso saludo á la bandera de mis amores, al verla avanzar ondulando victoriosa hácia la cumbre excelsa; y, en presencia de estos triunfos que confortan y arraigan el ideal, puedo decir, ni orgulloso ni modesto. Eres buena bandera ! . .

Un libro de cuentos

UN LIBRO DE CUENTOS

—Debe ser Vd. muy desocupado porque lo veo escribiendo artículos literarios—me decía días pasados un señor á quien mucho aprecio, mientras echaba una mirada casi compasiva á la revista que hojeaba sin curiosidad y en la cual se había publicado un artículo mío.

—Ni tanto, ni tampoco. Simple cuestión de saber distribuir el tiempo, de hábito en la disciplina mental que permite descansar de una tarea acometiendo otra distinta. Así como otros juegan al dominó ó se entretienen con la lectura de la vida social de los diarios...

La flecha había dado en el blanco. Hubo un ligero encogimiento de hombros, una sonrisita irónica asomó á sus labios y cerrando la revista empezó á referirme con menudos detalles un «caso nuevo que lo tenía preocupadísimo» á fin de convencerme, sin duda, de que las tareas del cargo público le absorvían todo su tiempo.

Y mientras hablaba esforzándose por dar á su palabra el acento de la sinceridad, seguía observando yo aquel caso psicológico en el cual veía reflejarse una modalidad de nuestro ambiente y de la cual podría inferirse: que la adquisición de un título profesional y el desempeño de un cargo público de cierta importancia, trae aparejada para muchos una excesiva gravedad que les inhibe ocuparse de cosas de arte, sobre todo de literatura...

Y el autor de la solapada crítica es, sin embargo, un hombre inteligente, de palabra vivaz y expresiva, versadísimo en los enredijos de la politequería que por pereza, no ha hecho otra cosa, —como dice Ramos Mejía en *Los simuladores de talento*—que seguir la rutina honorable de su empleo, en un ininterrumpido sonambulismo que lo sustrae á todas las especulaciones del espíritu y de la voluntad.

Sin embargo, se puede ser abogado, médico, ingeniero, eximio funcionario y á la vez cultivar las bellas letras.

Una cosa no excluye á la otra; por el contrario, debieran aunarse realizándose así aquella utilidad preconizada en los manuales de literatura—que se aprende en el colegio para olvidarla después en la brega de la vida—sobre la conveniencia de no menospreciar como cosa baladí el cultivo de la expresión del pensamiento, el cuidado del estilo, la selección del gusto que tanto sirve para opinar, para convencer, para imprimir interés á

cuanto se dice ó escribe desde que la palabra es instrumento natural y propio de la acción.

La teoría de que la pulidez del estilo sólo revela una anemia mental, no suele ser en muchos casos más que una careta falaz para hacer pasar como moneda de buena ley y como rasgos de originalidad, los tropezones de una prosa amorfa y sin substancia medular . . . .

Bastaría para demostrarlo — circunscribiendo el caso á lo nuestro — recordar aquellos maestros del bello estilo que, á pesar de ocuparse en asuntos profesionales cuidaron de animarlos con la palabra límpida y el giro de la frase artística convirtiendo en alegato magistral lo que en otros es solo desmañada é inerte chapucería. Avellaneda, Juan Cárlos Gómez, Del Valle, Lúcio Lopez y Miguel Cané son ejemplos elocuentes; y, especialmente el primero que nunca pensó que la investidura presidencial le vedara ocuparse de asuntos literarios, desde el mensaje y el discurso oficial de corte académico hasta el vibrante parabién al *Prometeo* de Andrade, la justa literaria sobre los méritos del poeta colombiano Jorge Isaacs ó el entusiasta proemio á las *Primaverales* de Enrique Rivarola, desde donde saludaba á los escritores de la nueva generación con este grito lírico: Paso á los poetas!

Encina, Gutiérrez, Wilde, Ramos Mejía, Ingegnieros, Sicardi y Podestá—profesionales de nota—no desdeñaron tampoco el cultivo de la poesia ó de la obra puramente literaria afanándose en

pulir su prosa con pasión de orfebre para estampar en ella los secretos de la originalidad y del sello personal.

Se argüirá tal vez que el caso no es idéntico. No lo niego, puesto que sólo he presentado tales modelos para sustentar la tésis; y puedo agregar que alguno de ellos se sintió molestado con los alfilerazos del mote despectivo para su profesión, según la generalizada creencia, y hasta protestó de «no ser literato» en una página de fresca y bella factura que era la prueba plena del calificativo.

Es necesario tener entonces la sinceridad y el coraje de defender nuestras aficiones contra la corriente hostil, y proclamar bien alto que, en el cultivo de la literatura no se pierde el tiempo porque aún á través de la forma ligera suele vislumbrarse un propósito útil y elevado, sobre todo en países como el nuestro que en la hora presente pareciera que sólo cifran su grandeza en las manifestaciones del progreso material . . .

Estas reflexiones han venido espontáneamente á los puntos de la pluma y se han volcado sobre la blanca cuartilla, no como un alegato, sino más bien como gentil homenaje al simpático escritor uruguayo que acaba de presentar en un artístico volumen de cerca de cuatrocientas páginas, un hermoso libro de cuentos donde la policromía de los asuntos le ha permitido lucir las

bizarrías de su estilo castizo, límpido y elegante, revelador del escritor de fibra (1).

El pensamiento que ha seleccionado estos trabajos en un haz de bella factura, se explica con el juicio de Taine en su *Historia de la literatura inglesa:* «Hay algo mejor que un hermoso cuento, y es una colección de cuentos hermosos, sobre todo cuando son de todos colores».

El libro del doctor Víctor Pérez Petit se ajusta á ese modelo.

Sus cuentos tienen variados matices, reflejan las modalidades de un temperamento inquieto, ávido de novedad y de idealidades extrañas. En el ameno vagabundear por las praderas del arte ha formado su canastilla de raras flores para ofrecerlas juntas, desde aquellas rojas y carnudas flores cuyo ácre perfume deleitaba al maestro de Medán, hasta las áplidas y suaves lilas con que Catulle Mendés adorna las cabelleras pintadas de color oro de sus damas galantes; desde la mujer infeliz que habita el sórdido prostíbulo hasta la que se embriaga con champagne en copas de bohemia...

Gil, — que dá nombre á la obra—que contiene además otros cuentos bajo el sub-título de «Acuarelas» y «Aguas fuertes» — es una pequeña novela de extraordinario vigor y crudeza naturalista, donde se estudia un caso de degeneración psico-fisiológica con tal lujo de colorido y de detalles

(1) Víctor Pérez Petit, *Gil,* in. 8°, Montevideo, 1905.

que deja en el espíritu del lector una sensación áspera de amargura y de miseria.

El protagonista Gil es un niño degenerado.

Triste fruto nacido en el frio lecho de un hospital,—de la conjunción de un asesino que muere fusilado y de una prostituta que sucumbe al darlo á luz,—se desarrolla en un ambiente de corrupción y de abandono, saturado de crápula hasta la médula, para terminar su vida lógicamente, cuando la herencia atávica apaga el último rayo de luz en su cerebro de degenerado, matando á la inocente esposa de su protector y precipitando con la emoción brutal de aquella escena, la muerte fulminante del infeliz paralítico que lo recogiera del fango para regenerarlo...

Sobre este fondo sombrío el talento de Pérez Petit ha pintado su cuento en páginas vibrantes de aguda y minuciosa observación, alternadas con descripciones felices del medio ambiente, llenas de bravos toques de escritor corajudo que no se detiene en melindres de estilo para herir la atención del lector, sacudiéndolo con violentas emociones y realizando en conjunto una obra, —que no recomendamos á los timoratos y á las señoritas,—pero rebosante de robusta vitalidad.

En «Acuarelas y Aguas fuertes» que ocupan el resto del libro, la pluma del escritor de fibra cálida y briosa, hecha para el rasgo recio y contundente, pierde mucho de su natural espontaneidad.

Falta ambiente, sangre y color en las figuras de

esas bellas mundanas que ciertos escritores parisienses pusieron en boga, y se nos antojan flores exóticas porque carecen de la fuerza pasional, de aquel rostro pálido por el placer de la antigua ramera, que ya echaba de menos Gustavo Flaubert.

Francamente las Lulú, las Violetas, las Lisas y Ninas nos dejan indiferentes con sus complicaciones de exquisitismo de similor, por más que el autor se esfuerce en inyectarles vida con todas las galas de su estilo rico y cambiante, que se aviene mejor para el cuadro de crudeza viril del naturalismo y que sabe ser hermoso hasta en los excesos de la realidad brutal.

Sin trepidar preferimos al fecundo escritor cuando sigue las huellas de Maupassant ó de Blasco Ibáñez, tan humanos y reales siempre, y no cuando imita la escuela perturbadora de Catulle Mendès ó de Oscar Wilde...

Y para terminar esta breve nota que es sólo el acuse de recibo de un libro muy interesante, apuntaremos un reproche al talentoso autor. ¿Por qué no ha hecho gustar á los lectores algunos otros paisajes de la vida campestre que siente y describe con tanto acierto, como lo prueba su vigoroso cuento « Parando rodeo »?

Quién así interpreta la agreste poesía de nuestras campiñas, quien combinó las emocionantes escenas de aquel drama *Cobarde* que aplaudimos en los pasados tiempos de las rudas escenas criollas—debió brindarnos otras páginas más con

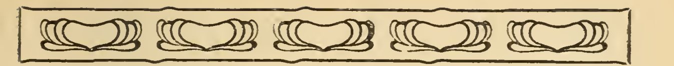
todo el perfume y el sabor de las cosas nuestras.

¿Por qué no seguir el rumbo señalado por sus compatriotas Acevedo Díaz con *Ismael* y Viana con *Gaucha*, en esa amorosa exhumación de los ásperos pero sabrosos cuadros de costumbres del pasado rioplatense?...

Hay en Pérez Petit el rico temperamento de un escritor de raza; es dueño de una fantasía creadora y lleva en el alma la sacra llama para destacar su personalidad. Puede ser, si lo quiere, uno de los primeros escritores de su tierra; y, cuando se poseen tan brillantes dotes, cuando se tiene al alcance de la mano la cantera vírgen que brinda sus tesoros al trabajador animoso, para qué ir á espigar en el ageno predio gastado por el laboreo de siglos.

Valdrán siempre más éstos temas de la belleza nativa, donde el escritor puede hacer su observación directa y sentida, que todas las idealidades y fantasías ireales que presintió el espíritu inquieto en el vagabundaje intelectual, enamorándose cada noche de un nuevo, pero lejano resplandor...

Antonio del Nido



ANTONIO DEL NIDO

Bajo la dorada luz de la apacible tarde leía ayer, con encanto siempre renovado, las páginas espirituales y alegres en que el poeta Henry Murger relata las múltiples peripecias de sus *Escenas de la vida de bohemia*. El admirable escritor que terminó su existencia como la adorable Mimí sobre el solitario lecho de un hospital, tenía embargado todo mi ser con esa dulce melancolía que pone lágrimas sobre nuestras sonrisas, cuando la lectura fué interrumpida por un mensaje que no contenía más que estas palabras: del Nido ha muerto.

Conocía la implacable sentencia á que estaba condenado, pero la fatal noticia llegada asi de improviso me inundó de inmensa tristeza. Quería mucho á esa noble y levantada inteligencia que acaba de entrar al reposo eterno en esta hermosa estación de las flores y de los cantos jubilosos de las aves que anuncian la cercana

primavera; en este mes de las violetas y de las rosas que él tanto amó, y que con arte tan primoroso, con tan delicadas gradaciones de matices sabía animar sobre el lienzo su diestro pincel;—por eso antes de dejarlo en el seno de la tierra materna quiero deshojar como una ofrenda grata á su memoria las más preciadas flores del cariño. . .

Era un artista. Uno de esos raros espíritus armónicos y selectos en que palpitaban rasgos de la vieja hidalguía castellana—romántica y altiva—que parece ennoblecer la deleznable arcilla humana para destacarla sobre el comun nivel. Almas extrañas que atraviesan las asperezas de la vida sin contaminarse y que se hunden en la muda sombra ensimismadas en su quimera, anhelantes y siempre incansables en la persecución de un ideal.

Así ha partido este artista peregrino arrebatado en hora temprana, sin haber exteriorizado cuanto valían todos los tesoros de belleza atesorada por una rica fantasía y que con él se van grabados en la retina de sus grandes y soñadoras pupilas moriscas ya sin luz. . .

Gustó las embriagadoras sensaciones del triunfo sin que le envanecieran; se retempló al contrario con el estímulo del aplauso que fué sólo acicate para darle bríos, aspirando ir más allá, con la vista fija en las cumbres excelsas del arte porque sabía que no había llegado. Sintió

también alguna vez el aullido áspero de aquella pantera con que el Dante simbolizó la envidia, y no se arredró. Altivo y fuerte guardó silencio y volvió á la tarea con nuevos entusiasmos. Equitativo, benevolente, hasta excesivo quizá para apreciar los méritos de la obra agena, no oímos jamás brotar de sus labios un concepto hiriente ni aún tratándose de aquellos que acaban de inferirle un agravio.

La herida quedaba oculta en el fondo del alma sin que el dolor le hiciera perder su serena apacibilidad. Fuí confidente en más de una ocasión y puedo decir que el hombre valia tanto como el artista. Por eso en torno de su tumba no han de resonar sino ecos entristecidos lamentando esta real mala ventura para nuestro arte naciente, en el cual del Nido era algo más que una halagüeña promesa.

Español de orígen, pero argentino por el corazón, por las ternuras del hogar aquí formado y por el amoroso afan con que estudiaba el ambiente del país que le inspiró algunas de sus obras más celebradas como *Una tapera*, premiada con medalla de oro en la exposición artística de 1903; amaba los asuntos nacionales cuya belleza sentía, soñando poder alguna vez — libre de los reatos de la enseñanza á que vivía consagrado — fijar en la tela algunas de las obras que iban revelando ante sus ojos ávidos las páginas de la historia nacional, y nuestras animadas charlas sobre las pintorescas escenas de la vida de antaño.

—La paleta vigorosa de de la Valle está envuelta en fúnebres crespones; yace olvidada y cubierta de polvo como el arpa en la rima de Becquer. No habrá un artista de esta tierra que prosiga su hermosa obra!—me dijo alguna vez vibrante de ardoroso entusiasmo.

Noble anhelo que la muerte brutal viene á truncar dejando inerte la diestra mano todavía maculada con los colores de la última labor...

Y lo que son las coincidencias con que el emboscado destino combina sus lúgubres dramas. De la Valle cayó fulminado en la sala de la academia de bellas artes al pie de su *Malón,* como si en aquella postrera mirada al cuadro famoso hubiera querido señalar á sus discípulos el derrotero. Así muere del Nido dando los últimos toques á una obra de acentuado colorido argentino.

Me detengo con melancólico placer en este cuadro á cuyo génesis asistí. Leíamos una tarde la tradición de la *Luz mala* de Rafael Obligado en que pinta aquellos lentos viajes de las antiguas carretas á través del desierto, con esta magnífica onomatopeya de sugerente colorido:

....Al tardo paso sugetas,
De los bueyes, enfiladas,
Salvan lomas y quebradas,
Y en el trébol florecido
Haciendo áspero rüido
Hunden sus ruedas pesadas.

Del Nido, distraido al parecer trazaba un cróquis en su cartera mientras yo leía las rotundas décimas.

Pocos días después sobre un caballete del taller se veía una gran tela casi terminada: era el grupo de *La tropa de carretas* que, en la azulada niebla del sol poniente avanzaba hacia el vado de un cañadón, moteado con los verdosos manchones de las plantas acuáticas tan características de nuestras tierras bajas.

El asunto no era el mismo cantado por el poeta, por más que de allí hubiera tomado la idea generatriz; pero el artista había puesto su nota personal no sólo variando la disposición en la marcha de las carretas, sinó agregándole el retazo de bañado que está pintado con una seguridad de tonos y una frescura de empaste admirable.

La pampa adusta había perdido la monotonía de su inmensa planitud con la agregación del trozo de agua del bañado, y este sólo detalle acusa su sentimiento artístico y su probidad.

De igual vigor de expresión es *La majada*, un bello paisaje pampeano con toda la suave melancolía de los crepúsculos. El asunto es sencillo, casi rústico, pero sugerente. En la llanura que empieza á ensombrecerse con la noche que baja, se destaca un peoncito á caballo arreando una majada. Al fondo parpadea la llamarada del fogón de un rancho lejano sobre la pequeña mancha gris de las ovejas que caminan apretadas, llamando al cordero extraviado en el pajonal del desierto. Un sutil efluvio campestre parece flotar en torno de aquella mancha, que deja en el espíritu de

cuantos la contemplan esas tiernas añoranzas que, sin saber porqué, buscan el sendero escondido del corazón...

Fueron estos sus últimos trabajos de ambiente criollo, con los cuales se diría que hubiera querido testimoniar su cariño á la tierra que le cobijó y en cuyo seno van á reposar sus despojos, al abrigo de los cariños conquistados por la nobleza de su inteligencia y las afecciones de un alma vibrante.

Fué Miguel Cané,—ese otro espíritu luminoso que ayer no más caía fulminado por la muerte,—quien descubrió hace quince años en Madrid, visitando el taller de Moreno Carbonero, á un joven pintor que daba los últimos toques á una escena de las campiñas andaluzas, pintada en pleno aire, con sus verdes alamedas bañadas del sol que reverberaba como ascua de oro sobre los rojos tejados de una venta, á la orilla del camino polvoriento bordeado de eréctiles pitas y de cardos en flor. Cané contempló con amor el cuadrito, y dirigiéndose al joven, le dijo con aquella su palabra insinuante y rica de acentos acariciadores:

Se diría que este es un retazo de mi tierra; hay aquí las claridades azuladas de su límpdio cielo, vibraciones del aire y del sol de la pampa; esos cardos y esas pitas me traen un hálito de las antiguas quintas porteñas. Si Vd. se fuera allá, haría camino porque sabe interpretar la naturaleza con amor y mucha verdad.

Aquellas palabras alentadoras despertaron en el joven pintor el deseo de conocer nuestra tierra, y poco tiempo después arribaba á Buenos Aires—pobre y humilde como son casi siempre los artistas de valer—por más que no fuera un advenedizo.

Discípulo de Muñoz Degrain en la escuela de bellas artes de Málaga, Antonio del Nido había hecho sus cursos completos con Sainz, Pelayo, Gros y otros artistas que han destacado su personalidad en la madre patria. Recién egresado de las aulas, en la exposición de Madrid en 1884, obtenía un honroso premio con su cuadro *Una aventura del Quijote*, que fué adquirido para el museo de Huelva, su ciudad natal.

Residiendo en La Plata desde el día de su arribo á estas playas, ha vivido luchando sin desmayar en un ambiente tan poco propicio para las especulaciones artísticas. Su profusa labor no ha sido, sin embargo, estéril, y muchas de sus telas como el *Rincon de Andalucía, Final de fiesta, La bendición del estandarte, Riberas del Río Santiago, La tropa de carretas* y sus primorosos cuadros de flores y frutas, figuran con honor en las galerías de nuestros aficionados.

Sentía nuestra naturaleza, y tenía impregnada el alma de esa dulce melancolía de los crepúsculos pampeanos; la luz que cabrillea en los juncales del bañado ó que rueda como cendales fantásticos de plata con la brillazón por las lomas; las aguas quietas de las charcas; las figuras garbosas

de los gauchos y las alegrías de los bailes nacionales, no eran un secreto para su diestro pincel.

De su manera de interpretar los asuntos criollos queda *Una tapera*, un bello y sugerente cuadro argentino saturado de esa suave tristeza que evoca ante la mirada de los que sabemos sentir las cosas del terruño, toda la tierna y conmovedora poesía que parece flotar en torno de los toscos horcones que la maleza va cubriendo como un sudario de densas sombras...

En mis correrías he visto muchas taperas en medio de los campos abiertos, en las soledades de los montes, entre los pajonales de los bañados ó al borde de los arroyos de mi país; y, al contemplar esta tela luminosa, he sentido despertar en la memoria las antiguas imágenes; como en presencia de otras tristes ruinas, sentí ante éstas la curiosidad de saber quiénes fueron sus habitantes y cuál fué el aletazo de infortunio que un día apagó la luz y la alegría bajo sus rústicas techumbres...

Pero fué sobre todo maestro, y de su fecunda obra de educador artístico, de precursor, mejor dicho en la ciudad platense, harán el elogio justiciero todos los discípulos que concurrieron á su taller; los que no permitirán, — si es que la gratitud no es una palabra vana,—que en la tumba del artista inspirado crezcan amargas yerbas de olvido ...

Septiembre 18 de 1905.

Neologismos criollos



NEOLOGISMOS CRIOLLOS

I

CHARAMUSCA

Para el lector español, como para los pocos versados en neologismos criollos, me imagino que de entrada en estas minucias de lenguaje les va á surgir la primera duda.

¿Charamuscas?... Palabreja insurgente, barbarismo criollo, exclamará el primero con desdén; á los otros tal vez se les antoje una charada. Y si acuden en busca de luz al diccionario de la Real Academia, que según su altiva divisa,—limpia, fija y da esplendor—sospecho que los va á dejar tan á obscuras como antes.

Confitura en forma de tirabuzón hecha de azúcar ordinaria; voz mejicana,—les enseñará el libro de los graves académicos de la calle de Valverde.

Pero que se interrogue á cualquier criollo viejo, y ya sentirán su ruidosa carcajada.—¡No, mi amigo, las ramitas y las hojas secas que sirven para prender el fuego!—les responderá sin vacilar, dando así la acepción consagrada en estas tierras desde que existieron gauchos que hicieron fuego para tomar mate y churrasquear.

¿Por qué la ilustre academia que ha prohijado el neologismo mejicano—totalmente desconocido para nosotros—no habrá incorporado aún al léxico un vocablo de uso tan generalizado en el Río de la Plata, Chile y Perú?

Y si bien es cierto que el diccionario castellano llama chamarasca á la leña menuda, briznas ó ramas secas para quemar, ¿quién la ha oído pronunciar así alguna vez entre nosotros?..

Acaso nuestro neologismo no es más apropiado y lógico, desde que encarna la idea de chamuscar, quemar rápidamente, hacer llama, para que ardan los tizones.

En el moderno diccionario enciclopédico de Elías Zerolo y otros escritores españoles y americanos, se encuentran definidas de la misma manera que en el de la Real Academia, las voces charamusca y chamarasca; si bien agrega que esta última—proveniente del gallego chama, llama—fué en su forma primitiva charamasca la que se conserva aún en la Habana con una ligera variante de pronunciación, pues, se dice charamusca.

Y el filólogo costarricense Carlos Gagini hace notar en su diccionario de aquel país, que la

palabra en cuestión se formó tal vez del gallego charamusca.

Si esta etimología fuera exacta—aunque no la trae el diccionario castellano de la Academia—se esplicaría el orígen del vocablo.

Sin embargo, creo que es neologismo criollo y que proviene de esa inversión silábica—tan frecuente en el lenguaje de los paisanos—que los gramáticos denominan metátesis, y de la cual resultaría que la antigua forma castiza charamasca fué transformada en *charamusca* en las hablas populares del Río de la Plata.

En el *Vocabulario ríoplatense* de Daniel Granada no se incluye esta voz de uso tan generalizado en nuestras campiñas especialmente. Es, sin asomos de duda, un olvido, puesto que su compatriota Carlos Martínez Vigil en la monografía *Sobre lenguaje* la menciona en la página 34. Y otro escritor oriental, Benjamín Fernández y Medina, ha publicado una colección de cuentos camperos bajo el título de *Charamuscas*.

Se trata, pues, de un neologismo que ha nacido por el cambio de un vocablo y por la significación de otro de la lengua madre, al cual el uso general le ha otorgado carta de ciudadanía en nuestro lenguaje al adoptarlo. Y es sabido que el uso es la regla soberana del lenguaje:

Consuetudo loquendi in motu est.

Y por una asociación de ideas, de las ramillas de las charamuscas que sirven para encender el

fuego, venimos á otra palabra que tiene con aquella un estrecho parentesco, por decir así, en las costumbres peculiares del antiguo morador de nuestros campos.

Pero esto ya no reza con los chapetones en decíres camperos, sinó con los que de criollizantes alardean.

II

RAMADA

Versando la cuestión sobre acepciones de voces del lenguaje americano, la autoridad de la Real Academia no ha de servirnos para resolverla sino de una manera subsidiaria.

Ella sigue encastillada en sus vetustas interpretaciones, sorda á toda voz que venga de más allá de las fronteras peninsulares; mientras nosotros, desde que nos *independizamos* — dando vida á este verbo insurgente como dice con no poca gracia Ricardo Palma — no nos cuidamos mucho en averigüar si tal ó cual locución está en el diccionario, bastándonos saber que es de uso corriente y que responde á una necesidad idiomática, para emplearla.

Lo demás ya vendrá, como vino lo otro, por que la costumbre es una formidable legisladora.

Lo dijo Platón: en materia de lenguaje, el pueblo es un maestro excelentísimo.

Ahora bien, ¿cómo debe decirse, enramada ó ramada?

La Academia define la voz enramada, con tres acepciones: 1ª El conjunto de ramas espesas entrelazadas naturalmente; 2ª El adorno formado por ramas de árboles con motivo de alguna fiesta; y 3ª El cobertizo hecho de ramas de árboles para sombra ó abrigo.

En cuanto á la palabra *ramada,* el diccionario la da sencillamente como anticuada. ¿Por qué razón?..

Sin embargo, nosotros, y al decir nosotros aludo á la inmensa mayoría de los habitantes nativos de cuatro repúblicas con grandes afinidades de origen y de lengua,—la Argentina, el Uruguay, Chile y Perú—no conocemos otra acepción de la voz enramada que la primera dada por el diccionario, es decir, al conjunto de ramas silvestres entrelazadas con enredaderas y que es obra de la naturaleza.

Pero á la construcción formada sobre cuatro ó más horcones con un techo de ramas ó chalas de maíz, á ese apéndice característico del rancho campestre, tanto los hombres cultos como los incultos, le llamamos sencillamente *ramada* con una persistencia tal, que sería raro encontrar algún escritor de valía que no la haya empleado al ocuparse de los habitantes de la campaña.

Desde los tiempos coloniales fué usada así por escritores españoles como Azara. En el *Lazarillo de ciegos caminantes* del cuzqueño Concolorcorvo, impreso en 1773, encuentro esta sabrosa y típica pintura de los gauderios ó gauchos de las selvas del Tucumán: — «Una ó dos familias se acomodan en unos estrechos ranchos, que fabrican de la mañana á la noche, y una corta *ramada* para defenderse de los rigores del sol».

Por vía de demostración citaré algunos escritores peruanos, chilenos ó colombianos,—antiguos y modernos,—que la usaron de igual manera, porque es sabido que entre esos pueblos el castellano se ha conservado con mayor pureza.

Como en la precedente cita de Concolorcorvo, el subrayado será puesto de intento por nosotros para hacerla resaltar del texto.

Así Juan de Arona, en sus poesías populares del Perú, ha dicho en una cuarteta:

> Y sin techo ni *ramada*
> Lo pases á la intemperie.

Zorobabel Rodríguez, en su diccionario de chilenismos, la escribe también de la misma manera.

Y el poeta colombiano Eduardo Talero, en una bellísima página descriptiva de un viaje por el Río Magdalena, recientemente publicada, ha escrito lo siguiente:—«Ese sendero conducía á una abra del bosque virgen, en la que se elevaban

unos chirimoyos y guayabos copudos, protectores de un naranjal, que á su vez daba sombra á un largo rancho techado de palmera y á una *ramada* escueta donde estaba el trapiche».

Una antigua tonada de las selvas santiagueñas, que debe tener anotada en su archivo folklórico el poeta Ricardo Rojas en el índice de las melancólicas vidalitas de su tierra, dice:

Con guitarra y mate,
Vidalitay
Bajo la *ramada*,
Son las santiagueñas
Vidalitay
Las mejor amadas..

Y Aníbal Marc. Giménez, uno de los más vigorosos escritores de la nueva generación, que ha interpretado con tanta gallardía los asuntos de su terruño entrerriano, ha dicho en el lindo soneto *La siesta:*

En la *ramada* descansa, bien cuidado el parejero
Que es el crédito del dueño y el orgullo del lugar.

He aquí otra prueba que entresacamos del canto *Al payador* de Alcídes De María:

El es quien con sus canciones
Hace al paisano gozar,
El que consigue animar
La *ramada* y los fogones.

Podríamos fácilmente multiplicar las citas, porque todos nuestros escritores costumbristas de

buena cepa la emplearon así, hasta Leopoldo Lugones en *La guerra gaucha,* que se precia de purista empleando el lenguaje castizo más culto y hasta el arcaico, por más que se tratara de un asunto nacional hasta la médula...

Como se ha visto, la palabra es castiza, rectamente expresiva del objeto á que se aplica, útil por tanto y digna del rejuvenecimiento que ha experimentado en los países sudamericanos del habla castellana, aunque la ilustre Academia de la Lengua la haya confinado, sin dar razón alguna, al desván de las antiguallas.

Y aquí se me ocurre una observación dirigida á los escritores uruguayos, que son precisamente los que más blasonan de independencia en materia de lenguaje explotando con gran éxito el rico venero de la tradición campesina y sus rudos y expresivos decires nativos.

Pues bien; la gran mayoría de los cultores del género literario con sedimiento criollo en la vecina orilla—que los tiene muy brillantes—escribe *enramada*, y no solamente cuando es el autor quien habla, sino que la ponen en boca de los gauchos, y esto me parece falso y amanerado, por la sencilla razón de que el gaucho jamás usó de tales pulcritudes.

Dijo *ramada* porque la idea le venía directamente del conjunto de ramas con que había formado su rústico techo, pues hasta la palabra se avenía con su rudeza selvática, y es sabido que en el paisano las ideas son simplistas y pro-

ceden casi siempre de la cosa ú objeto que las motiva.

La primera vez que se me ocurrió esta observación, fué durante la representación de uno de aquellos bravos dramas criollos que pusieron en boga los Podestá. Una criollita vestida de zaraza y con la renegrida trenza á la espalda, cantaba en la guitarra junto al fogón una décima gaucha:

Cuando bajo la *enramada*
El gaucho arregló su apero.

Para mi oído acostumbrado al lenguaje tosco de los tapes melenudos de Montiel, la palabra me hizo mal efecto, me sonó de un modo extraño, como una cuerda chillona que desafinaba en aquel cuadro de fresco colorido campestre. Averigué el nombre del autor y me dijeron que era uno de los jóvenes escritores uruguayos de buena cepa. La obra tenía, en efecto, más de un pincelazo evocador.

Después, leyendo novelas y versos á cada momento, he tropezado con la misma palabra, lo que acusa, sin duda, falta de observación del medio ambiente y desluce más de una página hermosa. Tal ocurre con el fuerte *Ismael* de Eduardo Acevedo Díaz, donde á cada paso se encuentra impropiamente escrita como en el siguiente párrafo que escojo al azar;—«Fué en ese instante que, sin que nadie se apercibiera de su llegada, Ismael y Aldama echaron pié á tierra

junto á la *enramada*; y mientras el primero se recostaba en el palenque, taimado y sombrío, etc».

El asunto de esta vigorosa novela americana es netamente criollo, porque narra la resistencia de las masas campesinas contra el invasor lusitano y se desarrolla en medio de la agreste naturaleza uruguaya. La pulcritud de esa palabra desentona, pues, en aquel ambiente montaraz.

Cárlos Roxlo en sus *Cantos de la Tierra*, al describir una fiesta campestre, donde las guitarras rasguean aires de la comarca, mientras las chilladoras nazarenas repiquetean un zapateado persiguiendo á las garridas morochas de labios rojos, ha escrito estos musicales pareados que nos servirán de comprobación:

> Bajo el rústico toldo de la *enramada*
> Que con troncos monteses está formada.

Pase lo de los troncos por exigencias de la rima, ya que la ramada no se forma de troncos, sinó de ramas. Si el poeta hubiera usado la voz ramada, que es la palabra corriente, puesto que describía cosas campesinas, la pintura sería más natural y de más genuino sabor local. No hubiera tenido además necesidad de emplear sinalefa haciendo la contracción de dos sílabas para formar—*laen* . . . ramada—y hasta el verso ganaria en soltura y belleza.

Igual crítica cabe hacer al talentoso Javier de Viana, el escritor uruguayo que con más brillo y verdad ha reflejado en las páginas brillantes de

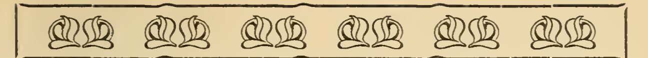
Campo, Gaucha y Guri, las costumbres y el tipo hirsuto del gaucho oriental. Viana, tan exacto y verista siempre en la pintura de sus jugosos y á veces brutales cuadros, escribe sin embargo invariablemente *enramada* refiriéndose al rústico cobertizo del hogar campestre; y la voz, así empleada, resulta una nota falsa, á mi entender, en el admirable conjunto de su obra literaria.

No emplean, pues, bien ese vocablo los que para usarlo van á hojear el diccionario español, en vez de escribirlo como lo pronunciamos doctos é indoctos, que de esa manera rejuvenecemos una palabra castiza perfectamente lógica y expresiva, que la Academia ha declarado arcaica sin ninguna razón.

Podrá ser anticuada en España, pero entre nosotros jamás, por que tiene la sanción del uso consuetudinario.

Si no queremos sentar plaza de remilgados, escribámosla entonces tal como la pronunciaron aquellos en cuyos labios se moduló por primera vez, de quienes la recogimos incorporándola al lenguaje llano y corriente, y la cual será necesario emplear, si es que pretendemos evocar con verdad su perfil ya casi perdido.

Ramirez y Mansilla



RAMIREZ Y MANSILLA

En una de esas fluentes y sabrosas «Páginas breves» con que desde estas columnas de *El Diario* suele expandirse á menudo el espíritu eternamente inquieto y vivaz del señor general Lucio V. Mansilla, acaba de formularme un cargo que, por venir de quien viene, me interesa levantar.

Después de haber borroneado tantas cuartillas acupándome de la obra agena, me ha de ser permitido esta vez, por una excepción, el que me ocupe de una obra naturalmente muy querida: *sub parvo sed mea...*

Declaro desde luego que, al ensayar esta breve réplica, no me mueve un sentimiento de vanidad herida por disidencias de rumbos literarios, sino el culto de la verdad de un concepto gramatical é histórico al cual mi distinguido crítico ha calificado de «entuerto literario» proponiéndose enderezarlo, si bien con poca fortuna, según verá el benévolo lector.

El caso es el siguiente:

Refiérese á una anécdota de *Alma Nativa,* en la cual, para dar ambiente y tonalidad auténtica al episodio, mencioné la actuación que en ella tuvo el padre del señor general en estos términos: «A la muerte del caudillo Francisco Ramírez—el supremo entrerriano del año XX—se apoderó violentamente de la situación uno de sus oficiales, el comandante Lucio Mansilla, jefe bravo, ilustrado y lleno de bríos, pero un tanto fanfarrón, que tenía además el pecado de ser porteño, es decir, enemigo, según los sentimientos localistas de aquella época de rudo federalismo. Su gobierno no podía, pues, ser popular, como no lo fué. Algunos jefes se alzaron en armas para derrocar al intruso; fueron delatados y la conspiración terminó ahogada en sangre con un espectáculo bárbaro: una horca levantada en medio de la plaza del Paraná, donde se colgó para escarmiento á uno de los cabecillas».

Si mi padre «era bravo, ilustrado y lleno de bríos»,—observa el general Mansilla,—cómo podía ser «algo fanfarrón». Si esas tres cualidades tenía, cómo podía parecerse al tipo creado por Terencio en *Los Eunucos;* porque fanfarrón, que es sinónimo de poltrón (Trasón, el soldado de Terencio), en nuestra lengua y otras que también lo tienen, significa: el que se precia y hace alarde de lo que no es...

Por una razón bien sencilla; porque yo no he empleado ese vocablo con la acepción que él se-

ñala, puesto que dije: era bravo y lleno de bríos. Nó. Conscientemente usé la palabra con una acepción castiza, aludiendo á la arrogancia exagerada en el modo de hablar y obrar, pues la voz fanfarrón, según el diccionario enciclopédico hispano-americano de literatura, ciencias y artes, viene del árabe «fanhara», ser arrogante, y de ahí las voces fanfarrear y fanfarronada que expresan acciones de arrogancia exagerada.

Y este defecto, tan difundido entre los militares españoles y por ende en los sudamericanos que recibieron por herencia esa característica señalada por nuestros historiadores como el culto exagerado del coraje, nunca se tomó por término despreciativo al aplicarla con tal sentido á los militares argentinos.

Fanfarrones de esa laya fueron La Madrid, que entraba á los combates cantando vidalitas; Villegas que se ponía su poncho blanco para que los indios lo reconocieran y se cortaba sólo á lancearlos; ó Levalle que, al sorprender una noche la guarnición del pueblo de la Paz durante la guerra contra López Jordán, mandaba tocar dianas para no pelear con dormidos...

Feijóo, estudiando á Marco Antonio Mureto, dice que éste en sus *Notas sobre Cátulo*, notó en los españoles el defecto de hablar hueco y fanfarrón. Y Quevedo también ya había escrito: la exaltación, la hinchazón, la arrogancia, la fanfarronería no son magisterio de Cristo...

Se infiere entonces que no pude decir que alar-

deaba de un valor de que carecía, pues únicamente aludí á su arrogancia exagerada, á ese coraje criollo del cual dió buenas pruebas, como en 1845 en el combate de la Vuelta de Obligado, cuando de pie sobre el merlón de una batería dirigía la heróica defensa tomando mate, hasta ser derribado por un golpe de metralla.

Pero el señor general molestado, al parecer, pretende explicar la falta de popularidad del gobernante con estas palabras de sentido anfibológico y falsas en sus consecuencias, que obligan la rectificación: «Si no fué popular, mucho debió contribuir á ello también el hecho de que la primer constitución argentina que se dictó en esa tierra fué la que mi padre le dió á Entre Ríos».

Y bien, no; la causa fué otra y pertenece al dominio de los hechos históricamente dilucidados.

Cuando en 1821 el caudillo Ramírez invadió á Santa Fe el frente de sus orgullosas caballerías para exigir á su antiguo aliado Estanislao López y al gobierno de Buenos Aires el cumplimiento del tratado del Pilar, la escuadrilla entrerriana debía pasar con las tropas de infantería y artillería á fin de tomar la plaza y apoderarse de los elementos bélicos que el caudillo santafecino tenía acumulados en su ciudad feudal.

El comandante Mansilla era segundo jefe de las tropas que atravesaron el Paraná, tomaron las baterías, pero no atacaron la plaza desguarnecida; y en seguida, obedeciendo á insinuaciones de éste, las tropas se reembarcaron y volvieron

á Entre Ríos dejando así abandonado á su general que, aunque vencedor en un primer encuentro con la división del bravo La Madrid, veía frustrado su plan estratégico, pues tenía el gran río á su espalda y cerrándole el avance los ejércitos combinados de Santa Fe, Buenos Aires, Córdoba y Mendoza.

Fue en aquella tremenda hora cuando el prepotente caudillo se irguió bravío sobre las barrancas del Paraná, y señalando con un gesto heróico el abismo, dió á sus soldados la famosa voz de carga: «¡Muchachos, de aquí no hay retirada!», que consigna Vicuña Mackenna en el *Ostracismo de los Carreras,* lanzándose contra el cerco de infantes y jinetes de La Madrid, que una vez más debía ceder el terreno al impetuoso rival.

Pero aquel fugaz lampo de victoria conquistado por la implacable lanza de doble media luna debía ser el último. Dos días después empezaron los desastres y la persecución á través de las pampas que señaló un largo reguero de sangre durante cuarenta y cuatro días, hasta que el arrogante dominador de muchedumbres — que podía decir como el Cid campeador—

> Por necesidad batallo;
> Y una vez puesto en la silla,
> Se va ensanchando Castilla
> Delante de mi caballo,

rinde el postrer aliento cual un paladín medioeval en defensa de su dama gaucha...

La muerte del caudillo, abandonado á su propio destino después del retiro de la infantería y artillería por su subordinado en el momento más azaroso de la lucha, fué una consecuencia de ese acto que los hombres de la época calificaron de traición combinada con Estanislao López para apoderarse del gobierno de Entre Ríos. Así lo consigna sin atenuantes el severo general Paz en sus *Memorias*, tomo I, pág. 387, y la *Relación de los sucesos de armas* publicada en la *Revista de Buenos Aires*, tomo VII, pág. 75. El general Mitre también refiere el hecho «del abandono del supremo entrerriano, colocado á la sazón entre dos ejércitos, cada uno de los cuales era más poderoso que el suyo». (*Historia de Belgrano*, tomo III, pág. 548).

Y el mismo Mansilla, pretendiendo vindicarse del gran cargo, ha confesado en su *Memoria póstuma*, pág. 35, que fué el autor de la retirada al Paraná con las mejores tropas de Ramírez, explicándola «por no querer desenvainar su espada contra Buenos Aires»...

¿Por qué no se retiró él sólo?.... ¿Por qué invadió á Santa Fé, si sabía que aquel era el primer paso de la guerra contra la metrópoli? ..

He aquí explicado el secreto de esa falta de popularidad ante las gentes de una tierra que Ramirez dominaba desde diez años atrás; de la revolución del 23 de Septiembre que le dió el gobierno de la provincia, empresa para cuyo logro fué ayudado eficazmente por los santafecinos de

López y por las fuerzas de Buenos Aires mandadas por el general José Matías Zapiola, hecho que está confirmado por el mismo Mansilla en la comunicación del 4 de Octubre de 1821 al gobernador de Buenos Aires, general don Martín Rodríguez.

He aquí explicado el origen del levantamiento encabezado por los principales jefes de Ramírez, —López Jordán, Anacleto Medina, Juan José Ovando y el valeroso Lucas Piris, cuyo cadáver mandó colgar en una horca en la plaza del Paraná para «escarmiento de criminales invasores», el 1º de Junio de 1822, y al cual alude mi episodio de *Alma Nativa.*

¿Invasores? No defendían acaso el predominio de su terruño contra la invasión de tropas enemigas de Buenos Aires y Santa Fe?..

Sin embargo, Entre Ríos jamás se mostró ingrato á la memoria del gobernante que dictó su primer estatuto constitucional; así la recopilación de leyes, decretos y acuerdos oficiales se abre cabalmente con los primeros actos de la dictadura militar encabezada por Mansilla, á quien se nombró gobernador después confiriéndole el grado de coronel de infantería, declarando que esa graduación era la más alta de la provincia; como le reconoció el reembolso del dinero que, bajo el testimonio de su palabra, aseguró haber invertido en los trabajos de la reorganización institucional; como exoneró á su ministro Agrelo de la devolución de fondos públicos que contra

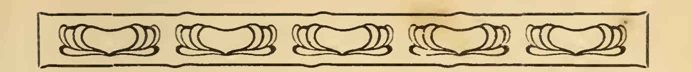
él se comprobó; como además de la medalla batida en su honor, se le acordó por sus servicios una suerte de estancia, hechos todos que se encuentran prolijamente documentados en el tomo I de la *Recopilación de leyes y decretos de la Provincia*, y lo consigna el historiógrafo Zinny en su *Historia de los gobernadores*, tomo I, pág. 450.

Finalmente, una de las estaciones del ferrocarril de Entre Ríos, situada en las inmediaciones del paraje en que Artigas y Ramírez libraron uno de sus legendarios entreveros — *Las Guachas* — ostenta hoy el nombre del gobernador Mansilla...

Estas explicaciones espero persuadirán á mi distinguido crítico de que no existió propósito denigrativo al emplear el vocablo de la referencia, y que, *quand meme*,—usaré una de sus palabras favoritas con que se place en adulterar la lengua vernácula á pesar de abogar por el más riguroso purismo,—puede contar con mi franca simpatía intelectual.

1906.

Un poeta bohemio



UN POETA BOHEMIO

Recorría días pasados un diario sin mayor curiosidad, cuando al pronto mis ojos se detuvieron ante esta breve información transmitida por el telégrafo con su lacónico frigidismo: «Ha muerto en Mérida, Méjico, el joven escritor argentino Martín Goycoechea Menéndez».

El diario no agregaba ningún comentario sobre aquella muerte prematura. Quizá pasó desapercibida la noticia, ó bien no le conocían en la redacción y no se tomaron la molestia de averiguar de quién se trataba.

Y, sin embargo, ¡qué vida más curiosa y accidentada la de ese bohemio peregrino, condenado quién sabe por qué secreta fatalidad á cruzar melancólico la tierra tras la sombra de una dicha quimérica que no debía alcanzar jamás!..

Nacido en Córdoba—en la tranquila ciudad montañesa de las iglesias y los conventos vetustos—

un buen día, siendo aún casi un adolescente, empezó á hacer sonar su nombre como un ruidoso cascabel con los primeros escritos, donde al decadentismo de la forma se mezclaban audaces ideas libertarias, lo que le obligó á abandonar el nativo terruño para emprender su peregrinaje de eterno forastero, en medio de las ciudades indiferentes, á que la muerte acaba de poner piadoso término.

Hoy en Buenos Aires de cronista ganándose penosamente la vida; de marinero mañana en un buque de la armada en viaje de turista hacia los mares australes; de vigilante rural otro día para nutrirse de sol y de pampa; de revolucionario uruguayo después á fin de estudiar la guerra gaucha; de yerbatero en las selvas guaraníes en seguida, rastreando las huellas del indio y del jesuíta; enamorado más tarde de la figura del autócrata Francia, cuya imagen quería evocar sobre el polvo que holló su calcañar de dictador por cerca de treinta años, sin un estremecimiento misericordioso ni siquiera para su anciano padre moribundo...

Aquella extraordinaria y férrea energía del bárbaro que tentara el humorismo de la pluma del gran Carlyle, debió seducir poderosamente la fantasía de Goycoechea á fin de burilarla en un soneto, su forma poética favorita. Ignoro si concluyó algún trabajo sobre el particular, pues á su regreso del Paraguay sólo estuvo de paso en Buenos Aires y desapareció nuevamente para cruzar con su som-

bra extraña de bohemio por el asfalto de los boulevares de Paris, emprendiendo al día siguiente su vagabundaje á través de los mares, hasta arribar á la tierra esplendorosa de recuerdos y de leyendas de aquel soberbio príncipe de Moctezuma, con que lo deslumbraron las rimas extrañas de Rubén Darío.

Tutecotzimi, Cuaucmichin y las cobrizas mujeres toltecas; lós bosques de esmeraldas, la montaña que guarda los ignorados tesoros, el indio cubierto de míticos tatuajes y los combates de los rudos flecheros, fueron tal vez el postrer ensueño del nómade soñador.

Y allí ha quedado inmóvil para siempre aquel pequeño cuerpo, inquieto y vagabundo, que parecía eternamente empujado hacia un misterioso más allá...

Especie de Childe Harold sin dinero, pero con su tedio fatal, con su maldición ambulatoria y su ensueño insaciado, ¡cuántas penurias no habrá tenido que soportar esa atormentada y errática vida que rodó por tantos mares y tierras extrañas sin un solo día de reposo!

Le conocí hace seis años en aquella salita de conversación de *Caras y Caretas*, que el espíritu burbujeante de Fray Mocho hacía tan amena con sus alegres charlas. Goycoechea Menéndez acababa de llegar desterrado de Córdoba; era un tipo inconfundible de escritor bohemio por las ideas y por la catadura. Hablaba poco, porque el director no le dejaba meter baza. Pero cuando

lograba tomar la palabra, lo hacía con garbo, y sobre todo mentía, mentía gravemente, de una manera admirable. Como el famoso tarasconés de Daudet, contaba cosas asombrosas, narraba aventuras extraordinarias de regiones que nunca conociera, que muchas veces sólo había visto á través de un relato recién escuchado, y lo hacía, sin embargo, con tal colorido de verdad, que uno, al escucharlo, no podía menos de admirar aquel prodigio de imaginación fantasista.

Y así se pasó la breve existencia, engañando ó engañado, pero sin ser jamás gravoso, menospreciando el adverso destino con su desgaire de poeta, y mientras acariciaba la quimera interior, iba tejiendo sueños el eco de su palabra que tanto prometía y que bien poco cumplió.

Quedan, empero, algunos ecos de las melodías que dejó caer al pasar, como hojas dispersas arrebatadas por los vientos del camino, y bien valdría la pena de que alguna mano amiga las recogiera para perpetuar una memoria que no puede sernos indiferente, porque había en él un temperamento de artista rico de emoción, un alma vibrante de poeta que sentía nuestra naturaleza y hubiera dado, sin duda, lozanos frutos consagrando á la obra artística más tiempo y reposo.

De aquella época en que yo le conocí y me interesé por su extraña existencia data la siguiente composición, su mejor obra posiblemente, porque ha pintado con pincelada feliz y duradera á la brava gauchada batalladora.

Es toda una gallarda evocación de las caballerías de la patria vieja, de aquellos montoneros hirsutos de Ramírez y de Güemes, que avanzan y se alejan dejando en las arenas del sendero las huellas de los clinudos redomones.... En catorce versos, admirables por la sonora armonía de sus cláusulas y el vigoroso colorido local, está pintado un cuadro genuinamente argentino.

Contribuyo por mi parte á la exhumación de las poesías del pobre poeta con ese hermoso soneto que basta para salvar su nombre del olvido. Helo aquí.

LA MONTONERA

Flamean en el viento las banderolas
Y se encrespan las crines y las melenas,
Y aúnan al reflejo de las arenas
Su brillo diamantino las tercerolas.

Los pañuelos anudan sus rojas golas
A las bravas gargantas de insultos llenas,
Y el prepotente puño muestra las venas
Donde pinta la sangre violadas olas.

Se encabritan los potros en el sendero,
Las virolas responden en el apero
A las dulces milongas de las cigarras,

Y en el hinchado lomo los mocetones
Van llevando la carga de sus canciones
Pendientes de las cuerdas de las guitarras.

Poco tiempo después me tocó formar parte del jurado en un concurso de novelas y cuentos

abierto por la dirección de *El País,* en compañía de David Peña, Martín Coronado y Francisco Durá. Adjudicado el primer premio á la novela *La rendición,* de Arturo Giménez Pastor,—discutido entonces por algún despechado y que llevada al teatro recientemente ha triunfado de nuevo, dándonos la razón,—entramos á premiar los cuentos, entre los cuales sobresalía uno fechado en las Misiones; sencillo como una égloga, con perfumes y melancolías selváticas. Se titulaba *Guarany,* y decía bien su asunto de sabor añejo, con su título salvaje.

Era la obra de un poeta. Abierto el sobre para descubrir al autor, resultó ser de Martín Goycoechea Menéndez.

Son las únicas composiciones que le conozco, y pienso que ambas son dignas de la recolección.

Después no lo ví más; apenas si de tarde en tarde en alguna charla de amigos alguien daba una vaga referencia venida de las regiones más distantes. El bohemio seguía su eterno peregrinaje llevando á la grupa la insaciable quimera.

¿Tedio de la vida, misantropía, manía ambulatoria ó anhelo de ver más y siempre más?..

¡Quién lo sabe! ¿Y para qué lanzarse en averiguaciones psicológicas sobre los misterios de esa alma buena, si ese era precisamente su rasgo característico? Hay que dejarlo como fue, con su leyenda aventurera de sombra fugaz, que cruzó por el mundo sin hacer mucho ruido, y que se

ha ido con su quimera en viaje á la isla del Ensueño, llevándose el arcano de una vida que nadie logró penetrar jamás...

Lo chistoso sería que esta muerte noticiada por el cable, nos resultara mañana uno de los tantos viajes imaginarios del fantasista Goycoechea, y que un buen día resucitara vagabundeando entre las ruinas de California ó comiendo mariscos allá, sobre la ribera del mar donde la enamorada Rarahú de Pierre Loti lloró á raudales su perdido amor.

La verdad es que el caso no deja de hacerme cavilar; y bien: si ocurriera, siempre tendría que agradecerme el haberle dado tema para que nos hiciera la patética descripción de *sus funerales*, los que seguramente no tendrán de verdad más que este melancólico responso.

1906.

El casamiento de Laucha

EL CASAMIENTO DE LAUCHA

EL AUTOR Y EL LIBRO

Se ha observado que, á semejanza del cerebro en el cuerpo humano, existe en toda sociedad un grupo selecto de intelectuales que marcha á la vanguardia en las especulaciones del espíritu para juzgar, sentir y expresar las cosas bellas. Y quizá no sea ocioso hacerlo notar aquí, donde en medio del engrandecimiento material de que tanto nos enorgullecemos, en esta época de áspera brega por el lucro, suelen ser necesarias esas voces que nos hablan de cosas bellas, de cosas pequeñas al parecer, de armonías que andan por ahí vagando en torno nuestro y los distraídos ojos no ven...

Roberto J. Payró, el autor de la novela picaresca de que pasamos á ocuparnos, pertenece á ese grupo de nuestros escritores jóvenes, al grupo

guión; su nombre figura —*primus inter pares*— por el vigor, la precisión y la naturalidad con que expresa su pensamiento en un estilo castizo, armonioso, rico de matices, revelador del artífice de pluma privilegiada, del escritor de alma noble con ternuras de niño y bizarrías de varón templado por la adversidad, que va haciendo su jornada sin resistencias porque no sabe de envidias, ni se envanece con el aplauso, ni lo busca en su animosa altivez.

Triunfador de todas las formas, cada nueva obra suya marca un éxito real. Desde las coloridas descripciones de viaje por las costas del mar austral, ó á través de las abruptas serranías calchaquíes, rastreando las huellas del *Falso Inca,* hasta las escenas emocionantes de *Sobre las ruinas*,—nuestro primer drama nacional.—Payró es siempre el mismo, el artista subyugador que, cual un mago pródigo de talento y emoción convierte en manantial de belleza cuanto toca.

La nueva producción de su talento creador, que parece no conocer la fatiga, encierra, á pesar del título risueño y la modesta portada con que ha salido á luz, el curiosísimo drama de una vida; un estudio intenso de observación y análisis de alma encanallada, inconsciente, que cuenta sus bribonadas con el mayor desenfado, crudamente, sin atenuaciones ni remordimientos, y que, con todo, resultan muy interesantes y henchidas de gracia por la entonación auténtica y el soplo de viviente realidad con que el autor,

aun siendo impersonal, ha animado á los humildes personajes.

Laucha—el protagonista—un provincianito andariego y haragán, después de haber ensayado los oficios más diversos y fáciles—«siempre pobre, siempre rotoso, algunos días con hambre, todos los días sin plata»—resuelve venir á tentar fortuna en Buenos Aires. Con lo escasamente necesario para el boleto y sin más equipaje que un grueso poncho de lana de los tejidos á mano por las chinas catamarqueñas, toma el tren que lo deja olvidado en la estación de Campana sin un cobre ya ni otra prenda vendible que su lanudo *puyo*.

Comienza entonces el vagabundear sin rumbo á través de las campiñas, hoy en una chacra, mañana en alguna estancia, con más frecuencia en las pulperías en busca de trabajo que no deslome, hasta que un pulpero le indica las huellas del camino á Pago Chico.

Y allá se larga por puro gusto, impelido por aquella manía ambulatoria, siempre pretextando buscar acomodo, pero sin muchas ganas de encontrarlo, como si una maldición lo hubiera condenado á rodar por la tierra en busca de la felicidad que tal vez nunca encontrará...

La jardinera de un repartidor con quien intimara previo escanciamiento de algunas copas, lo deja en un paraje donde quizá encuentre algo en que picholear: en la pulpería de La Polvareda.

Bástale una rápida mirada de sus ojos saltones,

negros como cuentas de azabache—ojos vivarachos de laucha — para valuar las existencias del negocio y sobre todo á la propietaria, una gringa viuda, joven aún y bastante buena moza. Necesitaba un dependiente; y aunque el sueldo era exiguo, el andariego da fondo en aquella playa hospitalaria. Maestro en artimañas, engatusa á la patrona con sus habilidades para falsificar beberajes que el paladar poco exigente de los paisanos aceptara sin protestar, y como no había de pasarse la vida solita su alma, el casamiento viene, sin vuelta, porque, según decía la gringa:— «La cosa es, que, hay que casarse, si no *ninte.*»

Los preliminares del casamiento dan motivo á Payró para trazar las más regocijadas páginas. El retrato de Papagna, un napolitano mugriento y avaro que *fa l'América* con las cosas de su ministerio sin ningún escrúpulo, hasta enseñar á los novios á casarse sin dejar rastros en el libro parroquial, con un simple papel suelto, para que si la mujer sale buena lo guarden y sino, con romperlo, matrimonio concluido, — es toda una agua fuerte rebosante de gracia, de colorido y de mordiente realidad.

Dueño del corazón de la candorosa gringa y en posesión de su fortunita, empezó la vida de despilfarro y jarana. Los improvisados amigos caían como moscas á La Polvareda, y mientras doña Carolina se pasaba la vida entre las ollas y los quehaceres domésticos, su marido mataba el tiempo vaciando las copas entre alegres juga-

rretas de truco y taba, armando riñas de gallos y hasta bailongos en el patio de la pulpería.

Pero la taba se empeñaba en clavarse siempre con el lado liso para arriba, con esa constancia empalagosa de la mala suerte. Laucha tentó vencerla, compró un potrillo parejero y se hizo carrerista. El pingo resultó de mi flor, estaba seguro de la revancha, lo tenía *tapado*, iba á ganar en fija al que enfrenasen..... Pero le hicieron trampa metiéndole pierna al llegar á la raya para que rodase su caballo, y el comisario que había jugado al otro, falló, naturalmente, declarando la carrera legal.

Salieron á relucir los facones, y gracias á la intervención de la pobre gringa que, hecha una loca, se precipitó entre los combatientes para arrancar el cuchillo del adversario, el maula Laucha no dejó trunco allí el picaresco romance de su vida.

Para olvidar penas, las jugarretas y beberajes comenzaron otra vez, y la platita del almacén, la platita ahorrada sabe Dios á costa de cuántas miserias, el campito de doña Carolina, todo, todo se fué poco á poco «como el agua de una tina sin arcos»..... Llovieron las demandas, las ejecuciones por las compras á crédito, vino la venta ineludible de las raleadas existencias y estalló al fin la protesta dolorosa, enconada, de la infeliz espoliada por el *birbante*. Entonces el recurso sugerido por el listo Papagna, aquel casamiento que no dejaba rastros en el libro parro-

quial, le sirve para sacarse el lazo; y mientras la enloquecida gringa echaba á correr hacia el pueblo para cerciorarse si aquella infamia era cierta, el bellaco arrea con los últimos pesos olvidados en el cajón, rompe en pedazos el papel del cura y muy tranquilo, con la seguridad de que no lo van á perseguir, rumbea para otro lado...

Y rematando el pintoresco relato con una pincelada magistral, que vale más que toda una larga disquisición psicológica sobre la absoluta carencia de moralidad del protagonista, porque él mismo se retrata en cuerpo y alma; cuando le preguntan si no tiene noticias de su mujer, canallescamente, sin un remordimiento, sin una palabra para atenuar la increible felonía, responde inconsciente, casi alegre: «Sí. Ayer supe que estaba perfectamente; de enfermera en el hospital del pago».

Este final revela todo un artista de gracia, de finura y de fuerte mentalidad.

El asunto, como se ve, no podía ser de más rústica simplicidad; cabía el episodio en las breves páginas de un cuento humorístico.

Así ha debido entenderlo el autor que, á la manera de Huysmanns, sobriamente, sacrificando las galas del rico estilo en la pintura de cuadros de ambiente á que el asunto tentaba, sin poner mucho de su parte para ahondar la observación que completara el bosquejo de las figuras, ha preferido hacernos oir la narración de aquella aventura culminante de la vida del gran bribón

por sus propios labios, con arte tan feliz que logró realizar esa difícil facilidad de ser sencillamente natural, pocas veces lograda por los escritores.

Y ese es precisamente el mérito principal de esta pequeña novela que se deja leer con intenso interés, con íntimo regocijo, hasta con simpatía, pues, en vez de repulsión, pone una sonrisa en los labios del lector ante las peripecias canallescas que el diestro Payró ha sabido contar sin caer en los escollos de la vulgaridad, tan propicia por el mismo asunto, dándonos al contrario una obra robusta de literatura nacional, porque á través de sus páginas palpita la vívida evocación de un retazo de nuestra pampa.

Los que todavía siguen creyendo que no se pueden crear obras originales de sabor y colorido regional, porque ya el tema se agotó con los trabucazos y las agachadas moreirescas, encontrarán en *El Casamiento de Laucha* inesperadas sorpresas... Se puede hacer, se hace con éxito, como lo comprueba este hermoso libro; la cuestión es tener talento y un poco de fortuna para catear la pepita de oro en el légamo impuro.

1906.

De los últimos



DE LOS ULTIMOS

Tal es el expresivo título de un nuevo soneto —de inconfundible cuño criollo—con que el joven poeta Aníbal Marc. Giménez, rindiendo homenaje á la tierra de sus amores, evoca el perfil ya casi borrado de sus antiguos moradores.

Giménez es entrerriano, hijo de Gualeguaychú, la cuna de Olegario Andrade, Gervasio Méndez y Fray Mocho, y como ellos ha recibido al nacer el precioso don de sentir y expresar la belleza.

Con un espíritu libre de prejuicios y esa independencia de los fuertes, no imita servilmente ni sigue los cánones de determinada escuela literaria. Es un escritor nativo cuya fuerza reside en la espontaneidad y en la naturalidad, y de ahí la gracia subyugadora de su hermoso verismo.

Colorista abundoso, al abrir sus ojos á la luz de aquella tierra tan rica en pintorescos paisajes, debieron impresionársele en la retina los tipos y

escenas de las costumbres campesinas que hoy engarza en sus versos con tan sugerente donaire.

Así ha debido proceder Salvador Rueda en los cuadros del *Patio andaluz;* así los hermanos Quintero al llevar al teatro con tan potente soplo de vida esas embelesadoras y rientes escenas con que tejieron la urdimbre de *Las flores* y *El genio alegre.*

Cuando hace varios años leí un delicioso soneto de Giménez, titulado «La siesta» y ví desfilar como en la cinta de un cinematógrafo un animado retazo de mis cuchillas entrerrianas, saludé con emoción agradecida al mágico evocador que con un arte tan simple, — con esa difícil facilidad que es tormento y cruz del escritor, — fabricaba sus rimas americanas ungidas de vida, de color, de dulcedumbre y de luz.

Después vinieron «El tango», «Corrida de sortija», «El gato», «Paisaje», «Amorosa», «Idilio campero», «Gentileza», «La luz mala» y «Ruina» para confirmar el vaticinio: sólo un alma de poeta es capaz de ver y sentir así los asuntos familiares de la tierra, para representarlos con su aire íntimo y su sabor peculiar.

He ahí por qué cada composición suya es un cuadrito feliz de relieve vigoroso, en que el ambiente comarcano, los tipos, la música, los pintorescos decires de sus esquivos personajes se combinan tan admirablemente que dejan en el lector la impresión saudadosa de una evocación.

No es fotógrafo, ni se limita á copiar el asunto

regional; lo siente con alma de artista, y al encarnarlo en su obra lo presenta depurado por la luz interior sin que pierda por èso el prístino matiz.

De su manera de tratar las escenas de la tierruca, el soneto que motiva estas observaciones es la mejor comprobación. «De los últimos» revela, al pronto, la garra de un escritor diestro y la inspiración fácil y sugerente que sabe pintar las cosas ya idas para siempre.

Para los que hemos visto más de una vez las figuras que este cantor costumbrista hace resurgir con firme rasgo, hay en esa breve y hermosa composición algo así como un aleteo de memorias lejanas, aires de pampa y penumbras de monte; perfumes de trébol, sones de guitarra y cantos henchidos de pasión selvática flotando en torno de las figuras de los gauchos de antaño...

Y quien sabe hacer eso en la forma métrica más difícil, es un poeta. Juzgad si no es exacta mi afirmación:

DE LOS ÚLTIMOS

Un mechón de pelo negro le oscurece más la frente,
En su cuello recio ondea, con donaire, un volador,
Y su blusa corta y suelta de lustrina reluciente
Deja ver toda la plata del lujoso tirador.

Sus decires pintorescos entusiasman. Nadie siente
Como él, todas las bellezas de esta tierra que es su amor,
Y las décimas que canta las perfuma suavemente
Con las cálidas fragancias de los tréboles en flor.

Cuando ensilla un zaino oscuro,—cuyas ancas han sentido
El crujir de los tableados voladones de un vestido,
Y se ajusta á la cintura su floreado chiripá,

Vibra en todas las guitarras el estilo más campero,
Y no hay rancho que no brinde la tibieza de su alero
Á este resto de una raza generosa que se va.

Mañana, cuando cualquier artista se proponga representar al antiguo gaucho, estamos seguros que ha de encontrar en las composiciones poéticas de Giménez más de un tema interesante, y lo que es más apreciable aún, el gesto auténtico, el matiz, el perfil y el dato inapreciable por su rara fidelidad.

Porque sobre todas sus cualidades de escritor prima un anhelo perenne por reflejar la verdad; sus gauchos y chinas tienen la sangre brava y el aire brusco y huraño, no salen de su pluma embellecidos y acicalados con ese lamentable disfraz de los paisanos de pacotilla que cruzan arrastrando espuelas de latón en las mascaradas carnavalescas; sus figuras han sido talladas con talento en el áspero escenario, á la luz del sol con todo el brío y la alegría sana de las almas primitivas.

Su abolengo mental proviene, sin duda, de los maestros en el género — Hidalgo, Ascasubi, Del Campo y Hernández — por más que haya adoptado la rima noble del soneto que ninguno de sus predecesores usaron, prefiriendo otros metros de forma popular; pero la emoción ante la naturaleza, el afán de verismo para fijar con relieve perdurable los rasgos de nuestros campesinos,

es ideal y bandera común para todos ellos, y esa es precisamente la parte más meritoria de su obra, la digna de imitación y alabanza.

A medida que nos alejamos de los antiguos cuadros de la vida libre de los campos, en que las cosas de ayer ya nos parecen lejanas—tan rápida ha sido la transformación—cobran mayor valor los trabajos literarios, como el del autor que nos ocupa, porque se orientan en un propósito útil y placentero, con la evocacíón de los tiempos que pasaron.

Los cultores de las tradiciones criollas abundan; han invadido las revistas, el diario, el libro y el escenario del teatro. Pero, es doloroso reconocerlo y hay que tener el coraje de decirlo: cuánta hojarasca inútil y dañina para encontrar un sólo grano de trigo!..

.Por eso, cuando la suerte nos depara la fortuna de descubrir al canoro boyero en medio de la algarabía de los gorriones advenedizos que han asaltado el campo de las letras nacionales, sentimos la irresistible necesidad de señalarlo como un ejemplo á los que sin preparación ni sentimiento artístico, pretenden hacer arte nacional manoseando la ya esquilmada figura del pobre gaucho...

Giménez es un escritor genuino de la tierra. Tiene las galas y el prestigio que da el conocimiento profundo del alma campesina; sabe ver

y fijar como pocos con pincelada segura un rasgo del perfil humano: un retazo del suelo natal.

Necesita, sin embargo, perfeccionar aún su técnica que se resiente de frecuentes repeticiones de lenguaje y del empleo de las mismas imágenes, lo que quizá sólo acuse descuido, puesto que á menudo su verso luce con la frescura y el donaire de una inspiración fuerte y original.

No debe olvidar el precepto clásico, ya que tiene un tesoro de emoción en el alma y está destinado á destacar su nombre. Hay que crear y estacionar el producto, leer de nuevo, corregir y volver otra vez á la tarea con esa severa disciplina mental que hace intensa, pulcra y transparente la creación poética, hasta que el autor, sin envanecimiento ni falsa modestia, naturalmente, pueda decir: he aquí una obra de verdad.

1907.

Lauracha



LAURACHA

Á SU AUTOR.

Solicita Vd. amablemente mi franca opinión sobre su novela *Lauracha* (1), y para complacerlo no incurriré en el difundido error de aplaudir sin mesura porque se trata de un libro nuestro, que alguna vez señaló Paul Groussac.

Procuraré, al contrario, ser muy franco, como Vd. lo desea, al expresarle mi pensamiento sin atenuaciones, porque su temperamento de escritor anheloso de triunfos no es de los que se marean con el aplauso banal, carente de sinceridad, ni la altivez de su inteligencia ha menester de muletas prestadas para marchar.

He leído su libro de un tirón, con interés, y desde luego aplaudo sin reservas mentales la tentativa de hacer obra literaria con asuntos de am-

(1) Otto Miguel Cione, *Lauracha*—la vida en la estancia, Buenos Aires, 1906.

biente genuinamente nacional; porque es sentir arraigado en mi sér que ese es el rumbo hacia donde debemos dirigir la mirada si pretendemos crear obras originales y duraderas.

Ya lo dijo el autorizado crítico español Menéndez y Pelayo en su *Antología de escritores hispano-americanos,* al señalar como las obras más originales de nuestra literatura las de la poesía gauchesca.

Yo voy más allá, porque creo que dentro de los horizontes del territorio ríoplatense,—tan variados en sus características regionales,—caben todas las manifestaciones del arte.

Pero si bien la orientación es buena, la novela resulta, á mi modo de ver, deficiente y desiquilibrada en ciertos pasajes por falta de conocimiento del medio descripto y por el ligero estudio de los rústicos protagonistas, cuyas pasiones agita Vd. en el agreste escenario sin haberse compenetrado de las intimidades del alma tenebrosa y compleja del gaucho.

Hay detalles en el libro que acusan un total desconocimiento de los usos y costumbres camperas, que ha sido, sin embargo, su principal preocupación, como lo indica el subtítulo — la vida en la estancia—lo cual le obligaba á darnos cuadros sentidos con todo el rudo y fuerte sabor de esas escenas del pasado.

Y para demostrarle el interés con que lo he leído, copio algunas de las anotaciones marginales que fuí trazando con el espíritu de un criollo

que se regocija ante estas descripciones que despiertan las dulces añoranzas del pago lejano...

Así la atada de la yegua madrina con su cencerro entre los caballos que arrastran la pesada galera, por ejemplo, y en la cual se me antoja que confunde el ruido de los cascabeles de las colleras de las cabalgaduras con el repiqueteo del cencerro de la madrina. O la parada de rodeo «de la novillada para recibir la señal que indica el paso de la adolescencia á la edad viril».

Lo que se marca en tales casos no son novillos, sino terneros, y no de la manera con que la describe hasta producirles «una llaga obscura, sanguinolenta». La sangre que se ve asomar en las faenas de la hierra es la de la señal de las orejas ó de los terneros castrados que, cabalmente desde aquel momento pasan á ser novillos. Y no me arguya que el diccionario de la academia denomina novillo al toro ó buey nuevo y más particularmente al que no está sujeto á yugo, porque la acepción ríoplatense de ese vocablo significa todo lo contrario de toro, y usted describe un cuadro de nuestras antiguas estancias.

Los baguales tampoco andan en «tropillas», sino en las manadas de yeguas chúcaras; tropilla es un grupo de caballos mansos que siguen á la yegua madrina que los aquerenció, según lo enseñan desde antigua data los escritores coloniales como Azara, entre otros, que trae una exacta descripción sobre la manera de arrocinar los caballos y entropillarlos.

La escena de la domada--tantas veces descripta por nuestros escritores costumbristas — y en la cual ha procurado dar su nota personal, contiene este detalle falso: al jinete que acompaña al domador no se le denomina «ladero», sino «apadrinador», porque con los movimientos del caballo manso que monta guía, apadrina, ayuda á educar al fogoso bruto. Ladero es el mancarrón que se ata del lado de fuera en las varas del carro y de las yuntas de tiro en las galeras y que no monta ningún jinete. Ni en yegua ni en ladero jamás se vió á un criollo verdadero,— dice un refrán campesino de mi tierra.

En la pelea del velorio de un angelito, hay una vieja que invita «á rezar por el paisano que ha caído en su ley». Y todo por un tajo que marcó con indeleble barbijo el rostro de uno de los combatientes. Nó. Se ora por el ánima de los difuntos, por el que ha «cáido en su láy», pero por una cuchillada más ó menos profunda no se incomoda á los santos...

Pero estos menudos reparos que pasarán inadvertidos para la gran mayoría de los lectores, puesto que solo disuenan á los entendidos, no amengüan la tonalidad del cuadro que en ciertos momentos es exacta y llena de vigor, sobre todo en la pintura de los panoramas campestres, como aquella del amanecer y la del paisaje circundante de la estancia de Mornins, una de las más hermosas páginas del libro. Hay allí todo un escritor abundoso y colorista.

Cuando su espirítu desvinculado de prejuicios se entrega libremente á pintar ó á describir la naturaleza, logra sin esfuerzo el propósito y nos da la sensación artística de la realidad. El cuadro de las carreras tiene gran vigor de expresión; y, aquel otro del toro solitario y enfermo, del toro «abichao» que va por los campos estremeciendo las soledades con los bramidos de su cólera y su dolor, es realmente muy hermoso.

¡Si así se mantuviera siempre! Si la descripción serena y artística del paisaje comarcano con frescores y perfumes de nuestra naturaleza, que logró fijar el autor en más de un pasaje, no tuviera como reverso las exuberancias de color en las figuras, algunas, sin embargo, admirablemente dibujadas con trazo viviente como aquella de doña Bárbara, la china cínica de vientre prolífico que dice con tanto desenfado que ya ha perdido la cuenta de sus maridos de ocasión...

Si el diálogo vivaz y picaresco que esmaltan retruécanos ocurrentes, de genuino sabor criollo, no descendiera con harta frecuencia como una obsesión á la intención soez y descomedida, hasta cuando se trata de la hermosa y varoníl Lauracha, la valerosa patroncita que sabe voltear chimangos al vuelo con un tiro de revólver y que tiene además para guardarle la espalda un hermano como aquel locazo de Alberto, que se impone abriéndose cancha á golpes de rebenque.

Nó. El paisano es rudo y grosero en el decir, pero es sensible á la belleza de la mujer que admira, y aunque encele sus instintos, no los expresará con la palabrota brutal que el autor ha extraído del bajo fondo del suburbio, del léxico canallesco del compadrito orillero, y es bueno dejar constancia de que gaucho y compadre son dos entidades étnicas muy diferentes.

Si un exagerado afán de crudo verismo no arrastrara á Cárlos, el voluble seductor de Lau-racha, — especie de amazona selvática, locuela adorable, histérica y romántica que sueña con los palacios encantados de los remansos,—á la innecesaria confidencia para contar su aventura amorosa puntualizando hasta el nímio detalle.

Si todo eso que, evidentemente, está demás, lo hubiera borrado de una plumada, señor Cione, la novela ganaría en gracia y en interés, porque hay en Vd. cualidades sobresalientes de narrador, con aguzado sentido de observación para percibir y pintar las bellezas de la tierra, pero al cual las influencias de una determinada escuela á que quiso subordinarlas le impidieron desarrollarlas libremente y lucir todas sus galas.

Sin rumbo de Cambacèrés ó *Gaucha* de Viana son dos novelas de crudo naturalismo; pero cuánta belleza fuerte y genuinamente americana brota de sus admirables páginas,—que no recomendaríamos á lectoras timoratas—pero que constituirán el encanto de cuantos quieran sentir palpitaciones de la vida libre de la pampa ó de nuestros bosques.

Se me contestará quizá de que existen tilingos como el protagonista Carlos. No lo negaré, pero ha de reconocerse tambien que un Don Juan de esa laya no era el hombre capaz de rendir un temperamento avasallador como el de Lauracha, que juega con él y lo domina, como á los briosos caballos que monta, con sólo un oportuno tirón de riendas. Aquella primera cita en la reja de su ventana así lo demuestra.

Dada la naturaleza indiscutiblemente superior de Lauracha y sus deliquios románticos que piden al amor la esencia pura del amor; ante la cordura de esa heroina montaraz que discurre como una mujer formal con la dolorosa experiencia de sus cinco hermanas casadas, con todo lo que ha visto en las vulgares escenas de los libres amoríos de los ranchos del pago; no se explica su repentina caída, sin resistencias, sin que nada la empujara á caer, á dejarse tomar como una sabrosa fruta de los montes por el primer venido...

Esa extraña mujer, original y extraordinaria, que con tanto cariño nos presenta Vd., señor Cione, entre los arreboles de uno de esos admirables crepúsculos del atardecer, rindiendo á sus pies al presuntuoso adorador con una sola mirada de reina, no debía, no podía caer á semejanza de una campusa cualquiera!

Es demasiado brusca la transición para que el benévolo lector acepte semejante desenlace de aquel tierno y romántico idilio. O el autor ha

exagerado la selección de la mujer espiritual, toda gracia y armonía, ó ha recargado las sombras en el bosquejo de la hembra carnal; y del desequilibrio de dos estados psicológicos tan diversos dentro del mismo sér, de ese violento choque de colores antagónicos en la pintura de un solo personaje, ha resultado fatalmente un tipo extraño é irreal, simple creación de la fantasía, por más que el autor enamorado de su quimera se afanara por inyectarle vida, sangre ardorosa, pasiones quemantes é insaciados anhelos de bajo sensualismo...

Talvez más de un lector encuentre excesiva esta manera de aquilatar los méritos de una obra literaria. No es así, sin embargo, porque entiendo que la tarea del crítico no consiste exclusivamente en adjudicar premios ó azotes al autor. Además, son conocidas mis predilecciones por esta clase de producciones, y el señor Cione debió ser el primer convencido de que el asunto iba á interesarme al solicitar que le expresara con absoluta franqueza mi opinión sobre su novela.

He cumplido la tarea sintiendo no haber podido ser totalmente amable con un escritor que mucho estimo, pero creo que no se tildará de injusta y apasionada la crítica. Podrá ser errónea pero no carece seguramente de serena sinceridad.

Cuando un escritor joven, que ha dado ya al libro y al teatro producciones de mérito, se nos presenta con una nueva obra, los que aplaudimos las primeras, los que como yo contribuyeron á

su triunfo — como ocurrió con su novela *Maula,* premiada por un jurado del cual tuve el honor de formar parte — tenemos el derecho de exigirle que esa obra sea, sino mejor, por lo menos de mérito igual á las anteriores.

El señor Cione pertenece al grupo de los valerosos, de los que bregan por crear la obra regional de cuño inconfundible. Tiene, sin duda, la forma colorida y bella, pero ha olvidado que sólo es perdurable la expresión del sentimiento humano cuando entierra sus raíces en la verdad. En sus manos está el contribuir eficazmente á la realización de tan loable idea, y no dudamos que lo conseguirá muy pronto con el estudio reposado y la práctica de su arte, porque aduna al entusiasmo ardoroso de la juventud los acicates de la emulación para triunfar.

La expontaneidad es atrayente pero engañosa como una sirena...

Dos libros coloniales



DOS LIBROS COLONIALES

CONCOLORCORVO Y ARAUJO (1)

I

EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES

Incorpora á su biblioteca con el presente volumen, la Junta de Historia y Numismática Americana, dos de las obras más raras y curiosas de la literatura colonial; dos libros de sabor y color trasañejo, de esos que constituyen el encanto de los verdaderos bibliófilos.

El *Lazarrillo de ciegos caminantes*, del cuzqueño Bustamante, alias Concolorcorvo, y la *Guía de forasteros del virreinato de Buenos Aires*, del

(1) Estas páginas sirvieron de introducción al *Lazarillo de ciegos caminantes* y á la *Guía de forasteros del virreinato de Buenos Aires*, que bajo mi dirección se reimprimieron en el volúmen IV de la biblioteca de la Junta de Historia y Numismática Americana.—Buenos Aires, 1908, en 8º, ilustrado: XXII + 566 páginas.

porteño Araujo, son, en efecto, libros rarísimos desaparecidos hace ya muchos años del comercio en las librerías de viejo — conociéndose apenas en la actualidad uno que otro ejemplar trunco ó deteriorado por la polilla — y en los que, al interés substancial de su contenido se auna el atractivo peculiar de ser productos de nuestras primitivas imprentas—por lo menos el segundo, que lleva el cuño de la real imprenta de los Niños Expósitos, fundada por el virrey Vértiz — pues, en cuanto al *Lazarillo*, si bien aparece impreso en Gijón, es opinión corriente entre los americanistas como Mitre, René-Moreno, Brunet y Ballivian y Roxas, que sin duda se trata de una estampa clandestina hecha en Lima.

Autoriza tal suposición la pobreza de su factura, el tipo empleado y la forma de paginación sin números, así como la falta de un índice y, finalmente, ese pie de imprenta «La Rovada» que parece estar denunciando la incontenida travesura del socarrón autor, al pretender hacer pasar por liebre auténtica de Asturias su modesto ckoy limeño. . .

Este espíritu chancero del cholo burlón, que empieza por mofarse de la autenticidad de su origen, de su raza, de su familia—¡oh! aquellas pobres primitas collas vírgenes de un convento del Cuzco—hasta de su propia madre; ha irritado la crítica de sus paisanos, como le ocurrió al general Mendiburu en el *Diccionario histórico-biográfico* y á Ricardo Palma en las *Tradiciones*

peruanas, por más que espiga no pocos datos curiosos en los ricos trojes del «desvergonzado librejo»; y de ahí que no se hayan apercibido del positivo interés informativo condensado en forma de copiosas noticias, dichos y anécdotas picantes, pinturas y descripciones de tipos y costumbres características que matizan el largo y á las veces aburridor itinerario, comenzado en Montevideo para ir á rematar en Lima; á través de tan variadas regiones de las cuales va anotando al pasar las peculiaridades más pintorescas, con el ánimo despreocupado y el gracejo zumbón que mueve su pluma bajo el lema latino que le sirve de guía: *canendo et ludendo refero vera...*

Genio difuso se llama alguna vez al autor, aludiendo talvez á la escueta materia informativa, objeto capital del libro, y á su mediana habilidad de escritor; sin embargo, á pesar de no ser más que la crónica del viaje realizado á paso de mula, en compañía del visitador Lavandera, para el establecimiento de correos, postas y estafetas, el libro no resulta seco, desabrido é indigesto, ni se cae de las manos; por el contrario, no carece de imaginación ni vivacidad en la descripción de ciudades ni en la narración de las peripecias del itinerario por las pampas desiertas, los bosques densos del Tucumán ó los senderos abruptos de la montaña altoperuana; el estilo machacante y con cierta redundancia prolija de detalles, se aliviana al pronto y cobra vivo donaire dándole ocasión para fijar en forma instructiva y amena

cuadros de costumbres y perfiles de tipos de las diversas regiones recorridas, que sólo en esta obra pueden encontrarse.

Así la descripción de los lentos viajes en las carretas tucumanas, las penosas travesías por el desierto, la doma y el comercio de mulas y el laboreo de las minas en Potosí; así la pintura de la vida sencilla y apacible de las aldeas como Buenos Aires, Córdoba, Salta y Tucumán, que vegetaban en la monótona vida de la colonia, resultan realmente de mucho interés para quien investigue con amor esos viejos cuadros de nuestro pasado y los compare con los progresos del presente.

Tal ocurre pensar comparando el desarrollo prodigioso de la opulenta metrópoli del Buenos Aires actual, con aquel humilde rancherío de 400 casas de un sólo piso, construidas en barro y techadas con cañas y paja que encontró á fines de 1657 Ascarate du Biscay (1), y la villa de 22.000 habitantes que un siglo después nos pinta el *Lazarillo* con tan vivaz é ingenuo colorido.

Las irreverencias de lenguaje que matizan el Prólogo—quizá pretendiendo imitar el estilo agudísimo y mordaz del gran Quevedo, á quien cita alguna vez,—se tornan, pues, en pecados veniales ante el valimiento de sus curiosísimas informaciones sobre cosas y lugares de la época colo-

(1) A relatión of Mons. ASCARATE DU BISCAY'S, voyage up the River de la Plata, and from thence by land to Perú, an his observations in it.—London, 1698.

nial, las cuales á medida que transcurren los años aquilatan su positivo valer.

Y si de las villas embrionarias pasamos á los campos, encuéntrase en este autor la más antigua y exacta pintura de un interesante tipo étnico, original de las campiñas rioplatenses: el gauderio ó changador de ganados que dió nacimiento á nuestro incomparable é inconfundible gaucho.

La sabrosa y colorida descripción de los gauderios holgazanes, que Concolorcorvo nos presenta de cuerpo entero, vagabundeando en los campos de las cercanías de Montevideo, que repite y ahonda con nuevos detalles, pintándolos en sus ranchos y ramadas entre los bosques del Tucumán, ha quedado fijada con relieve imperecedero en las páginas del *Lazarillo*, para pasar más tarde á las del *Viajero universal*, del presbítero don Pedro Estala—sin mencionarse por cierto al primitivo observador—siendo finalmente aceptada sin beneficio de inventario por uno de los escritores contemporáneos que con mayor extensión se han ocupado del lenguaje y costumbres del primitivo morador de nuestros campos (1).

A todos los que se interesan por curiosear los orígenes de esa garbosa figura ya ida para no volver, les será agradable verla surgir de las páginas de este libro con su aire huraño y el decir pintoresco, vistiendo las prendas de su indumentaria original y con sus hábitos más característicos,

(1) Daniel Granada, *Vocabulario rioplatense razonado*, p. 225. Conf. P. Groussac, *Anales de la Biblioteca*. t. I, p. 406.

en medio del escenario agreste que fué teatro de sus libres correrías y de sus instintos primitivos por la libertad de su país.

Y no se dirá que mi franco cariño por las cosas del terruño acrecienta el valor de esta obra; puedo ofrecer en apoyo de lo que anteriormente afirmo un testimonio respetable. En el ejemplar del *Lazarillo* de la biblioteca del general Mitre existe una nota de puño y letra del eminente americanista en la cual sintetiza su juicio de la manera siguiente:

«Aunque este curioso y rarísimo libro se dice impreso en Gijón con licencia, ésta no aparece en él, y se cree generalmente que lo fué en Lima, donde evidentemente se escribió por persona erudita y conocedora de las costumbres de la América española. Del título de Inca que se da el autor y que algunos han tomado á lo serio, se burla él mismo en el Prológo diciendo: «Los cholos respetamos á los españoles como á hijos del Sol, y así no tengo valor (aunque descendiente de sangre Real por línea tan recta como la del Arco Iris) á tratar á mis lectores con la llaneza que acostumbran los más despreciables escribientes». Esto mismo hace dudar si es realmente un indio como cree Brunet (1) el que escribe, pues dice más adelante: «Yo soy indio neto, salvo las trampas de mi madre, de que no salgo por fiador». Y respecto del nombre que se da, dice: «Los

(1) Jacques Charles Brunet, *Manuel du libraire et de l'amateur des livres,* t. I, p. 1426.

moros tienen color ceniciento y Vdes. (los indios) de ala de cuervo. Por eso mismo me puse el nombre de *Concolorcorvo.*» En seguida se burla amargamente de sus pretendidos antepasados.

«Cualquiera que sea su autor, el viaje es real y contiene datos y noticias preciosas que sólo en esta obra pueden encontrarse.

«El viajero estuvo en Montevideo y en Buenos Aires en 1749 (1), de cuyo estado, costumbres y habitantes da muchos pormenores. La obra está salpicada de críticas y anécdotas chistosas, y al llegar al Cuzco intercala cuatro disertaciones en forma de discursos dialogados entre el autor y el visitador, sobre la condición de los indios, de cuyo carácter se hace una tristísima pintura, otra prueba más de que no pertenecía á su raza».

Coincide en un todo con este autorizado juicio el erudito René-Moreno en sus *Notas históricas y bibliográficas sobre Bolivia y el Perú*, para quien el libro «es una paleta riquísima de colores y matices que servirán para iluminar la historia», y en cuanto al despejado autor lo cree de orígen mestizo ó cholo, como se dice en la lengua familiar del Perú, sin agregar una palabra más respecto del lugar y año del nacimiento, que permanecen aún en el misterio, pues sólo sabemos lo que él mismo nos cuenta en varios pasajes: que es indio natural del Cuzco...

(1) Consta en el capítulo II que el autor estuvo en Buenos Aires dos veces, en 1749 y 1770 por el estado de población de la ciudad que intercala en la obra.

Y tal vez sea mejor así, porque todo eso aumenta el incentivo del precioso libro, que desde hoy entra de nuevo á la circulación intelectual vestido con elegante ropaje, pero conservando íntegro su arcaico sabor, porque la reimpresión se ha verificado cuidadosamente, sin quitar ni añadir una sola palabra, salvo las exigencias de la moderna ortografía, que no lo diferencia mayormente del estilo original con que apareció en 1773, como puede verse cotejando la reproducción facsímilar de la portada y primera página del texto. Igual cosa puede decirse de la división en capítulos y los breves sumarios que los preceden, así como del índice de materias, que reputamos absolutamente necesarios para facilitar al lector la busca de sus interesantes informaciones.

Con idéntico propósito intercalamos varias ilustraciones escogidas en las mejores fuentes, á fin de completar con demostraciones gráficas, más ó menos de la época, los asuntos que el autor describió en páginas hasta hoy casi desconocidas para la generalidad.

A manera de nota final presentamos la descripción del raro libro que nos sirvió para esta reimpresión. Lo forma un pequeño volumen en 8º de 128 por 76 milímetros, con 496 páginas, más un estado de la población de Buenos Aires. El ejemplar, impreso en papel de hilo, tiene los márgenes muy recortados, como el del Museo Mitre y el que perteneció á la biblioteca de don Andrés Lamas. Consta de 248 hojas, impresas por ambos

lados, sin contar la portada, pero incluidas las 14 primeras del Prólogo y dedicatoria. Al pie de la hoja 248 se encuentra la palabra «Fín». No contiene índice, lo que también se observa en los ejemplares de Mitre y Lamas y en el descripto por René-Moreno en su catálogo bibliográfico del Perú y Bolivia, lo cual demuestra que nunca se imprimió.

II

LA GUÍA DE FORASTEROS

No menos rara y curiosa que el *Lazarillo*—á pesar de ser más moderna su impresión y de haberse editado en esta ciudad,—pero con igual importancia histórica y bibliográfica, por las numerosas noticias y datos que brinda al investigador de los orígenes nacionales, es la *Guía de forasteros del Virreinato de Buenos Aires*, publicada el año 1803 en la real imprenta de los Niños Expósitos.

Y si bien es cierto que en la portada se dice que fué dispuesta con permiso del superior gobierno por el señor visitador general de la real hacienda don Diego de la Vega, consta en el texto que es su compositor el oficial de contaduría don José Joaquín de Araujo, uno de los escritores criollos de la colonia más versados en la historia

del país, según lo comprueban sus colaboraciones en el *Telégrafo Mercantil*, de Cabello, y un erudito examen crítico sobre la primera fundación de Buenos Aires, que está reproducido en el tomo único de la Biblioteca de la *Revista de Buenos Aires*, y el cual cita con encomio Dominguez en su *Historia Argentina*.

En los tomos IV y XXIII de la revista mencionada se registran también varios trabajos del distinguido escritor investigando el origen de algunos pueblos de su provincia natal y de las ciudades de Santiago del Estero, Tucumán y San Juan, así como una serie muy interesante de apuntamientos de la jurisdicción de los curatos en la metrópoli, los cuales destinaba para una segunda edición de su *Guía* cuando le sorprendió la muerte, á los 73 años, en esta ciudad el día 10 de Mayo de 1835.

Respecto de la fecha precisa del deceso, hay alguna divergencia entre los que se han ocupado de Araujo. Así don Juan María Gutiérrez dice que falleció en Buenos Aires el 10 de Mayo de 1834 (*Revista de Buenos Aires*, tomo IX, p. 472) y don Vicente G. Quesada da el 10 de Mayo de 1835 (*Revista* cit., tomo IV, p. 531). El *Diccionario biográfico argentino*, de Molina Arrotea, García y Casabal, indica el 18 de Mayo de 1834, las *Efemérides Americanas*, de Rivas, dan también esta última fecha. En cambio don Angel Justiniano Carranza—á quien perteneció el magnífico ejemplar de que nos servimos para esta reim-

presión—ha consignado en una nota: «El compositor de esta *Guía* falleció en Buenos Aires el 9 de Mayo de 1835.» Hemos adoptado la fecha indicada por Quesada, por ser la verdadera, según constancias del expediente testamentario de Araujo, que puede verse en el legajo 124 del índice general del Archivo de los Tribunales.

Penetrados de la importancia de esta obra, que los amantes de la historia patria consultarán siempre con sumo interés, por los datos y noticias en ella contenidos—y de la cual existen contados ejemplares—los señores Félix F. Outes y Luís María Torres emprendieron hace algunos años su reimpresión en la revista *Historia*, pero desgraciadamente la publicación no pasó de la página 47.

Se satisface entonces una aspiración de largo tiempo sentida al exhumar hoy un libro de forma modesta—como su autor que lo publicó sin dar su nombre—pero rico en informaciones históricas, y del cual ha hecho don Juan María Gutiérrez el honroso elogio á que es forzoso referirse, no sólo por la indiscutida autoridad de su palabra en estas materias, sino también porque muy poco nuevo podría agregarse á la breve biografía de un escritor, cuya modestia le hizo publicar todos sus trabajos bajo el anónimo, habiéndose extraviado además la colección de papeles sobre las invasiones inglesas y otros acontecimientos importantes del país que, en su afición por los estudios históricos había ido atesorando

Araujo con esa meritísima labor benedictina de los papelistas de antaño, que á manera de inextinguible lámpara ha de guiarnos en las investigaciones de la oculta verdad.

«Las primeras guías del virreinato — dice Gutiérrez — aparecieron en los años 1792 y 1793, estando á su cabeza el teniente general don Nicolás Arredondo (1). Pero estas guías, aunque contienen algunos datos históricos y estadísticos de mucho interés, no manifiestan en general otro propósito que el de dar á conocer los nombres y los títulos del personal administrativo. La de Araujo abraza un plan más vasto, presentando en cuadros reducidos, pero exactos y bien hechos, la historia general del país, la biografía de sus gobernantes en lo político y eclesiástico, y los orígenes de las instituciones, establecimientos públicos, etc., creados y existentes en toda la extensión del virreinato.

(1) Investigaciones posteriores demuestran que la afirmación del distinguido escritor no es exacta. Once años antes apareció la *Guía de forasteros para este Virreinato*, por la imprenta de los Niños Expósitos—Año 1781 — de la cual sólo hemos visto la carátula, dice Zinny (*Bibliografía histórica del Río de la Plata*, nº V, p. 7); y José Toribio Medina refiriéndose á ella, añade: «Consta que la tirada fué cuando menos de 360 ejemplares». (*Historia de la imprenta en Buenos Aires*, nº 9, p. 8). El mismo autor menciona otra *Guía de forasteros para la ciudad y Virreinato* del año 1782. (Obra cit., núm. 29, p. 21).

¿Sería Araujo el autor de estas *Guías*?... Desde luego el título idéntico, la forma y su muerte á los 73 años en 1835, autorizan tal suposición. Habiendo nacido á principios de 1762, y siendo empleado de la administración desde 1779 — según afirma Quesada (*Revista de Buenos Aires*, t. IV, p. 528) — bien pudo escribir á los diez y nueve años las sencillas *Guías* de 1781-82, que amplió considerablemente después en la de 1803.

«La breve noticia de la fundación del gobierno del Río de la Plata, con que se encabeza este libro y en la cual se resumieron por primera vez los hechos gloriosos de la ciudad reedificada por Garay, produjo gran sensación y contribuyó eficazmente, según el testimonio de Nuñez, en las *Noticias históricas* (página 39) á exaltar el pundonor de los hijos del país cuando se vieron en el caso de defenderse contra las invasiones británicas.

«Esta guía se divide naturalmente en tres grandes secciones, á saber: estado político, estado eclesiástico, estado militar; y en cada una de ellas se encuentran noticias curiosas acerca de la historia de las ciudades, pueblos, establecimientos públicos y estadísticas en general. Es el cuadro más completo, aunque sucinto, que puede consultarse para formar idea de la extensión, población, sistema administrativo y comercio del virreinato del Río de la Plata en el último período de su existencia.

«Don José Joaquín de Araujo, hijo de Buenos Aires, frecuentó los *Estudios públicos* hasta concluir el curso de filosofía bajo la dirección del maestro don V. Juanzaraz. Un acto de injusticia (según él mismo lo refiere al deán Funes en carta inédita de 26 de Junio de 1802 que tenemos á la vista) cometida por el cancelario Maciel, lo indujo á abandonar las escuelas y á entregarse á los placeres de la sociedad — cambio de vida que pagó con los dolores de una penosa enfermedad de cinco años. Durante ella «abrió los

ojos á la luz de la razón y conoció sus desvaríos y recordó que Plinio había dicho que el estudio era la mejor diversión, el consuelo más eficaz y la ocupación que hacía llevaderos los males de la existencia con menos amargura».

«En mérito de estas reflexiones volvió á renacer en el señor Araujo su antigua aplicación á las letras, á las cuales consagró en el resto de la vida los cortos ratos que sus tareas de oficina le dejaban desocupado. Su carrera fué la de los empleos. En 1793 le encontramos de escribiente de la Tesorería y de oficial de la misma en 1803. En la época de la reforma desempeñaba el empleo de Ministro Tesorero, con el sueldo de tres mil pesos anuales.

«Araujo era uno de los hombres de su tiempo que más conocían la historia del país, como lo muestran la *Guía* de 1803, y varios escritos que dió á luz en el *Telégrafo* y en hojas sueltas, bajo la firma de *Un Patriota*, unas veces, y otras de *Un Patricio.* El deán Funes, en la página VII del prólogo de su *Ensayo*, dando gracias al señor Araujo por los servicios que le había prestado en la redacción de su trabajo histórico confirma lo que acabamos de decir con las siguientes expresiones: «Debo también no pequeños servicios á don José Joaquín de Araujo, ministro general de las cajas de Buenos Aires, cuyo gusto por las antigüedades de estas provincias y sus noticias históricas, no es desconocido entre nosotros después que le debemos la *Guía de forasteros*

correspondiente al año 1803, y algunas otras producciones suyas».

«El señor Araujo falleció en Buenos Aires el 10 de Mayo de 1834 (1), año en que debía aparecer una nueva *Guía de forasteros de la provincia de Buenos Aires*, que tenía preparada con mucho esmero y cuyo programa de materias se publicó en los periódicos del año 1833. Este hombre laborioso dejó una copiosa librería, una colección notable de objetos de historia natural, un monetario abundante en medallas y piezas raras, especialmante americanas, y preciosos manuscritos, originales y de su pluma unos, y otros copias de documentos históricos hasta entonces no publicados por la prensa» (2).

La misma índole de la obra, en que la brevedad sumaria de la información obligaba al escritor á ser conciso, vedándole entrar en mayores disgresiones, hace que sus noticias sean por lo general sucintas, pero siempre interesantes y curiosas, notándose que Araujo las tomó de las mejores fuentes con escrupulosa prolijidad, guiado por ese espíritu paciente y sagaz que es el rasgo característico de su personalidad literaria.

(1) El 10 de Mayo de 1835 es la fecha exacta que da la partida de défunción anotada en el libro 3° de defunciones de personas blancas al folio 210 vuelta de la parroquia de San Ignacio, suscrita por el presbítero don Felipe Elortondo y Palacio. En la iglesia de la Merced al folio 81 del libro 12 de bautismos, consta que nació el 7 de Enero de 1762, siendo bautizado el 16 del mismo mes y año por el Dr. D. Miguel de Leyva.

(2) Juan María Gutiérrez, *Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires*, n° 116, p. 150; en 8°, Buenos Aires. 1866.

Al revisar hoy esas viejas páginas que la injuria de los años ha hecho palidecer, se admira toda la suma de labor realizada para juntar y ordenar con tan encomiable diligencia el material disperso, inédito ó escondido entre la balumba de los polvorientos mamotretos coloniales... Tal es para nosotros el principal mérito de esta obra de ordenación histórica y cronológica, que ha quedado como la producción única en su género de la época del virreinato.

Por eso creimos oportuno reunir en un apéndice de la nueva edición de la *Guía* los fragmentos de los trabajos históricos del señor Araujo, sobre la fundación de esta ciudad y de algunos pueblos y curatos de Buenos Aires y de otras provincias, pues, aunque inconexos, incompletos y hasta erróneos en algunos pasajes, á la luz de la copiosa documentación moderna, no carecen de interés y sirven para completar la bibliografía del autor. Estos materiales debían formar parte de la *Guía* anunciada para 1834—que la muerte le impidió dar á luz—y aunque ya fueron publicados en la *Revista de Buenos Aires* — ahora treinta años— se trata igualmente de una obra que empieza á ser escasa y no está por tanto al alcance de los estudiosos de las nuevas generaciones, á quienes ha de ser grato, sin duda, encontrarlos aquí reunidos en este volúmen, evocador de los orígenes del pasado argentino.

Cuadros de antaño



CUADROS DE ANTAÑO

LA CARRERA

I

Bajo el título de *La Carrera* llega á mis manos una poesía con acusado ambiente nuestro de la cual es autor el estimable escritor uruguayo don Pedro Erasmo Callorda.

La he leído con mucho agrado reconstruyendo con la imaginación viejos cuadros de un pasado á que siempre vuelvo placentero el pensamiento. El amor á la querencia!—diría un criollo y es la verdad. Todas estas producciones que tienen el prestigioso aroma de las evocaciones lejanas, — por más vago que sea su perfume y á pesar de los naturales defectos cuando no se trata de una obra de impresión directa, — despiertan de improviso mi espíritu para llevarlo allá, lejos al

rinconcito de mi tierra donde cantan las nostalgías de la juventud y de la selva nativa...

Pero así como es grande é inalterada la pasión, es también celosa y exigente para no permitir que se adultere ó pervierta la añejez de las tradiciones. Si es que merecen conservarse deben serlo íntegramente, de otro modo más valdría dejarlas reposar en el olvido. Así entendemos el apego misoneista, que no tiene nada de retardatorio en su mística reverencia hacia los queridos antañares, y no porque los supongamos mejores á otros cuadros y escenas de la hora presente, sino por ser genuinamente nuestros, porque tienen la substancia medular exenta de las impurezas de toda extraña mezcla y por eso las sentimos adheridas tan tenazmente á las fibras más secretas.

Tal es el criterio con que juzgamos siempre toda obra de asunto nacional—acertado ó erróneo pero sincero—porque alentamos la creencia de que sólo así, paso á paso, iremos trazando los liniamientos de la literatura del país, con asuntos y sentimientos que reflejen las características de cada región, sinceramente, con todas las brusquedades y asperezas de los rústicos protagonistas pero pintados con escrupulosa verdad. Lo demás es extraviar el criterio del lector dejándole una impresión de arte, que podrá resultar muy hermosa, pero que lleva en la entraña, como una herida oculta, la sentencia fatal que la condena á no sobrevivir...

Es lo que ha ocurrido ya con los escritores de la época romántica que pintaron al gaucho ríoplatense con luz artificial, sin observarlo en el pleno aire del escenario en que desarrolló sus instintos, y cuyas descripciones leemos hoy sin admiración ni entusiasmo porque no surge de esas páginas olvidadas ningún soplo de vida ni despiertan una sola emoción interna.

Entre el viejo Chano y el payador Contreras de Hidalgo—que vivirán eternamente—y el *Celiar* amanerado y romántico de Magariños Cervantes, por ejemplo, media un abismo.

¿Era sólo defecto de la escuela literaria? No. Es la falta de compenetración con el alma colectiva, con los sentires y la mentalidad de la época y con la acción que proyecta la obra á través de los tiempos.

Cabalmente el *Celiar* contiene una pálida descripción de una carrera á campo abierto, que más de una vez hemos oido citar con admiración. Pues bien, compárense los versos de ese flojo romance de corte y acento marcadamente español del autor de *Palmas y Ombúes*, con las cuartetas fáciles y pintorescas del escritor Callorda y se percibirá sin dificultad la diferencia.

La descripción del primero podría aplicarse á una puja de corredores chilenos ó mejicanos, con igual propiedad; mientras que la del segundo, con todas sus imperfecciones de detalle, resultará siempre un sabroso cuadrito de la tierra.

Nótese la diferencia. Dice Magariños en su mejor pasaje:

En medio del ruído,
Los potros ardientes
Con paso atrevido,
Ya van obedientes
Trotando á compás:
Así se acrecienta
Su ardor encubierto,
Y rápido aumenta
Una vez despierto
Al volver atrás.
. . . .
Su aérea carrera
La vista no alcanza,
Pues vence ligera
La lumbre que lanza
El rayo al pasar;
Pero con no humana
Rapidez gigante,
La meta cercana
Primero triunfante
Pisó Celiar!

Véase en cambio la pintura que el joven poeta nos ofrece del mismo asunto, y que transcribimos íntegra á fin de señalar los reparos marginales que fuimos anotando mientras saboreamos esta hermosa composición de típico sabor americano.

LA CARRERA

Va á empezar la carrera. Todo el gauchaje
En torno de las «sendas» se agolpa y mira,
El sol quiebra sus lampos en el «herraje»
Y un bochorno de fraguas la turba aspira.

De la brida florean los «parejeros»
Al ritmo perezoso de un paso lento,
Por el ambiente cruzan los teru-teros,
Y en los secos bajíos dormita el viento.

El gramilial rezonga como cigarra
Bajo el enorme peso de la pisada,
Los sones quejumbrosos de una guitarra
Vibran bajo la copa de una «enramada».

«Cara vuelta», los fletes encabritados,
Hacen latir con fuerza los corazones
De los gauchos que en fila, amontonados
Esperan la salida de los bridones.

Las «apuestas» se cruzan cual tiroteos,
Las «pullas» como insultos hirientes vibran,
Los corredores bailan en escarceos,
Y una fuerte «partida» valientes libran.

Los «redomones» tascan sonoros frenos,
Las golillas al viento brincan altivas,
Palidecen los rostros de angustias llenos
Y en las gargantas duermen ansias nativas.

La bandera está echada. Los corredores
Se acomodan las «vinchas» y se convidan,
Hacen trotar sus «fletes»;—y entre clamores
Con un «Vamos á un Vamos» su celo envidan.

«¡Se vinieron!» Un grito sólo se escucha;
Repiquetean los cascos y el rebenqueo,
Mientras dura el tiraje, dura la lucha,
Y las filas se mueven en culebreo.

«¡El malacara!». Gritan entusiasmados;
Que ha sido el que primero punteó en la «entrada»,
Estira cual bordona sus desgonzados
Remos que repercuten en la hondonada.

La «meta» la pasaron, y el vocerio
Se escucha de los gauchos alborozados,
Al triunfador lo escolta todo un gentío
Que le arroja vocablos almibados.

. . . .
. . . .

Después se oyen rasgueos en la «enramada»
Una virgen del «pago», de tez morena,
Al vencedor ofrenda con voz arpada:
¡Todo lo negro y dulce de su mirada!
¡Todo el amor gigante que la enajena!

II

En los *Cantos de la Tierra* de Cárlos Roxlo, existe también una hermosa poesía titulada «La Carrera», pintada á la luz de la tarde estival en una campestre pulpería, donde el gauchaje se agita bullanguero, mientras rueda la taba y circula el mate y gime una guitarra con arpegios de sabiá, y en la que una morocha encantadora tiene su mirada de pasión para el rústico cantor, que resulta el vencedor en la carrera.

Sin embargo, á pesar de esta semejanza de asunto y de ambiente; á pesar de la soberana armonía de las artísticas décimas de Roxlo que cantan al oído sus cláusulas sonoras, preferimos con todas sus deficiencias la primera composición porque nos dá una emoción más real.

Los versos de Roxlo podrían ser suscriptos por Nuñez de Arce, porque tienen su mismo acento y mucho sabor de la tierra española. En cambio las cuartetas de Callorda no pueden escribirse sino con la impresión directa y sentida del paisaje y del asunto regional. . .

Merece, pues, simpática acogida la tendencia en que este autor orienta su espíritu al demandar inspiración á los asuntos de la tierra, tan pintorescos y frescos siempre por su colorido original. Ásí entendemos que debe ser la poesía nacional; así se realiza con brillo y donaire como lo demuestra esta composición poética que tiene en sus estrofas sencillas y sugerentes el sabor y el aire de los paisajes comarcanos.

Quién haya visto alguna vez correr una carrera en nuestros campos,—exclamará de seguro al leer el sabroso cuadrito campestre:—Qué natural y verdadera es toda esa pintura!

Es así, en efecto, y en ello consiste su principal mérito. El lector siente, ve animarse la escena y pasar por el amplio retazo de pampa, un grupo bullanguero de gauchos con sus ariscos redomones que tascan el sonoro freno, tras los parejeros que van á correr la carrera, bajo la llamarada del sol que quiebra sus luces en la plata labrada de los lujosos herrajes.

El cuadro resulta completo, sin que falte un sólo detalle. El poeta ha tenido su hora feliz, pues, la esquiva musa lugareña—la morocha del pago, la de negras trenzas y dulce mirada — ha puesto en sus manos la encintada guitarra del payador para cantar un asunto nacional, criollo hasta la médula, y el cantor salió airoso de la prueba...

Sin embargo, así como es sincero y espontáneo el aplauso para señalar las bellezas que es-

maltan la composición; he de anotar con igual sinceridad algunos lunares que, en mi sentir, amenguan el conjunto de la obra.

Esa es la tarea de la crítica cuando se inspira en un propósito elevado. Ya lo dijo el autorizado La Harpe.—«La crítica tiene la doble misión de juzgar con imparcialidad, y de arrancar frutos provechosos á los escritores».

Ensayaremos brevemente,—ya que nos falta el tiempo, — después de indicar las indiscutibles bellezas, señalando de paso ciertos defectos á manera de «frutos provechosos» para el autor y para los escritores, que sin mayor preparación ó estudio del asunto acometen la descripción de los usos y costumbres de los antiguos cuadros de la vida campesina.

Me refiero especialmente al uso de ciertos vocablos del lenguaje campesino que el autor escribe entre comillas para destacarlos y con el propósito, sin duda, de dar mayor parecido y autenticidad á la escena.

Y bien; para cuantos sabemos de cosas criollas, les habrán resultados falsas las siguientes voces que el señor Callorda da como gauchescas, porque en realidad no lo son.

Así la palabra *enramada* — voz castiza y poética que el gaucho no empleó jamás—puesto que siempre llamó *ramada* al complemento de su rancho, formado como es sabido, con horcones y ramas. De ahí la voz *ramada* igualmente castiza, que se encuentra usada por los escritores de la

época colonial — Azara entre otros — y por los poetas gauchescos que podemos llamar clásicos en el género, como Ascasubí y Hernández.

Tampoco las carreras se corren en *sendas*, sinó en la cancha del andaribel, ó en el camino, ó á campo abierto si se quiere. La palabra senda trae la idea de algo tortuoso y estrecho, lugar inapropiado por lo tanto para desarrollar el juego libre de una carrera.

A el término del tiro ó distancia que se corre no se le denomina *meta*,—palabreja desconocida en el decir campero; — se le dice la *raya*, y de ahí rayero ó juez de raya, como se llama al encargado de decidir quien ha ganado la carrera en los casos dudosos.

Hacerle decir *meta* á un gaucho en vez de raya, es tan impropio como poner en su boca la palabra estadio por la cancha que le sirve para varear su parejero. Y sin embargo, ambas voces son castizas, pero absolutamente extrañas al lenguaje de nuestros paisanos; constituyendo por tanto su empleo una nota falsa que desentona por su clásica pulcritud, y quita sabor regional al asunto descripto.

Así el criollo Regules—que siente como pocos y sabe pintar esas cosas de la tierruca—al mencionar la destreza de dos corredores, no incurrirá en el error de emplear el vocablo meta, sino dirá con gracia y verdad, en una imágen imitativa del movimiento:

A la raya se han venido
Haciendo temblar el freno.

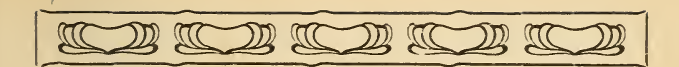
Sustitúyase la voz raya por meta y el verso habrá perdido todo el colorido y la gracia del lenguaje campero. Habrá ganado en propiedad académica, pero no será expresión fiel de un decir criollo, que era cabalmente lo que el poeta quería expresar.

Como se ve, estos breves reparos no hacen desmerecer mayormente el conjunto de la composición que, repito, nos resulta muy hermosa como pintura del ambiente nativo.

Pero sinceramente pienso que, cuando un joven escritor revela tan felices aptitudes, en vez de marearlo con el incienso de la lisonja banal, deben señalársele con franqueza los defectos de su técnica, á fin de que con mayor estudio y dominio de los asuntos que trata, pueda ofrecernos obras de verdad, obras genuinamente nuestras con todas esas prestigiosas simpatías que eternamente brindará—á cuantos escudriñen con amor—la evocación de los buenos tiempos viejos.

1907.

Clarinadas



CLARINADAS

> Se engañan los que van á buscar inspiración en climas lejanos, los que persiguen lo bello revolviendo afanosamente libros polvorosos; como la felicidad, la poesía está á menudo á nuestra puerta; brilla en todas partes, para quien tiene ojos y corazón de poeta...
>
> FÉLIX F. CASEMAYOR.

Esta fórmula intensa y exacta del maestro inolvidable, viene á la memoria al terminar la lectura de un pequeño volúmen de versos (1) que ha despertado en mi espíritu esa grata sensación que, por lo general no nos dan la mayoría de las obras escritas con la pretensión de hacer literatura nacional.

Titúlase *Clarinadas* este libro sencillo, modesto é ingénuo como obra de escritor novel que no conoce aún todos los secretos del *métier*.

(1) LEANDRO ARRARTE VICTORIA, *Clarinadas*, Montevideo, 1906.

Así lo revela su portada de deficiente dibujo que poco dice del material poético que encubre. Pero en cambio es rico de emoción y de nobles ideales; un simpático temperamento de artista se transparenta á través de sus rimas henchidas de suave ternura, cuando nos cuenta las escenas de la vida militar de su país.

Algo de la manera de Béranger, tiene el anheloso afán con que el joven escritor esboza las rudas figuras del soldado en forma popular para hacerlas duraderas. Es esta una cualidad de su estilo y constituye á la vez el rasgo acentuado de su originalidad.

El género de la poesía militar popular no ha sido cultivado en el Río de la Plata,—si se exceptúa *El cigarro* de Florencio Balcarce, *El inválido* del general Mitre y *El tambor de San Martín* de Victoriano Montes, inspiradas en episodios de la guerra de la independencia, — puede decirse que la cantera está vírgen aún brindando el ubérrimo filón á los artistas que quieran explotarla.

Es lo que ha hecho Arrarte Victoria al ir á buscar inspiración en la vida del soldado actual para cantar sus glorias, sus sufrimientos y las altiveces cerriles.

Sus predecesores cantaron la epopeya prestigiosa de los libertadores. A él le bastan asuntos más modestos para realizar obra de verdad, hondamente sentida.

Por eso despiertan simpatía sus versos fáciles y musicales que son á veces pintura exacta de

animados cuadros, vibraciones de patriotismo, gemidos de dolor indignado ó exaltación de la bravura legendaria de aquel gaucho que:

Regó con sangre su tierra
A los toques del clarín.

Se advierte leyéndole que hay un alma de soldado palpitando dentro del autor; que es un enamorado del estandarte con colores de cielo quien ha escrito estrofas marciales como esta de la «Diana» que graba ante las pupilas del lector la imágen tan felizmente objetivada:

Sacuden los aires soberbias melenas,
Doquier la mirada sorprende un león,
Y al paso que ruedan las notas serenas
Palpita la tropa como un corazón.

Eso es todo un cuadrito, un sugestivo cuadrito de los romancescos tiempos de la patria vieja; de los tiempos de Artigas, de Rivera y de Lavalleja. La chuza de tacuara, la vincha, el redomón clinudo, las férreas nazarenas y el corvo sable brillando al sol de la loma, los presiente la fácil imaginación en aquella masa de broncíneos centauros que escucha atenta la diana, enardecida de bélicos recuerdos, fundida en un sólo latido, palpitando como un sólo corazón.

Quien canta así, quien sabe sentir y expresar las cosas de la tierra tan hermosamente, es un poeta que cumple su misión haciendo obra fecunda, porque enseña á amarlas.

Y no es solamente la exaltación patriótica la que mueve su inspiración con el acicate de las glorias pasadas; hay también el clamor por el dolor presente, el dolor que le arranca viriles imprecaciones ante la excesiva crueldad de la ley militar, ciega y bárbara, que condena á morir al desertor sin piedad, suprimiendo un hombre útil á la sociedad, un brazo á la patria para las nobles lides del trabajo, un pecho de bravo quizá para coronar trincheras en la hora de la prueba...

Así las valientes estrofas del «Juan Soldado» son símbolo de martirio y evangelio de redención para el proletariado militar.

Y tras esa nota del dolor que asoma, se aleja y vuelve á pasar como un ritornelo quejumbroso en más de una de las décimas, vibra un anhelo grande de culto sereno por la patria engrandecida y próspera con los frutos de la paz. Un anhelo —¿qué borrará algún día las viejas ojerizas, las ambiciones tradicionales de los partidos?—ha depuesto en el libro una expresiva condenación de las golillas execrables.

Ojalá su voz no sea un clamor que se pierda en los vientos.

Hace tantos años que aquel gran espíritu de Juan Carlos Gómez dejó caer de sus labios severos como una sentencia bíblica, estas palabras: « Las banderas de los partidos son el sudario con que se amortaja á la patria... » y, sin embargo, todavía no está oreada la sangre vertida á raudales en las cerrilladas de Tupambaé!..

No es este un juicio del libro, es apenas una impresión y un franco aplauso para el artista que tiene en su lira,—sería tal vez más propio decir en su guitarra campera,—la bordona vibradora para cantar glorias y exaltar entusiasmos patrióticos; para reflejar las alegrías, los dolores, los anhelos y ensueños de un sér humilde, pero bien digno de todas nuestras simpatías: el soldado.

Ha dado el autor una nota original y feliz, única me parece en ambas márgenes del Plata, al tomar como asunto de inspiración el alma del soldado; y no dudo, como lo augura el prologuista, que más de una de sus composiciones llegará á ser popular en las veladas del campamento.

Y qué mayor galardón que verse revivir así, en medio de ese ambiente hombruno, estremeciendo corazones toscos y viriles con las melodías de sus estrofas.

Cuántos autores de primorosos é historiados volúmenes de versos hueros, con todas sus ridículas pretensiones de originalidad atormentadora de la rima y del recto decir; cuántas de esas anémicas flores de ingenio muertas al nacer, no envidiarán la fortuna de algunas de las vibrantes y sentidas clarinadas, como las que inspiraron en «El Cuartel», para mí el más bello y animado de sus pequeños poemas.

El triunfo de lo vulgar,—exclamará quizá más de un desdeñado del éxito, alguno de esos exóti-

cos rimadores de empalagosas exquisiteces, sin apercibirse que, cabalmente uno de los fines principales y el triunfo de la poesía es desentrañar lo bello de los asuntos sencillos y vulgares.

Tal fué el secreto del éxito de Campoamor, de Trueba y del talentoso Vicente Medina, el cantor de las almas humildes y lugareñas que vivirán vida duradera en los rústicos y sentimentales versos de sus *Aires murcianos*...

No tema, pues, el autor á semejantes desdenes; y, mientras siguen ellos cincelando sus estátuas en deleznable hielo á la luz de extraños horizontes, continue el animoso cantor modelando con el sedimento nativo las figuras de esos bravos chinos curtidos de sol y pampero, que saben ser grandes « cuando el lamento de la patria suena ».

Son de nuestra raza, y por lo mismo que son obscuros y humildes necesitan quien comprenda y sienta sus penas, quien enseñe á quererlos narrando los episodios de esas rudas vidas, con las imágenes familiares de la tierra natal.

Esa es su cuerda, no la abandone ya que tuvo el noble pensamiento de nutrir su estro en una fuente virgen, encontrando el acento y el ritmo adecuado para interpretar el heroismo, los sufrimientos y las bruscas ternuras del humilde soldado.

Tal hizo Hidalgo—su lejendario compatriota—allá en los albores del pasado siglo cantando por boca de Chano los recuerdos de la patria vieja. Y cual si aquel piadoso sentimiento se hubiera

trasmitido como un legado á los de su estirpe, —Ricardo Gutiérrez esculpió en el *Libro de los Cantos* este admirable medallón del alma del soldado:

Yo soy la carne de cañón que alfombra
sangrienta y palpitante,
rota y hecha girones,
el camino triunfante
que conduce á la gloria sus legiones.

Yo soy la abnegación desconocida
y la pena ignorada.
Soy la sangre vertida
con todo el sacrificio de la vida,
y sin otra ambición en su carrera
que un girón de bandera
que sepulte mis miembros en la nada!..

Leandro Arrarte Victoria es un poeta joven y modesto que acaba de hacerse conocer con el pequeño volúmen de *Clarinadas*, y esta es la razón, sin duda, por la cual su nombre no figura en el índice del *Parnaso Oriental* compilado por Raúl Montero Bustamante, para el editor Maucci, el año 1905.

Pero tiene condiciones y excelencias espirituales para brillar en aquella tierra tan fecunda en escritores de valía. Hay en él un rasgo categórico que destaca su perfil: es el cantor del humilde soldado, en sus rimas palpita el corazón de los bravos, sin patrioterias altisonantes, con una dulce ternura por el contrario que las humaniza,

ennoblece despertando secreta simpatía hacia esas almas rudas que sueñan y sufren en silencio con las soberbias altiveces nativas.

Es sabido—dice José Nogales juzgando la obra poética de Salvador Rueda—que unos espejuelos incrustados en un torno giratorio atraen á las curiosas y admiradas alondras; mas no hay compenetración y el estímulo es pasajero, para atraerlas de corazón y de voluntad son mejores el trigo rubio, el prado verdegueante, el regato de frescas aguas en que se miran y desdoblan los olmos apacibles.

Para ser poeta verdadero de su tierra, necesita descender aún hasta las recónditas palpitaciones del alma popular, y poner en sus versos muchos zumos de nuestra naturaleza.

1907

El suicidio entre los gauchos



EL SUICIDIO ENTRE LOS GAUCHOS

A ALBERTO GERCHUNOFF.

Más de una vez presenciando la representación de ciertas obras del teatro nacional, ó leyendo esas narraciones con urdimbre criolla en las cuales para desatar el conficto pasional el autor echa mano del suicidio como suprema solución, ha surgido de pronto en mi espíritu idéntica duda.

¿Existió el suicidio en la vida real del gaucho argentino? ..

Tal me ocurrió al ver representar el amargo y sombrío *Barranca abajo* de Florencio Sánchez —que oprime el corazón como una garra—cuando la adversidad implacable en su constancia va dejando al viejo paisano sin fortuna, sin hogar, sin un afecto, con el corazón sangrando odios y amarguras hasta desvincularlo de todas esas íntimas ligaduras que atan á la existencia, empujándolo fatalmente hasta precipitar la caída final

colgándose en la cumbrera del rancho ajeno, donde vencido é inútil ya no será más que un estorbo.

Pues bien, á través de la brusca é intensa emoción producida por aquel desenlace tan natural y lógico al parecer, he sentido acudir á la memoria, involuntariamente como una protesta, la intencionada concesión del soneto famoso de Argensola sobre el blanco y carmín de doña Elvira. Aquello es, sin duda, un feliz y artístico broche que cierra el argumento con gran efecto dramático. Pero, lástima grande que no sea verdad...

¿Por qué? Sencillamente porque en la simplísima psicología del alma gaucha—ajena á las complicaciones del determinismo fatalista—en los más hondos conflictos pasionales que azotaron la vida del vagabundo agreste de los campos del Río de la Plata, jamás se combinó como desenlace de una desventura el atentado contra la propia existencia.

Y no es por ese simple apego á la vida del instinto de conservación natural en todos los seres orgánicos superiores, porque es conocido el bizarro menosprecio con que la jugaba en cualquier contienda y que expresaba con uno de sus más intensos decires: De todos modos, yo no nací pa semilla...

El fenómeno es interesante en verdad y digno de la investigación psicológica á que incitan estas almas hurañas y montaraces henchidas de misterio y de sombra.

A manera de tanteo ensayaré explicar la causa determinativa que les vedó caer en las cobardías aberrantes del suicidio, y la que á mi modo de ver, debe buscarse principalmente en ese exagerado culto del coraje que imprimió rasgos tan característicos á la estirpe campesina.

El gaucho se lanzará desesperado á buscar la muerte tranquilamente, sin fluctuar con arranques dignos de una canción de gesta; pero por más negro y adverso que sea su destino no se desgarrá las entrañas con su propio puñal, ni menos utilizará el lazo que le sirvió para lucir su destreza en las faenas camperas anudándoselo al cuello y ahorcándose como se ahorca á un perro apestado.

Lo primero sería una flaqueza indigna del nombre de varón que lleva con el orgullo bravío que le ha enseñado á no retroceder ante ningún peligro; rechaza lo segundo un sentimiento inconcreto, pero latente en su sér hasta en la hora postrera y qué podría traducirse por una aspiración de caer con un bello gesto, con el gesto hombruno de su casta, pintado admirablemente por Antonino Lamberti en su canto á *Montaraz*, cuando dice:

¡Cuanto más ancha es la herida
Más altivo queda el muerto!...

Por otra parte, su espíritu supersticioso y creyente no le permitirá caer en tal descarrío moral. Cree en la supervivencia del alma y conserva entre

vagas reminiscencias de la religión de sus mayores, una que ha dado forma á una nueva superstición de la «luz mala» y por la cual el alma de los suicidas, para quienes están cerradas las puertas del cementerio y prohibidas las oraciones del sacerdote, está condenada á vagar como una sombra doliente en la soledad nocturna de los campos. No se condenará entonces voluntariamente á ser una sombra aterradora y maldita, él que tuvo siempre en su rudo labio una hermosa palabra de piedad ante todas las cruces abandonadas de los caminos, esa plegaria sencilla y fervorosa que resume sus embrionarias creencias y sus temores sobre los misterios del más allá: Dios te perdone, hermano.

Y era de ver la curvatura dolorida y compasiva de aquellas cabezas altaneras, frente á los brazos extendidos del madero sin nombre que pide rezos al caminante.

Sabe, además, que si sucumbe desafiando el peligro—cara cara á la muerte—su nombre será tema propicio á los relatos del fogón, y que en la rueda de la pulpería del pago algún payador tejerá quizá con su hazaña los toscos versos de una décima, mientras el más anciano de los circunstantes hará este elogio breve y justiciero á manera de suprema consagración: ¡Murió en su láy!

Existe, pues, en el fondo de la determinación que lo impulsa á morir, un secreto anhelo de sobrevivir en la memoria popular por algún hecho digno de inspirar la musa lugareña, que es con-

centración de creencias y sentires del alma colectiva, anhelo que el suicidio anularía totalmente puesto que estas caídas sólo inspiran sentimientos de piadoso perdón.

Y no es esta una argumentación que no pueda comprobarse. La apoya, al contrario, un prolijo estudio de tradiciones, relatos y cuentos campesinos recogidos *in situ*, y las referencias de militares y de hombres de larga actuación entre el gauchaje sin mixtura — cuando en nuestra tierra había gauchos—y de los cuales resulta que nadie menciona un sólo caso de suicidio.

Las producciones poéticas que reflejaron las intimidades del alma gaucha, como las de Hidalgo, Ascasubi, del Campo y Hernández, no cantan episodios de suicidas, y cabalmente es digno de notar que su principal mérito estriba en la observación directa y veraz que ahonda con rasgos nítidos el perfil moral del paisano.

Sarmiento, que esculpió en los indelebles medallones del *Facundo* los caracteres de La pulpería, El rastreador, El baqueano, El gaucho malo y El cantor, no menciona el suicidio entre los hábitos del morador de la campaña. Tampoco lo mencionan Acevedo Díaz, Viana, Regules y De María, que en la tierra uruguaya mantienen con gallardía la tradición de la gauchada batalladora.

No. Aquel de la lacia melena de azabache y el rostro moruno, que avanzaba sereno hacia la muerte braveando con el tinteneo de las férreas nazarenas, puesto en el ineludible trance sabía

morir, y como el matrero del *Martín Fierro*, al sentirse rodeado por el piquete de policianos en medio de las sombras nocturnas, se encomendará á los santos, y echando mano al facón, atropellará al grupo, previniéndoles con un grito de varón que si á matar vienen: «No se han de morir de antojo...»

Ni aún los escritores de la época romántica, idealizadores del agreste vagabundo han incurrido en el error de falsear su sér moral atribuyéndole esas lacerías de la amargura, de la desesperanza y de la imitación morbosa que, en determinados instantes precipita al hombre de la ciudad en las obscuras simas del suicidio.

Así muere *Celiar*, aquel fantástico centauro de Magariños Cervantes, sintiendo que la vida se le va con la sangre de la herida abierta en su pecho por el plomo enemigo. Mientras *Lázaro* el payador, que es «arrastrado á la muerte por su propia tempestad», cuando el último de sus compañeros cae vencido, una fuerza extraña todavía lo impulsa á vivir con todas las sombras del hastío y de la angustia en el corazón y se le ve saltar, como dice el poeta:

Sobre un potro salvaje
Que se perdió, bramando, en el desierto.

Aquel ser escarnecido, sin amor, sin esperanza, sin guarida en la tierra para el implacable dolor que le lacera, no se mata como los héroes del

pesimismo romántico en boga en la época. Lo salva, por el contrario de la tentación de la caída, la profunda observación psicológica del autor revelada en los sutiles matices con que esmalta el perfil del protagonista, y en la ternura desolada de la trova famosa en que el alma de Gutiérrez parece gemir todas sus congojas; — y así el payador sin ventura, en vez de doblegarse á la ciega estrella de su destino, como un héroe de Musset, se hunde en las soledades de la pampa para vivir esa vida perenne de la leyenda popular...

Otra producción que goza de popularidad por el sentimiento y el vigor con que está trabado el argumento — *La piedra de escándalo* de Martín Coronado — corrobora la tésis que sustentamos.

El autor es un romántico impenitente; un discípulo fervoroso de la escuela efectista del potente creador de *Mar sin orillas* y *En el seno de la muerte.*

Todas las obras de este escritor argentino—aunque de argumento nacional—tienen ese brío soberbio y la pomposa sonoridad de las cláusulas rimadas del viejo drama español. Sus rústicos chacareros—italianos y mestizos—sus criollos y sus mujeres campesinas dicen en la escena los parlamentos en versos musicales y rutilantes.

Y, sin embargo, cuando Manuel, el gaucho huérfano confiesa su secreta pasión á Rosa la mujer perdida, y esta lo rechaza noblemente porque sabe que no puede salvar los dinteles del hogar honrado con la frente erguida; en el propio ins-

tante en que su audaz seductor viene á buscar de nuevo á su víctima tentándola á huir, cuando el hermano indignado por tanta osadía va á castigarlo, el gaucho sin ventura, con el corazón henchido de tinieblas, sintiendo toda la inutilidad de su vida por las ansias de aquel amor que nunca alcanzará, salta por la ventana en medio del grupo de asaltantes para morir matando como mueren los hombres de su raza.

Este bello y varonil impulso de un sér atormentado por el infortunio inexorable, que no flaquea, imprime sello de verdad á la obra y hace olvidar el convencionalismo de las escenas, dejando en el espíritu del espectador esa sensación áspera y vibrante de las producciones nutridas con pura esencia criolla.

Todo el éxito del drama se condensa en esa final rudo y sin frases, de intensidad soberbia.

Y así como es admirable por su crudo y punzante realismo la escena del suicidio en *Sin rumbo* de Cambacèrés, cuando el hombre refinado por todas las culturas de la educación y la fortuna pone fin al hastío de su inútil existencia, abriéndose el vientre en cruz y rompiéndose las tripas de un tirón, como quien rompe un piola, allá en la lejana soledad de una estancia; nos resulta falso el desenlace del *Primitivo* de Reyles ó del *Barranca abajo* de Sánchez, aunque se trate de uno de esos trágicos dramas que colman el corazón de odios y amarguras, porque en ambas obras, de alto mérito artístico, su finalidad es idén-

tica: la muerte espontánea del protagonista gaucho, y las bravas virilidades del alma gaucha templadas contra todos los reveses de la adversidad no le permitieron buscar la salvación por el camino de la muerte voluntaria.

1907.

El viejo Calisto



EL VIEJO CALISTO

I

Nos llega de Montevideo una triste noticia. Ha muerto ayer en su ciudad natal, tras lenta y cruel enfermedad, un escritor modesto pero de positivo mérito.

Don Alcides De María—el popular Viejo Calisto de los regocijados bordoneos de *El Fogón* que tenían aromas y ambiente campestre — era indiscutidamente el más antiguo y el más altivo mantenedor de las tradiciones con puro sedimento criollo en ambas márgenes del Plata.

Y no fueron propósitos de mero entretenimiento espiritual para halagar aficiones de un determinado grupo, ni menos el afán de medrar, los que guiaron la pluma de este escritor festivo, sino un arraigado convencimiento de que cultivando aquellos ideales contribuía á la rea-

lización de una obra interesante y útil para el futuro investigador de los orígenes nacionales.

Era un convencido de la utilidad de esa obra, á la cual consagró hasta los últimos alientos de su laboriosa existencia; y estoy seguro que la postrer mirada de aquellos ojos grandes y mansos al apagarse, se detuvo quizá sobre la pequeña mesa de trabajo donde su pluma repentista y juguetona trazó tantas cuartillas fluentes, de acentuado sabor campesino...

Pertenecía á la estirpe intelectual de nuestros poetas populares como del Campo y Hernández, y si bien no deja como éstos una obra verdadera por la unidad del pensamiento y la acción, no es sin duda por carencia de inspiración sino más bien por la naturaleza misma de su labor literaria. Aquellos hicieron el poema gauchesco; él hizo la primera y única revista criolla de Sud América.

Pero dicen bien de su fecunda labor los doce volúmenes de *El Fogón*, en donde los estudiosos del futuro encontrarán en sus nutridas páginas verdaderos tesoros para revivir el tipo original, las hablas y el ambiente comarcano de los hogares campestres.

Aparte del placentero regocijo con que se leen todas esas páginas costumbristas saturadas de los perfumes de antaño, hay en la obra realizada por De María un interesante y curiosísimo aporte al folk-lore ríoplatense, siendo esta una cuestión que no puede sernos indiferente cuando es objeto

de especial investigación en otros países de Europa y aún de América.

Como en todos los payadores, su inspiración era fácil y repentista, con eso dejo de malicia retozona que se encuentra siempre en el fondo de la poesía popular. Tenía el don de la improvisación y si al autor del *Martín Fierro* le brotaban las coplas «como agua de manantial» á él le brotaban las décimas espontáneas, sin esfuerzo alguno.

En nuestra larga correspondencia mantenida por más de doce años se encuentran muchas pruebas de aquella asombrosa facilidad. Recuerdo entre otros éste que constituye un verdadero caso de gracioso contrapunto.

Una niña oriental que á sus encantos naturales reune el atractivo de tocar la guitarra para cantar muy bonitos estilos, tuvo la ocurrencia de tentarnos con su album. La ocasión era propicia y mi amigo el poeta Elías Regules rompió el fuego con un hermoso cuadrito campero que remataba la siguiente décima:

¡Qué hermosa! ¡Qué linda está!
Esa trigueña cantora
Con su frescura de aurora
Y entonación de sabiá!
Es flor de mburucuyá
Que donde toca se aferra,
Es un clavel de la sierra,
Es cuadro sobresaliente
Esa morocha que siente
Las cositas de la tierra.

A mi vez escribí á continuación:

Yo la ví y entusiasmado
Escuché su voz sentida,
Que á mi alma estremecida
Trajo un eco del pasado.
Como en conjuro soñado
Creí sentir en derredor,
Sobre los cardos en flor
Que cubren triste tapera,
Una endecha lastimera
Que cuenta historias de amor...

De María glosó en seguida aquellos entusiasmos haciendo broma de nuestra condición de casados,—no por falta de intensidad en los cariños nativos que fueron siempre grandes, sino porque esa era la característica de su espíritu travieso de viejo criollo:

Todo eso será verdad
Será el canto peregrino,
Más por eso me imagino
Que habrá dicho la beldad:
¡Cuán bella es la humanidad
Que encierra entre sus islotes,
Tantos viejos camalotes
Con colores de violetas!
¡Lástima que mis poetas
Me hayan salido *cascotes!*..

II

En uno de los últimos números de *El Fogón*, como si hubiera tenido el presentimiento de la eterna partida, el viejo poeta enfermo y dolorido

publicaba uno de esos cantares sentidos y sencillos que parecen brotar del corazón del pueblo.

Eran estas cadencias la quejumbre rimada de un alma que sufría y cantaba mezclando á las lágrimas las sonrisas para engañar sus dolores.

Guitarra que tantas veces
A mi voz acompañaste
Haciendo más grato y tierno
El eco de mis cantares.
¿Por qué como en otro tiempo
Ya no vibra tu cordaje,
Ni mis cantos acompañas,
Ni suenas para alegrarme?
Es que mi mano, crispada
Por el tiempo inexorable
Tiembla débil é insegura
Cuando quiere acariciarte,
Y ni se templan tus cuerdas
Ni armoniza tu lenguaje.
Y sin embargo ¡es preciso,
Guitarra que me acompañes,
Como acompañas al ciego
A quien obliga á que cante
Con irónica sonrisa
La suerte que lo combate!
Suena, y no digas que lloro
Al que tenga que escucharme...

*

Dicen que es gato escaldado
El que huye del agua fría;
Será del agua caliente
Que es la que escalda, decía
Un paisano á su chirusa,
Que sentada en la cocina
El cimarrón le brindaba
Cuando la caldera hervía
Como pa pelar lechones,
Calentando la bombilla;

Y la chirusa sonriendo
Retrucaba:—No se aflija,
Que si se escalda los labios
Se los curo... con saliva.

*

En la cumbrera del rancho
Anidan las golondrinas,
Y los dueños del hogar
Bajo su techo se anidan.
Y todos viven dichosos
En la casita pajiza
Donde entre cantos y flores
Auras puras se respiran.
¡Quien me diera con un rancho
Vida campestre y tranquila!...

Y no se dirá que aquello es pura ficción, melancolía convencional de poeta romántico para hacerse interesante. No. Sus sufrimientos eran por desgracia reales, y maravilla en verdad como pudo conllevarlos, como su pluma logró lucir los intensos donaires de otros tiempos.

Es que ese anciano enfermo y dolorido desde hace largo tiempo sintió reagravarse su pena con la pérdida de la dulce compañera que colmaba de cariños el hogar, y ha seguido encorvado sobre el yunque cumpliendo su tarea con resignación, y apenas si alguna sombra de fugaz amargura — como en la mencionada composición — enturbió la serena y riente armonía de los versos con que retribuía la protección de sus lectores...

Y sin embargo, era preciso que cantara, que hiciera vibrar el cordaje de la guitarra pará acompañar los cantos festivos de otros días, aquellos

fáciles y regocijados bordoneos que tenían aromas y ambiente de nuestros campos, tan celebrados por los lectores de la revista, con que á costa de indecibles fatigas el poeta enfermo ganó su pan cotidiano. Era preciso que cantara sorbiéndose las lágrimas amargas como aquel gaitero de Gijón en la tierna dolora de Campoamor.

Que cantara y riese ocultando la pena que le laceraba las entrañas, bajo la faz de una careta.

¡Triste condición!

Así lo vimos allá en una casita de la calle Vázquez, en Montevideo, sonriendo bondadoso y lleno de entusiasmos por la causa de nuestros comunes amores, que iba traduciendo la palabra apagada por la fatiga de una cruel enfermedad, junto á la mesa de trabajo, donde la inspiración que no le abandonó hasta el postrer instante, acababa de revelarse en una décima festiva.

Pero la profesión de escritor de revistas, allí como aquí no produce—salvo contados casos—sino escasos rendimientos, lo necesario apenas para vivir como un condenado aferrado por la más absorbente de las tareas; y cuando se piensa en las deplorables condiciones de salud con que tuvo que realizarla, la imagen del penoso suplicio se nos presenta con toda su punzante realidad...

Y así luchó mientras tuvo alientos, con rara energía, aquel valeroso portaestandarte de las tradiciones criollas, y sólo abandonó el puesto de combate á uno de su sangre cuando sintió llegar la muerte, con el presentimiento de que no han

de borrarse las huellas de su labor literaria, ni brotarán flores de extraños climas sobre la tierra donde él abrió el surco para derramar las simientes nativas...

III

Sabía de cosas criollas. La vida de periodista errabundo que llevó durante la juventud, componiendo él mismo los artículos que trazaba su pluma ágil é incansable, — hoy en Mercedes del Estado Oriental, mañana en Gualeguaychú, Gualeguay ó la Victoria en Entre Ríos,—le pusieron en contacto con los hombres y las costumbres de aquellos tiempos.

Estudió así el medio ambiente y se saturó el espíritu con ese sedimiento inapreciable de experiencia y de recuerdos imperecederos que daban á su palabra sencilla la respetable autoridad de un verdadero maestro.

—Yo he conocido á los gauchos montieleros, á los famosos lanceros de Ramirez y de Urquiza. Qué hombres incomparables! Rudos pero nobles y leales á carta cabal. En las cuchillas entrerrianas aprendí á ser jinete y á querer á los paisanos,—me decía en una de sus cartas.

De ahí su inalterado cariño hacia los viejos tiempos y su admiración patriótica por los altivos caudillos que pugnaron al frente de las bravas

caballerías para conquistar la libertad del suelo natal, que le inspiraron algunas estrofas rotundas como las consagradas á Artigas, á Lavalleja y al desembarco de los 33 sobre el arenal de la Agraciada, reveladoras de un poeta de fibra y de alto vuelo lírico.

Sin embargo, prefería la forma modesta del cantar popular, el apólogo sencillo y risueño para hacer comprensible su moralidad á las masas. Pero donde lució las más altas y originales vibraciones de su inspiración, con acentuado amor por la tierruca, es en la trova campesina que le dió gran popularidad.

El día que se haga una edición seleccionada de los cantares de De-María, la literatura regional exhibirá un valioso exponente de los pintorescos y jugosos sentires del alma gaucha. Bien merece ese póstumo homenaje el viejo cantor que había recogido en las cuerdas de su guitarra los tristes errantes del payador Santos Vega, las coloridas y rientes descripciones de Ascasubi y del Campo, y esa dolorosa y ruda epopeya de la pampa que palpita en los rústicos pero inmortales versos del *Martín Fierro*.

Los amantes de las producciones nutridas con zumos del terruño, deben rendir esa merecida consagración póstuma al valiente escritor que en todo momento fué celoso y entusiasta vocero de la literatura nacional. Quedan en las páginas de *El Fogón* las agudas críticas con qué fustigó á más de un escritor advenedizo que pretendia sentar

plaza de criollizante, sin apercibirse de que no basta adulterar el idioma para escribir con médula criolla...

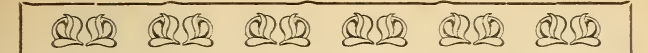
Y es por eso que su desaparición debe sernos doblemente dolorosa á todos los que bregamos por conservar el aroma añejo de esos antaños queridos, porque contados serán los escritores que puedan hablar con su profundo conocimiento de los hombres y cosas ya idas para no volver.

Tal era el noble y esforzado luchador que ha caído sirviendo á la causa criolla en esta y en la otra orilla del Plata.

La flecha se va pero el arco queda, dice un refrán antiguo. Que otros recojan la pluma del buen camarada para seguir luchando en la revista que perpetuará su simpático nombre, á la sombra de la vieja bandera...

Mayo 22 de 1908.

El escudo de Entre Rios



EL ESCUDO DE ENTRE RIOS

Á LA JUNTA DE HISTORIA Y NUMISMÁTICA AMERICANA

I

El señor Bernardo L. Peyret — un distinguido normalista del Paraná — ha concebido la buena idea de procurar el restablecimiento del verdadero escudo entrerriano, que, á semejanza de nuestro símbolo nacional, viene siendo adulterado por la fantasía ó la ignorancia de los artífices que lo interpretaron en numerosas obras oficiales.

Con tal propósito solicitó conocer mi opinión; y estimando el asunto de no escaso interés para la investigación de nuestros orígenes constitucionales, he procurado en la medida modesta de mis fuerzas aportar algunos antecedentes á su esclarecimiento.

El punto no ofrece felizmente mayor dificultad, porque entiendo que está en pleno vigor la sanción del congreso entrerriano fecha marzo 12 de 1822, creando la bandera y el sello ó escudo provincial. Esa resolución figura como apéndice del estatuto constitucional — la primera constitución de provincia que fué jurada en junio 16 de 1822 — y puede verse en la *Recopilación de leyes, decretos y acuerdos de Entre Ríos*, tomo 1, pág, 170.

Conviene conocer los términos literales de dicha sanción, porque á su alrededor girará la argumentación de nuestras conclusiones. Dice así:

«El sello de la provincia será en adelante un escudo ovalado, y formado con un cordón por el canto, y dos ramas de laurel por dentro. El óvalo se dividirá horizontalmente en dos cuarteles irregulares. La división la harán dos manos entrelazadas. En el superior, de menor extensión habrá una medalla de plata en campo grana, con esta inscripción, distribuída, proporcionalmente, por la parte de arriba: «Provincia de Entre Ríos». En el inferior, de mayor extensión, habrá un sol de oro en campo verde. Por encima de él se verá esta inscripción, distribuída del mismo modo: «Unión, Libertad y Fuerza».

Dispone también esa resolución «que se bajen, borren y destruyan todos los demás sellos, signos é inscripciones que se habían introducido y multiplicado».

La alusión es directa contra la bandera y los dos sellos creados por el general Francisco Ramírez para aquella fugaz república entrerriana de 1820, que terminó con la muerte del arrogánte caudillo: el de la balanza de la justicia que inclina uno de los platillos apoyándose en el asta de una lanza clavada en el suelo por la recia moharra, y el que no tiene más emblema que una solitaria pluma de ñandú, en recuerdo tal vez de la insignia de pelea de los indómitos charrúas...

En cuanto á la adopción del pabellón nacional para borrar de sus fajas azules y blanca la diagonal roja de los caudillos federales del litoral, la declaración del congreso es explícita en sus términos, al decir que debe ser en la misma forma que está sancionado por la asamblea general del año 1813.

Los propósitos eran indudablemente patrióticos y levantados al auspiciar el ideal de la unidad de todos los estados á la sombra de una sola bandera. Pero el sentimiento y el vínculo de la nacionalidad embrionaria no se fundiría con simples declaraciones, y fué menester regar el suelo argentino con mucha sangre y muchas lágrimas para consolidarlo.

La bandera separatista de Ramírez—muerto en un entrevero romancesco por los soldados de su antiguo aliado el caudillo santafecino Estanislao López — cayó arrollada por la resolución del congreso de 1822, pero volvió á surgir en

breve en la nueva insignia provincial. Así aparece pintada en la banda que cruza el pecho del general Urquiza en el cuadro de Penatti de 1851, y yo recuerdo haberla visto durante la niñez al lado de la nacional en las fiestas cívicas de mi pueblo natal. . .

Pero volvamos al escudo. Por su forma y emblemas característicos es evidente que la creación se inspiró en el modelo del sello de la asamblea constituyente del año 1813, aunque no sean iguales, como era natural.

La forma ovalada de ambos corresponde al tipo conocido en heráldica por de nobleza italiana. En el nacional, los dos cuarteles que lo dividen horizontalmente son de color plata el inferior y azul el superior; en el entrerriano son de color grana ó gules, y verde ó sinople; en el primero dos brazos desnudos levantan una pica coronada con el gorro frigio simbólico de la libertad, y en el segundo sólo existen dos manos entrelazadas.

Hay, pues, un símbolo común en esas dos manos entrelazadas fraternalmente, representativas de la unión, la alianza y la fidelidad, de los pactos entre las provincias, según el ideal de los constituyentes de 1813, á que se adhirió el congreso entrerriano después de las sangrientas convulsiones que agitaron á la provincia para apoderarse del gobierno vacante por la muerte de Ramírez, y en que el gobernador Lucio Mansilla y su ministro el doctor Pedro José Agrelo,

que era á la vez diputado y secretario, aparecen inspirando las resoluciones de aquella memorable convención.

Y á fin de orientar la investigación, conviene recordar igualmente que según las estrictas reglas del arte heráldico, los colores ó esmaltes del blasón para representar los elementos de la naturaleza son: azur, el aire; sinople ó verde, el agua; gules ó rojo, el fuego, y sable ó negro, la tierra. Y los dos metales, plata y oro, que representan al blanco y amarillo. Por excepción se admite también el color púrpura para los escudos.

II

Veamos ahora las diferencias. Estas consisten, principalmente, en la substitución del color de los cuarteles, en la supresión de la pica y el gorro frigio, y en la posición del sol; y no obedecieron, sin duda, á atro objeto que al de diferenciarlos introduciendo en el segundo algo nuevo característico y local.

La diferencia substancial está en el cambio del azur, representativo del aire ó del cielo, en el del año 1813, reemplazado por sinople, que significa el agua. Y me parece que Entre Ríos puede ostentarlo en su blasón, para simbolizar las grandes corrientes que circundan su suelo y lo

fecundan con esa red intrincada de ríos y arroyos que un poeta llamó los caminos de Dios.

En la pureza estricta del arte del blasón, el verde ó sinople significa siempre el agua, por más que en la heráldica francesa para timbrar los escudos de la nobleza se haya hecho extensivo su primitivo emblema, al amor, la juventud, la belleza y la libertad; siendo la esmeralda entre las piedras preciosas, y el laurel y la siempreviva entre las plantas y flores, las que lo representan simbólicamente.

No es aventurado imaginar que los congresales de 1822 sólo tuvieron en vista la interpretación inmemorial de las fórmulas heráldicas para blasonar el escudo con una expresiva representación local, el agua. De los nuevos emblemas, únicamente podría pensarse en la libertad, y ésta ya tenía representación en el campo de grana ó gules, vale decir, en la terminología simbolista del blasón, el fuego, el amor ardoroso por la libertad del país.

Además de este trueque del azur por verde, existe otra variante en la posición del sol.

En el nacional el sol flamígero emerge detrás de la corona de laureles, símbolo de las victorias de la nueva nación que nacía á semejanza de la imagen del himno: Con la sien coronada de laureles.

En el de Entre Ríos el sol de oro esplende en medio del verde campo del cuartel inferior. Pero es siempre el mismo sol, el astro sobera-

no—quizá el sol incásico como pensaban el general Mitre y Pelliza, creyendo que, dadas las ideas dominantes en la época, el símbolo debía ser genuinamente americano—ó sólo la clásica figura simbólica de la antigüedad europea, que se representa por un círculo perfecto con ojos, nariz y boca y rodeado de diez y seis rayos, mitad derechos mitad ondeados, puestos alternativamente y de color oro.

Cuestión es esta que divide probanzas en las interpretaciones históricas, bastando á mi propósito señalar que la idea simbolizada por el emblema del sol, es en ambos escudos el nacimiento de la nación ó de la provincia.

Pero hay en el de Entre Ríos un detalle que más de una vez me hizo cavilar. Me refiero á la «medalla de plata en campo grana» que debe colocarse en el cuartel superior, según los términos de la ley de su creación, y que no encaja entre los emblemas decorativos del arte heráldico, tan expresivo y sintético en sus representaciones.

Tenía de antiguo la sospecha de que esa palabra «medalla» era un error de copia ó de imprenta en el documento publicado en la *Recopilación* citada del año 1875. Y revisando ahora antecedentes ilustrativos, la encuentro corroborada por dos expertos investigadores del pasado argentino: Antonio Zinny y Mariano A. Pelliza.

El primero escribe «estrella» en lugar de medalla, comentando la sanción del congreso del

año 1822 en su *Historia de los gobernadores*, tomo I, página 447; y el segundo hace lo propio en su monografía *La bandera y el escudo nacional*, página 33.

Una estrella fué en todo tiempo el signo que guió el rumbo de los conductores de pueblos, é iluminó sus destinos. Aquella blanca estrella rielando diamantina luz sobre un campo de grana, pudo ser entonces el símbolo propicio que guiaría los destinos de la provincia recién incorporada al coro de sus otras hermanas bajo los auspicios del lema fraternal grabado en el imperecedero troquel de 1813: «En unión y libertad».

Si se examina el documento original que debe existir en los legajos del archivo provincial, ha de encontrarse escrita así. De otra manera sería un adorno exótico é inexpresivo, y es sabido que al blasonar un escudo se observan siempre cuidadosamente las reglas de pureza estricta consagradas por el arte heráldico.

Tengo á la vista la plancha del blasón que trae el *Nouveau Larousse* y entre las piezas honorables y las figuras principales que decoran los escudos aparece la estrella de cinco puntas, pero no figura ninguna medalla.

Tampoco la trae Costa y Turell en su tratado de la *Ciencia del Blasón*, y, sin embargo, incluye la estrella de cinco puntas ó rayos, en las figuras naturales. (1)

(1) Conf. Modesto Costa y Turell, *Tratado completo de la Ciencia del Blasón*, pág, 102; Barcelona, 1858.

Una estrella es el símbolo que timbra la medalla y le da carácter, como ocurre á menudo en las condecoraciones de honor; pero una medalla sin ningún atributo es únicamente un disco de metal.

Tal debe ser entonces esa figura decorativa, con arreglo á la terminología de la interpretación heráldica, á la ley de su creación y á la idea política perseguida por el congreso entrerriano al crear su escudo.

Y así como no existe para la nación otro escudo que el decretado por la soberana asamblea del año 1813—á pesar de las bizarras variantes introducidas por la fantasía ó la ignorancia de los intérpretes poco escrupulosos,—no debe existir tampoco otro emblema para la provincia que el creado por su congreso constituyente de 1822.

III

En una erudita monografía sobre el escudo y los colores de la bandera, publicada por el doctor Estanislao S. Zeballos en la *Revista de derecho, historia y letras*, del año 1900, se reproducen en facsímil las más pintorescas de esas arbitrarias variantes, impresas en obras de origen oficial, con vituperable menosprecio por los expresivos y hermosos símbolos de nuestro escudo.

¡Qué extraño, pues, que haya ocurrido cosa semejante con el escudo provincial! Conservo en mi colección varias piezas antiguas de aquella provincia, donde pueden notarse esas adulteraciones. Tal, por ejemplo, su papel sellado para los años 1840-1852, en que la palabra «Unión» del lema del cuartel inferior se substituye por «Federación».

En un sello de plata del Tribunal de Medicina de 1848, que se ajusta con admirable propiedad al patrón histórico, se ha suprimido, sin embargo, toda la leyenda: «Unión, Libertad y Fuerza», para reemplazarla con el nombre de aquel tribunal.

Otro ejemplar no menos interesante lo constituye la medalla acuñada en Inglaterra el año 1851, conmemorando el pronunciamiento del general Urquiza contra Rosas, y en cuyo troquel se acuñaron esos botones que nuestros numismáticos denominan «Botón de Caseros», por haber sido usados en el tirador por los soldados de las caballerías en el ejército libertador.

En esta rara pieza el escudo está modificado con la agregación de cuatro banderas, la distribución de las inscripciones dentro y fuera del campo del blasón cuyos colores se han representado por lineas horizontales y verticales—que significan azur y gules — en vez de gules y sinople.

Finalmente, en dos premios escolares correspondientes al año 1867, de dibujo muy correcto

en la interpretación simbólica, pero en los cuales faltan la corona de ramas de laurel y la representación gráfica por líneas de los colores del escudo, la cual debió hacerse con líneas verticales el cuartel superior, y diagonales de izquierda á derecha el inferior.

Este error en la representación gráfica de los colores se observa *ne varietur* en todas las medallas y emblemas oficiales grabados con fecha posterior hasta el presente, mezclando el azul y blanco del escudo nacional, que no figuran en el entrerriano, con un descuido lamentable.

Pero tanto en estas últimas modelaciones, como en el sellado antiguo, las medallas de Caseros y el sello del Tribunal de Medicina, es siempre una estrella, la que luce en el campo de grana del blasón, confirmando así con esa interpretación consuetudinaria, que fue estrella y no medalla el atributo señalado por los constituyentes de 1822.

De acuerdo entonces con estos antecedentes históricos y las reglas técnicas representativas de los colores en el arte heráldico, el escudo debe blasonarse de la manera siguiente:

En forma oval con un cordón por el canto y dos ramas de laurel adentro en sinople; el cuartel superior de menor extensión en campo de grana ó gules con una estrella de plata de cinco picos y la inscripción: «Provincia de Entre Rios» distribuída en la parte de arriba; en el cuartel inferior de mayor extensión un sol de

oro flamígero en campo verde ó sinople con el lema: «Unión Libertad y Fuerza», distribuído de igual manera que el anterior; la división de los cuarteles la harán dos manos entrelazadas fraternalmente con su carnación natural.

La representación gráfica de los colores no ofrece dificultad porque el escudo se ajusta á las reglas del arte heráldico, salvo el detalle de la palabra grana que está empleada como sinónima de rojo ó gules y cuya interpretación se encuentra explicada en los tratados uniformemente: para el gules, líneas verticales; para el sinople diagonales de izquierda á derecha.

Pienso que esta sencilla interpretación no renovará aquella discusión tan interesante que aún divide en dos campos á sus mantenedores sobre el azul ó celeste del símbolo argentino, porque los colores designados para el entrerriano son de los llamados esmaltes matrices en el arte del blasón.

Me felicito de veras por la patriótica iniciativa de restaurar á su forma auténtica el escudo adulterado, que espero no dejará indiferentes á los poderes públicos de la provincia.

Entretanto, contribuyo gustoso á tan loable propósito con esta noticia, que es ofrenda de respeto y amor á la tierra de mi cuna.

1908.

Los criollos de antes



LOS CRIOLLOS DE ANTES

A EDUARDO TALERO

...Empiezo á escribirle paladeando las sabrosas y frescas páginas de su relato *Los criollos de antes*, henchidas de memorias de antaño y de color local.

La figura del sargento Flores se destaca del cuadro con relieve admirable de fuerza y de verdad; diríase esculpida en bronce resonante, en el *ære-perennius* que aún aguardan esos humildes y abnegados servidores de la causa de la libertad del suelo americano.

Este aún adquiere amarguras de reproche, cuando se piensa que van ocupando su sitio en las calles, los parques y jardines, los nombres y las estatuas de extranjeros ó de mediocres personalidades. Quedan sólo las páginas del libro — no muy abundantes por desgracia—porque también ya no va siendo de buen tono el ocuparse de los hombres y cosas del terruño viejo...

Ya puede imaginar mi franco regocijo cuando al despertar tropecé con su amorosa evocación que tiene soplos de vida honda del suelo en que brotó. La he leído paladeando, y antes que otras exigencias premiosas hayan borrado las imágenes que su pluma de mago hizo desfilar ante mis ojos ávidos siempre de emociones americanas, quiero expresarle todo el placer mental que le debo.

Eran así en verdad los criollos de antes!.. Y más de uno de nuestros viejos militares al evocar los recuerdos de su vida de campamento, podrá decir de algun asistente, las sencillas palabras con que Vd. reasume la sublime abnegación del viejo veterano de aquesta manera magistral:

«Aquel viejo evocaba en su memoria todo un mundo de recuerdos. Los de la niñez: cuando en la corraleja de la estancia le enseñó á torear terneros y le ensilló el primer petizo. Los de joven: cuando en las noches obscuras galopaba cargado de guitarras, guiando á la comitiva estudiantil hacia la vecina casa de campo donde se habría de dar la serenata. Los de alférez: cuando en el bautizo de fuego apareció como por encanto entre la humareda del combate, porfiando por cubrir con su estatura de titán la delicada *de su amito*. Todos, de ahí en adelante, todos los recuerdos de la vida militar: muchos, innumerables lances de heroismo: aquella vez que lo levantó herido y desmayado y galopando á toda rienda,

lo llevó en brazos desde la línea de fuego hasta el hospital de sangre, donde le vendó la herida con su pañuelo colorado, y le frotó las sienes con el último trago de aguardiente que su cantimplora atesoraba; esa otra tarde del entrevero á lanza, en que le quitó de encima el caballo recién muerto, para ofrecerle uno aperadito y todavía encabritado por la caída de su jinete, desmontado al efecto por uno de sus lanzazos fulminantes; aquellos arrestos correspondientes á otras tantas reverendas borracheras con que siempre celebró cada triunfo y cada ascenso de *su amito*...»

He conocido algunos criollos de esa laya, bronceados por el sol y el pampero, sin otras insignias que las anchas cicatrices conquistadas en aquellos bárbaros entreveros á sable y á lanza en los tiempo de Ramirez, Facundo, Urquiza ó La Madrid.

Por eso saludé con cariñosa simpatía la estampa de su soberbio viejo, que despertó de golpe en mi memoria recuerdos é imágenes de la época heróica.

Sólo en un detalle disentimos—en el suicidio con que Vd. remata su cuento—porque no encaja dentro del tipo del soldado de pura cepa criolla de estas tierras, donde jamás se conoció la muerte voluntaria en un individuo de su clase. El año pasado dilucidé prolijamente esta cuestión en un trabajo sobre *El suicidio entre los gauchos* (1).

(1) Conf. *El suicidio entre los gauchos*, pág. 239.

Pero el dato que aporta es interesante, sin duda, para el estudio folklórico, puesto que ofrece una característica diferencial de sentimientos y creencias populares entre dos pueblos, donde la fusión de la sangre del conquistador español con la del indio aborigen ha producido ese bizarro é inconfundible tipo del criollo.

Igualmente feliz me resulta el vigoroso boceto de las robustas muchachas—aquellas célebres *Juanas* de los ejércitos colombianos: «esas sencillas labriegas que así dan el labio al beso fecundante del gañán apasionado, como adelantan las curvas de los senos al mordisco de la metralla, esas que bajo el granizar de las balas llevan á su hombre el jarro de aguardiente con pólvora, *pa criar coraje...*» Esas que pinta Vd. en marcha detrás de sus amantes respectivos, con sóbrias y vivaces pinceladas:

«Con las enaguas bien arremangadas y las poderosas pantorrillas libres para arrostrar los fangales del camino, con el ala de su sombrerito de paja caída sobre los ojos para sombrear las lágrimas, y encorvadas bajo la maleta de ropa y de cacharros, esperaban con mohín hombruno el momento de partida y recibían de las que quedaban en el pueblo los ataditos de tabaco, los frascos de mistela, los últimos escapularios y los últimos mensajes para los reclutas viajeros».

Es toda una evocación de poeta.

Sus varoniles colombianas tienen para mi la misma belleza agreste y la entraña corajuda de las an-

tiguas mujeres de nuestros campamentos, pintadas con fuerte colorido por Acevedo Díaz en *Grito de Gloria*, irguiéndose bravías junto á la luz del fogón con los ojos sombríos, el rostro moreno luciente, ios labios carnosos encendidos por la pasión y las pesadas trenzas caídas sobre la espalda, con olores á flor de alhucema y á miel de camoatí. . .

Tal vez en sus correrías por los valles del Neuquen tropezó Vd. con alguna de esas valerosas compañeras de glorias y penurias de los soldados que conquistaron la pampa, y para quienes parece escrito el admirable verso de Ricardo Gutiérrez:

Yo soy la abnegación desconocida.

Perdidos en medio de la broza de los partes oficiales de algunas acciones de aquel largo guerrear con los salvajes del desierto, y en tal cual relato de episodios militares, suelen encontrarse datos brillantes sobre la actuación de esas menospreciadas heroinas de los viejos fortines, donde se jugaba la vida á cada instante y sobre cuyos terrones que ha dispersado el arado brotan hoy las mieses de las colonias ó se alzan villas opulentas.

También los tiene muy hermosos la guerra del Paraguay, como aquel de una pobre china—Rosa la Tigra—que en medio del horrendo estrago del desastre de Curupaity va á salvar los

despojos de su amante para darles piadosa sepultura.

No fué más grande la acción de Editha—la del cuello de cisne—yendo á buscar al campo de batalla en Hasting's, el cadáver del rey Haroldo, que el de esa infeliz criolla argentina cuya belleza tal vez sólo consistía en su heróico corazón, y sin embargo, encontró un poeta que la cantara...

Ah! las sumisas, las abnegadas mujeres del campamento están reclamando un canto á nuestros poetas, ó una piedra siquiera en el zócalo del monumento que algún día ha de alzarse á los soldados que sucumbieron entre las huestes de los libertadores y organizadores de la nación.

Y si remontamos la corriente de los años yendo á rastrear los pasos del conquistador entre las selvas hóstiles, en aquellas caravanas de guerreros hambrientos de oro más que de gloria; en las primeras poblaciones que desaparecían al día siguiente arrasadas por el fuego de las hordas enemigas, se encontrará siempre una valerosa mujer compartiendo la miserable vida del guerrero.

El arcediano Barco Centenera ha contado en ramplonas octavas las penurias inauditas de los fundadores de Buenos Aires, el hambre rabiosa que enloquece á viejos y mozos y á las madres, como aquella desventurada que para dar de comer á los hijos entrega su cuerpo al marinero que pasa ofreciendo un trozo de pescado...

Bajo las arboledas costeñas del Paraná vagan las leyendas trágicas del martirio de Lucía Miranda y el de Ana Valverde que muere con don Juan de Garay en una emboscada de los minuanes de Entre Ríos. Más allá, en medio de los breñales que tiñó la sangre del fiero calchaquí, los ancianos enseñan aún al viajero el barranco abrupto desde donde se arrojó al abismo la pálida mestiza que acompañó al falso Inca.

Y en la guerra de la independencia desde la inmolación de Policarpa Salavarrieta la heróica bogotana que inmortalizó el anagrama popular: *Yace por salvar la Patria*,—hasta las que se despojaban de sus joyas para comprar balas y fusiles á los soldados de San Martín; ó aquella doña Gregoria Pérez, de mi tierra, que puso á disposición de Belgrano cuando la expedición al Paraguay sus haciendas, casas y criados; y, aquella parda que en la sublevación del Callao, después del sacrificio de Falucho, salvó la bandera de los Andes, cuántas, cuántas hermosas palpitaciones del alma heróica de nuestras mujeres no están tentando la pluma del poeta para hacer un libro de arte, alivianado de menudos datos, un canto á la manera de D'Esparbés con la vibración intensa y sonora del soberbio asunto!

He ahí un bello tema para un artista que quiera pintar sobre esa tela inmensa un cuadro de verdadera literatura americana.

Tiene Vd. la fantasía para concebirlo y es dueño de un estilo pródigo de matices para ejecutarlo.

Todo eso se va. Ese manantial de poesía se borra y se pervierte cada día enturbiado por el aluvión del cosmopolitismo invasor...

No se nutren estas ideas en el estrecho *chauvinismo* nacionalista que alguno creyó encontrar en la calurosa demostración que realizamos ayer en honor del vigoroso talento de Ricardo Rojas para celebrar sus recientes triunfos literarios de que son hermoso exponente *El País de la Selva, El alma española* y las *Cartas de Europa.*

Es un arraigado sentir de mi espíritu y lo es también del suyo que estampó valientemente en el prólogo de su *Voz del Desierto* estas palabras que nuestros jóvenes escritores debieran meditar:

«Y pues que todos los pueblos de la tierra porfían hoy por acentuar su literatura original, urge al americano hacer lo propio, máxime cuando en el extranjero no necesitan colaboración, ni está bien el pintar aquí cielos extraños, mientras están inéditos estos que cubren el continente dulce en que nacimos».

La inusitada extensión de esta carta que va brotando apresurada como agua fugitiva del raudal inextinto de mis cariños natales, le dirá á Vd. todo el placer que le debo por la lectura de su hermoso cuento.

Escríbanos, pues, otras páginas como esa para deleite de los que todavía nos solazamos con estos perfumes añejos de la tierra materna, mostrando á los desdeñosos que reniegan de la casta, que existe en esos asuntos material excelente para

hacer obra de arte capaz de salvar las fronteras del país...

Un apretón de manos y que vengan cuanto antes otros esbozos artísticos como este, que tan hermosamente evoca el perfil ya casi desvanecido de los criollos de antes. Es obra buena y necesaria, hoy que escritores sin preparación ni talento están deslustrando ese bronce.

Agosto 15 de 1908.

Semblanzas



SEMBLANZA

ELÍAS REGULES

I

Es, sin duda, una de las figuras literarias más atrayentes y curiosas entre los actuales escritores uruguayos, la del doctor Elías Regules: médico distinguido, profesor en la Facultad de Medicina y presidente *ad vitam* de «La Criolla», de Montevideo, una sociedad de jóvenes consagrada á perpetuar el sabor original de las tradiciones nativas, que ha levantado su edificio sobre la cumbre de una cuchilla en los alrededores de aquella ciudad, para celebrar fiestas y veladas literarias con la nota pintoresca de los bailes y cantares de antaño y los aperos y trajes de usanza campera.

Naturalmente no han faltado opositores, y en más de una ocasión se lanzaron desde las colum-

nas de la prensa los dardos de agudas críticas contra aquel resurgimiento del espíritu viejo. Regules bajó entonces á la arena para responder al ataque con versos vibrantes de entusiasmo y sinceridad, que definieron netamente los ideales de su bando. Merecen recordarse por su valentia algunas de aquellas intencionadas estrofas con que contestó á sus críticos en forma tan resuelta y oportuna.

Poco importa el vocerío
De cavilosos censores;
Yo desdeño sus temores
Y sus dardos desafío!
Por ser hermoso y ser mío
Esto, con fe me arrebata;
Y solo mente insensata
Podrá encontrarle mancilla,
Porque valgo con golilla
Lo que valgo con corbata.

Yo elogio la ilustración
Y á sus ventajas me amparo,
Como lo prueban bien claro
Mi vida y mi profesión.
Pero la alta perfección
Que en la cultura se encierra,
No ha sido grito de guerra
Para matar en mi pecho,
El gusto franco y derecho
Por las cosas de mi tierra.

Y la sociedad siguió su rumbo haciendo ondear al aire libre desde la verde cuchilla donde tiene su asiento, la bandera de colores de cielo atravesada al sesgo con la diagonal roja de los blandengues de Artigas...

Hoy ya no se la discute, porque la cultura de sus manifestaciones colectivas — que en verdad nada tienen de regresivo en su culto amoroso por los pasados tiempos—le ha conquistado el derecho de ser respetada, á la manera con que se respeta en Europa ese raigambre de las añejas tradiciones populares, que será siempre fresco é inexhausto manantial de remembrazas é inspiraciones para el arte.

«La Criolla» vive vida próspera y ella se debe principalmente á Regules que sabe despojarse donosamente de todos los reatos del prejuicio social para ir, de cuando en cuando, á revivir por algunas horas esas dulces evocaciones de la tierruca. Es el caudillo, el alma y el músculo que mueve aquella sociedad: su musa está en todos los momentos alerta para cantar el romance de las luchas, las penas, las alegrías y las rudas ternuras del antiguo morador de las campiñas uruguayas.

Fruto de esos cariños hondos es el tomito de *Versos Criollos*,—que sus amigos y admiradores acaban de editar colocando en la portada el retrato del autor precedido de este hermoso dístico, que semeja una de aquellas altaneras divisas que grababan en sus espadas los antiguos caballeros:

Siempre se encuentran en primavera
Los viejos cardos de mi tapera.

El poeta de la tierra está retratado en cuerpo y alma, con sus violentos amores natales, en esa

sincera profesión de fe que perfila con acentuado rasgo su personalidad literaria.

El sentimiento de la naturaleza y la inspiración juguetona y maliciosa de Ascasubi y del Campo, mezclada á las profundas observaciones del genial Hernández sobre el alma gaucha, forman la íntima urdimbre de la poesía de Regules, que tiene, sin embargo, su acento personalísimo, como se nota en «Rumbo» y en «Mi tapera», dos de sus composiciones más celebradas donde luce las galas de su verba fresca y original y la admirable potencia de colorista.

Más correcto que los autores de *Santos Vega* y *Martín Fierro*, con cierto parecido al creador de *Fausto* por la gracia y la viveza descriptiva, se diferencia de sus predecesores en la técnica, puesto que aquellos emplearon en sus composiciones la jerga gauchesca para dar mayor autentidad al relato; mientras él sólo usa el lenguaje castellano, matizado de tal cual modismo criollo, sin que por ello pierda nada de substancial el tema que desarrolla generalmente en décimas, ajustándose así á la forma favorita del trovador campestre.

Sobrio en la descripción, de trazo firme y exacto, sabe objetivar las imágenes encerrando en el estrecho marco de diez octasílabos un paisaje ó una escena familiar de ambiente comarcano, con tan feliz acierto que el lector va siguiendo á través de la armonía del verso el nítido dibujo hasta completar la evocación.

Regules es un mágico evocador. En sus versos palpita el alma del terruño y vocea la melodía lejana, ya casi perdida de los tiempos idos para no volver. A través de sus cadencias parecen cobrar vida, erguirse y pasar las sombras errantes del tipo étnico que fué un día altivo señor del monte y la llanura.

Sus paisajes nos dan la emoción prestigiosa de la realidad. Sus gauchos y sus morochas, las alegrías de los bailes nacionales, las plantas, los animales, los arroyos, las aves, el color del cielo tachonado de trémulos luceros, ó bañado en la blanca luz del amanecer, han brotado de su pluma con la visión sentida del «lindo suelo oriental».

Ama las «cositas de su tierra» con sincera pasión, las siente, las acaricia y las canta con tan fervoroso anhelo que las hace querer hasta de los indiferentes.

Tiene ese arte magnético que establece una corriente de emociones entre el que escribe y el que lee, haciéndole ver lo que no ha visto.

Su obra no es extensa, y sin embargo, ha conquistado ya la indiscutida fama de poeta nacional. A cualquiera que se hable de este cantor de las taperas y las margaritas silvestres, recordará de pronto con chispazo espontáneo, una estrofa, ó un verso, comprobando así que su obra ha entrado en la médula popular.

Los puristas tildarán quizá como impropio el empleo de ciertos vocablos ó la audacia de algunos símiles; pero en eso reside principalmente

su originalidad y la energía pintoresca de su manera de decir que, á menudo, tiene hallazgos felices para darnos el acento auténtico y los sabores de la tierra materna.

II

Para que no se piense que por afinidad de ideales exageramos el mérito de esta obra, digna en realidad de alabanza, he aquí algunas muestras de la manera como siente é interpreta los asuntos campestres, que escogemos al azar del libro recien editado.

Pinta en «Rumbo»—con que se abre el volumen,—una de las características del gaucho que sabe orientarse para seguir su camino en medio de las tinieblas nocturnas sin más guía que los golpes de su aguda mirada:

Pisa lomas, cruza el llano,
Pasa el arroyo y la sierra,
Como arreglando la tierra
Con la palma de la mano.
Y es tan seguro baqueano
Aquel resuelto jinete
Que, cual si fuera un juguete,
Abras, sendas y picadas
Parecen que están atadas
Al cabrestro de su flete.

En esa décima admirable está reasumida toda la historia extraordinaria de «El Baqueano» que

contó Sarmiento en las páginas inmortales de *Facundo.*

Ved ahora estos dos paisajes pintados con alma de artista en pleno aire campesino, henchidos de vida y de sentimiento, con aromas y jugos de la tierra que nutre la inspiración del cantor.

Rozando el pecho en la arena
Sobre un bajo dilatado,
Corre un arroyo asustado
Como huyendo de una pena.
Una silvestre azucena
Sonriendo en el borde está,
Canta en el monte un sabiá
Y los seibos al dar flores
Bañan sus lindos colores
En perfumes de arazá.

Cantando el propio asunto Antonino Lamberti —que sabe interpretar admirablemente nuestra naturaleza—había escrito ya esta primorosa acuarela:

Límpido río azul que va sereno
A perderse en los mares del olvido,
Llevando en los cristales de su seno
La imágen de la playa en que ha corrido...

Hay, sin duda, más finura y delicadeza artística en la última estrofa; pero el sentimiento de la naturaleza y el ambiente de la tierra es más real y da relieve á la décima del primero hasta imprimirle ese aire íntimo de cosa nuestra.

A la misma composición titulada «Por ella», pertenece el medallón del gaucho que abandona el rancho, hijos y mujer para ir á pelear por la libertad de su país, sin pensar en el desamparo

en que los deja, ni en la muerte que tal vez le aguarda en el próximo entrevero.

Se aproxima la partida
Y el tigre de la llanura
Sabe rodear de ternura
Su varonil despedida.
Monta con el alma herida,
Sigue su rumbo derecho,
Y en el bajo y el repecho,
Cuando su cara levanta,
Muestra un nudo en la garganta
Y una esperanza en el pecho.

Escuchad ahora la evocación de la vuelta del escolar á la estancia paterna, tan sencilla y tan tierna, que he leído muchas veces con las pupilas nubladas por dulces lágrimas porque me trae esas memorias siempre despiertas en mi corazón de la vieja heredad de mis padres, perdida allá entre las soledades boscosas de Montiel.

Cuántos como yo no leerán extremecidos por los recuerdos de la niñez, la sugerente estrofa de este poeta que sabe objetivar sin quejumbres, en forma tan sentida y artística, las imágenes familiares de los hogares de antaño!

El final sobre todo es de una naturalidad realmente deliciosa:

Pisa de nuevo el terreno
Donde sano y vivaracho
Corrió descalzo el muchacho
Con natural desenfreno.
Respira en el pago ameno
Dentro del rancho pajizo,
Palpa el delicado hechizo
De azotar con el rebenque
Los palos de aquel palenque
Donde ensilló su petizo.

Ese inalterado amor por el hogar donde pasó los días rientes de la infancia, allá junto á las arboledas costeñas del río Malbajar ha inspirado «Mi tapera» — que disputa á «Rumbo» la popularidad — y en la cual á pesar de cantar un asunto ya tratado por poetas americanos de valía, como Gregorio Gutiérrez González y Rafael Obligado, ha logrado imprimirle el sello de su originalidad.

El soplo de tristeza profunda que flota en torno de «Aures» del poeta colombiano ó el «Hogar vacío» de Obligado no vibra en las décimas de «Mi tapera». El poeta la recuerda con ternura reconcentrada, en presencia de los tristes terrones que el cardo y la flechilla van cubriendo como un manto de olvido siente despertar los emociones de sus horas inocentes, y al alejarse deja condensadas sus lágrimas interiores en «un suspiro para que no esté tan sola»...

En «Oro viejo» traza con su acostumbrada maestría el perfil de uno de esos desdeñados criollos que se van extinguiendo en los silencios de la soledad campestre:

Aquel cuerpo modelado
Por inmejorable artista,
Fué aquilón en la conquista
De su derecho vejado.
Con el brazo arremangado
Sintió el clarín de ordenanza
Y sin rencor ni venganza,
Sobre resbaloso lomo,
Contestó á la voz del plomo
Con los botes de su lanza.

Nacido para señor
De la selva que domina,
Ha sembrado la colina
De hidalguía y de valor.
Hombre de alma superior
Supo ser noble y austero;
Su palabra fué de acero,
No precisó documentos
Y cumplió sus juramentos
Como el mejor caballero.

No es posible encerrar en tan pocas palabras, una pintura más exacta de la vida del gaucho. Tienen esas dos estrofas más psicología que muchas páginas escritas con la pretensión de pintarlo en su escenario bravío.

He aqui otra delicada miniatura copiada de la vida real, rebosante de ese sabor regional que nos brindan las producciones arrancadas con talento á la inmensidad verde de nuestros campos. Y quien eso hace es un poeta y un artista.

Los que saben de cosas criollas—y quién no las sabe entre nosotros—han de sentirse tocados en sus fibras más íntimas por el singular encanto de esta rutilante evocación.

Oidlo:

Un rancho solo, un hornero
Que canta encima de un nido
Un espinillo florido
Besado por el pampero;
Un rumor bajo el alero
Con leyendas de la sierra,
Una golilla que encierra
Toda la fibra de un bando,
Y una bordona cimbrando
Sobre el amor de la tierra...

III

He vuelto á recorrer atentamente, con deleite mental, las diversas composiciones agrupadas en este pequeño volumen, para borrar la ingrata impresión dejada en mi espíritu por la reciente lectura de un libro argentino, en que se abomina de todas estas cosas que constituyen la fusión étnica del criollo con los orígenes nacionales, llegando hasta afirmarse que ese grosero periodo de la vida nacional no vale la pena ser recordado.

Y sin hacer gala de estrechos localismos, con sincera y firme convicción confesamos que la brusca arremetida no ha entibiado el fervor de nuestras simpatías hacia las producciones que entierran su raigambre en las tradiciones nativas y que constituirán á pesar de las inmotivadas depreciaciones—el basamento de la poesía nacional...

Regules—como nuestro Obligado que acaba de merecer también los honores de la diatriba de uno de estos rabiosos iconoclastas—pertenece á la estirpe de los peregrinos artistas que saben darnos la impresión de lo que han visto y sentido en toda su realidad.

Su obra queda de pie, noble y altiva—con las altiveces de la raza que canta—sin temor al prejuicio ni al desdén de cuantos hacen gala de proclamar su desvinculación con los tiempos pasados, sordos á la voz de la sangre y de la historia que

les enseña que sin Güemes y sus gauchos serranos no se hubiera salvado la causa de la independencia; que sin Urquiza y sus rudos lanceros no hubieran resonado las clarinadas de Caseros, ni tendríamos las bases de la organización y la unidad nacional.

Son, sin duda, muy dueños de alimentar tales sentimientos; y, con igual derecho nos ha de ser permitido manifestar nuestro franco cariño por las produciones de esencia genuinamente criolla, como la que motiva estas reflexiones, cuya lectura ha hecho reverberar como una brillazón de la pampa toda la luz y los verdores del pago lejano.

Encuéntranse, en efecto, esparcidas con derroche en las breves páginas de este libro de versos sencillos y sentidos, una serie de notas é impresiones rebosantes de vida, con el sabor y la dulcedumbre de las cosas nuestras, amorosamente cinceladas en estrofas que no serán, sin duda, del agrado de críticos como Valbuena, pero que pueden citarse para modelo á los que todavía piensan que no puede hacerse obra de arte con el sedimento de las costumbres populares.

Y mañana, cuando se publique una antología bien seleccionada de escritores uruguayos — á la manera de Menéndez y Pelayo que en su antología hispano-americana no olvidó incluir los versos gauchescos de Hidalgo, Ascasubi, del Campo y Hernández como las produciones más originales de la musa sudamericana—la obra de Regules

figurará con mejores títulos que más de uno de los que hoy ocupan lugar preferente, algunos sin un rasgo de originalidad, ya que es en vano pedirles una sola vibración de esa poesía espontánea donde palpitan las nostalgias del alma de los terruños...

Hacía falta, en verdad, una nueva edición de los versos de este autor; sé de algunos que los buscaron inútilmente en nuestras librerías, y de mi ejemplar puedo contar que ha pasado por muchas manos esparciendo el aroma silvestre que emana de esas décimas, que no hubiera desdeñado Núñez de Arce y que para mí tienen el aire familiar y el acento auténtico de verdad del «Santos Vega» de Obligado ó del rotundo «Montaraz» de Lamberti.

Pero estimo que por su mérito reclamaban una edición más cuidada y artística, aun dentro del marco sencillo que deliberamente se les quiso dar á fin de que conservaran todo el sabor y el perfume de la savia nutricia.

La modestia del autor — que no desconoce la altivez — no lo ha querido quizá; sin embargo, pienso que, en esta brega del criollismo en la cual es valiente caudillo, hay que pulir y presentar las obras con cinceladuras de orfebre á fin de que el público lector las reciba sin melindrosos desdenes y aquilate con placer su real valor. Los libros no deben ser bellos únicamente por la médula, sino por la estampa.

Son ideas estas arraigadas en mi espíritu; soy lector empedernido y corajudo, pero declaro con

entera sinceridad que prefiero los volúmenes hermosos y sobre todo cuando el contenido es tan bello como el continente.

Tal hizo Ascasubi editando lujosamente en París sus obras gauchescas, mientras el *Martín Fierro* de Hernández y el *Fausto* de del Campo andan por ahí arrinconadas en las librerías de viejo en copias de pésimo gusto, plagadas de errores y adulteraciones.

No existirá un editor animoso que saque del limbo en que vegetan esas peregrinas producciones de la musa nativa, para rendirles el merecido homenaje?. Se imprimen hoy tantos primorosos volúmenes de versos hueros destinados á vivir como las rosas en la imagen de Malherbe: el espacio de una mañana...

Mientras llega la hora cercana, como lo espero, de saludar una nueva y artística edición ilustrada de estos versos con *saudades* y aromas del pago, vaya entretanto mi entusiasta parabién al inspirado cantor de las tristes taperas y las margaritas silvestres.

Estos versos son una consagración é imponen un deber que cumplir, desde que el autor ha roto valientemente con el exotismo literario para nutrir su inspiración en las cosas nuestras y pintarlas con tanta luz y verdad. ¡Ojalá tuviéramos una media docena más de escritores de esta estirpe!...

1908.

ÍNDICE

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
JOÀQUIN SESÉ, EN LA PLATA
EL 1 DE DICIEMBRE
DE MCMVIII

1908


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 23 25 03 002 5